A C A N T I L A D O



SÒNIA HERNÁNDEZ

MANERAS DE IRSE

ACANTILADO
BARCELONA 2021

CONTENIDO

Lisboa, una frivolidad
Rituales domésticos
He soñado que volaba
Génesis de fondo
La negación del aire
Mi prima mexicana
Un radical del no
«Say, say, say»
No hablar nunca más
Agosto
Balonmano y obsidiana en Teotihuacán
El león del duelo
Maneras de irse

LISBOA, UNA FRIVOLIDAD

Hace algunas semanas conocí a una astróloga. Fue un encuentro casual, pero me habló sobre cartas astrales y la gran cantidad de información que éstas ofrecen acerca de una persona a partir de la observación de la posición de los astros en el momento exacto de su nacimiento.

Pocos días después, visité una exposición dedicada a Fernando Pessoa en un centro importante de arte en la capital. En una de las primeras salas se habían instalado unas cuantas peanas con cartas astrales realizadas por el propio poeta portugués. No sé si la autoría se atribuía a alguno de sus heterónimos, o si por el contrario eran los mapas de las posiciones que los planetas mantenían cuando nacieron esos heterónimos y los había dibujado Pessoa. Pensaba que a efectos de la exposición eso era indiferente y yo tampoco había reparado en que, efectivamente, el significado de las cartas es muy diferente en los dos casos. La cuestión es que entonces pensé en todo lo que la astróloga me había explicado. También me habló de la morfopsicología: por lo que entendí, existe una técnica, o teoría o conjunto de saberes—hay quienes lo consideran una pseudociencia—que te capacitan para conocer la personalidad de un individuo a partir de los rasgos de su cara. Otra coincidencia: pocos días antes, yo te había estado hablando sobre la enfermedad neurológica conocida como prosopagnosia, que provoca que quienes la padecen no reconozcan las caras: perciben un conjunto de rasgos, pero no el rostro que forman en su conjunto, por lo que no lo asocian con la persona a quien representan.

Ya sé que tiene poco que ver con lo de la morfopsicología, pero me sorprende que estos temas surjan con poco tiempo de diferencia y acaben ocupando mi mente, como si me obligaran a analizar qué dicen de mí y de mi manera de percibir el mundo. No he asociado todos esos hechos hasta este momento. La astróloga morfopsicóloga me dijo que probablemente mis astros —o algo así, no pude retener todos los detalles de la explicación porque se produjo durante un encuentro casual en una celebración de una conocida común—han entrado en una conjunción regida por los cuerpos celestes que posibilitan el descubrimiento, la revelación y los nuevos aprendizajes. ¿No te parece sorprendente tener tan cerca todos estos misterios o explicaciones que por un momento parecen iluminarlo todo? Ahora pienso que tal vez me gustaría saber más sobre lo que tanto me cuesta recordar. Y pienso también que hubiese sido divertido, cuando jugábamos juntas, haber sabido algo acerca de todo esto, o haber fantaseado con la idea de que observando el dibujo de la posición de los astros en el momento de nuestro nacimiento podríamos entender muchas cosas sobre nosotras.

He estado pensando en la conjunción de los astros que permite nuevos conocimientos esta tarde, mientras me sorprendía la nitidez de los colores de

los árboles de un parque por el que he estado paseando al salir de la consulta del oftalmólogo. Dice que sigo perdiendo visión, pero que no debo preocuparme, aunque sí es urgente que me haga pronto unas gafas nuevas. Tal vez la nitidez de los colores y la intensidad de la luz que percibía era fruto de las gotas que me ha estado poniendo durante la revisión de los ojos. El consejo del oftalmólogo me ha hecho pensar en lo que dijo la astróloga acerca de que los planetas están situados de modo que me ayudarán a ver cosas nuevas. También he pensado en las gafas de Pessoa. Son imágenes que coinciden en mi pensamiento estos días, por lo que no resulta difícil que se establezcan conexiones entre ellas.

Sin embargo, me detengo en la idea de que me encuentro en un momento en que, a pesar de mi progresiva pérdida de visión, he aprendido a ver. No otro sino éste es el tema tan misterioso del que te quería hablar. Sí, te propuse que viajáramos a Lisboa porque quería compartir la epifanía contigo. Te pareció una idea absurda, y tal vez lo era. Me dijiste que ahora todo el mundo quiere ir a Lisboa, que es un destino turístico excesivamente explotado, que está demasiado de moda, que incluso te parecía una frivolidad, y que no entendías por qué quería volver a Lisboa habiendo ido tantas veces.

Cuando te oí decir eso, recordé una de esas ocasiones en que viajé allí y tú no creías que fuera sola. Incluso lo consideraste una especie de traición, porque, si no iba contigo, forzosamente debía ser porque iba con otra persona. Pero yo entonces me estaba poniendo a prueba, era un viaje lleno de significados, como si fuese a pagar una deuda que, sin saber exactamente a quién, urgía ser saldada. Creo que todavía hoy piensas que no viajé sola, tú, que ni siquiera eres capaz de ir al cine sin compañía. Te aseguro que no fue nadie conmigo, ni me esperaba nadie allí. Sí sentí miedo por las noches, había calles en las que ni me atreví a entrar y adelanté un día mi billete de regreso.

O sea, que creo que saldé la deuda a medias, de una manera confusa y a todas luces insatisfactoria. Antes, hubo un verano que para mí debió haber sido el verano de Lisboa, pero no lo fue. Ahora me pregunto cuánto puede interesarte realmente esta historia. Quería volver contigo a Lisboa para ver de nuevo la ciudad con todos mis astros conjurados. No sé cómo vas a leer esto, pero quiero que entiendas la importancia que tiene para mí creer que por fin he aprendido a mirar. Pretendía sentir la ciudad ahora que ya sé ver. Charlando en la terraza del mirador de Santa Lucía sería capaz de hablarte de todo lo que he descubierto últimamente, porque hay conversaciones que sólo se pueden mantener cuando uno está de viaje, o en sueños. Intento convencerme de que mis últimos descubrimientos ya van a formar parte de mí para siempre, que no sólo no los voy a olvidar, sino que va a haber muchos más días de mi vida en que seré capaz de ver la luz de esta tarde. Ya tenemos más de cuarenta años. ¿Recuerdas cómo nos reíamos porque éramos incapaces

de imaginarnos a esa edad? Ya hemos empezado a perder cosas. Yo cada vez veo peor. Me gustaría saber describir el color dorado transparente de la luz de esta tarde. Escribirlo con las palabras acertadas sería una manera de fijarla, de poseerla.

Tal vez tenías razón y el viaje a Lisboa justo en este momento era una idea disparatada. Nunca hemos hecho un viaje juntas, aunque era una de las cosas que nos prometíamos cuando éramos incapaces de imaginar cómo seríamos a los cuarenta años. Ahora parece que es difícil hacerlo. Y lo de Lisboa te parece una frivolidad. Otra coincidencia: el que había de ser el verano de Lisboa, cuando me propuse viajar allí por primera vez, también se acabó imponiendo una idea parecida a esta tuya de ahora. Como tú, entonces nadie creía que nosotros solos podríamos llegar hasta la capital portuguesa. Yo había empezado a leer el *Libro del desasosiego*, aunque tal vez no comprendiera casi nada. ¿Recuerdas cómo nos gustaba imaginar el contenido de los libros de la biblioteca de casa sólo a partir del título del lomo? Deberíamos haber escrito alguna de aquellas historias. Algo parecido había hecho yo con el libro de Pessoa: a partir de la musicalidad de los fragmentos, había inventado todo el contenido y necesitaba imperiosamente ir a Lisboa.

Estaba empezando a construir un primer mito que tenía que funcionar a modo de mapa o guía, rodeado de una especie de rito fundacional. Había oído hablar de sus calles de adoquines, llenas de nostalgia, y sabía que lo que Pessoa había escrito era melancólico y triste. Y yo quería sentir todo aquello. A nosotras siempre nos pareció que en la vida ocurrían acontecimientos maravillosos, pero que extrañamente nunca nos sucedían a ti ni a mí. Sin embargo, éramos capaces de imaginarlo todo.

Yo estaba dispuesta a romper ese hábito del acontecer que nos negaba las vivencias transformadoras a través de las que todos los demás crecían. Pero para llegar a Lisboa, primero había que pasar por el calor silencioso de La Campana. Alejandro dijo que desde aquel pueblo sería más fácil, podíamos encontrar a alguien que nos ayudara a llegar. Era yo quien necesitaba ir a Lisboa, pero, como solía hacer entonces, había delegado la organización del viaje en él.

Alejandro pensó contar con la ayuda de una mujer. Pero ella, como tú ahora, creyó que viajar a Lisboa era una frivolidad. Aun así nos acogió en su casa. Me gustaría poder describir, además del dorado transparente de la luz de esta tarde, la atmósfera que encontramos allí. La recuerdo muy bien a pesar de todos los años que han pasado. El pueblo se hallaba en una colina muy seca. Las casas parecían excavadas en la ladera. En lo alto estaban las ruinas del castillo y de la iglesia campanario. Apenas quedaban unas piedras, pero los pocos habitantes que resistían contaban con orgullo que aquellos escombros habían sido uno de los lugares más destacados de la provincia, porque desde

lo alto se avistaba la llegada de los extraños que querían invadir su territorio. Aquel verano la mayoría de las casas que cubrieron en algún momento la colina también estaban en ruinas. Era obvio que no habían sabido protegerse de las amenazas. Las personas que deberían haber defendido aquellos hogares se habían ido a vivir a ciudades con mar o donde hubiera algo que hacer. Pero se mantenía intacto el orgullo por el castillo.

En la casa de La Campana donde habitamos unos días era difícil respirar. Además de la mujer que nos había acogido, supe que había otra en una habitación adjunta al comedor. Ahora, cuando se me vuelve a representar su imagen, pienso que es imposible que aquellas mujeres conocieran la palabra *frivolidad*. No eran necesarios los conocimientos de la astróloga en morfopsicología para adivinar el tipo de vida que habían llevado. La primera mujer nos dijo que debíamos presentar nuestros respetos a la otra. Estaba sentada en una silla, junto a una mesita cubierta por un blanquísimo mantelito de ganchillo blanco que parecía brillar en la sofocante habitación en penumbra.

La década de los noventa del siglo XX había empezado y yo estaba allí con Alejandro porque desde La Campana iba a ser más fácil llegar a Lisboa. Eso había dicho él, y yo le había creído. Me encantaría contarte esta historia de una manera más amena. Es fantástico cuando nos reímos juntas y tú dices que tengo mucho humor. No sé si en la terraza del mirador de Santa Lucía te hubiera contado esta historia tan lóbrega. No, prefiero imaginarnos inmersas en una claridad parecida a la que me ha sorprendido esta tarde.

Después de mirarnos fugazmente, la mujer sentada junto a la mesita del mantelito blanco, devolvió la mirada al vacío. También ella parecía agobiada por el calor. Iba vestida de negro. Tenía los ojos muy irritados. Su postura, o la densidad de la atmósfera, hacía pensar que llevaba muchísimo tiempo en la misma posición. Había algo mecánico e inmóvil en la escena. La otra mujer, la que nos había acogido para llevarnos hasta aquella habitación, también vestía de negro y se sentó muy cerca de la de los ojos irritados. La miraba piadosamente. Déjame que utilice este adjetivo convertido en adverbio, aunque tú y yo hayamos discutido tantas veces sobre el significado del sustantivo *piedad*. Creo que todavía no lo entiendo. Por eso no me gusta utilizar ese concepto, y sin embargo ahora no se me ocurre otra palabra para describir la actitud de la mujer que no podía haber dicho de ninguna manera que Lisboa es una frivolidad porque seguramente desconocía el sustantivo. Tal vez dijo que le parecía un capricho.

¿No te parece que pasamos una gran cantidad de tiempo repitiendo frases que ya existen? ¿Crees que de verdad las posibilidades son limitadas y que existe un número exacto de oraciones que podemos decir?

La mujer que desconocía la palabra *frivolidad* miraba piadosamente a la

otra. Pensé que eran hermanas. Obviamente las unía un lazo familiar, aunque no tan estrecho como el nuestro. ¿Por qué no me acompañaste tampoco aquel verano? La mujer de la mirada perdida no había salido nunca de La Campana, así que el único territorio que había visto era el que se alcanza desde lo alto del castillo, desde donde es posible vislumbrar cómo amenazan los extraños. La otra mujer, la que nos había acogido, emigró a una ciudad de costa justo después de casarse y de que su flamante marido consiguiera una plaza de maestro. Pero había regresado a La Campana a cuidar de la otra.

En aquella tarde sofocante de verano, además de mirarla de forma piadosa, de vez en cuando extendía un brazo para acariciar suavemente el de la otra mujer. Un gesto de solidaridad, de reconocimiento de su dolor. Cada vez que se producía ese movimiento, la de los ojos irritados rompía a llorar. Nosotros habíamos ido a presentarle nuestros respetos y a presenciar su dolor. Ella apretaba las manos, entre las que sostenía un pañuelo, tan blanco como el mantelito de ganchillo. De vez en cuando, agarraba la foto enmarcada que estaba sobre la mesa y el mantelito y en la que aparecía una joven. De la misma manera que recuerdo con claridad los rostros de las dos mujeres de negro, no conservo ninguna imagen de la cara de la joven de la fotografía. Aquel retrato daba sentido a la escena y era lo que había motivado nuestra visita. El dolor que se propagaba alrededor de la imagen era el motivo por el que Alejandro y yo tuvimos que presentar nuestros respetos, pero no recuerdo nada de ella en absoluto: ni el color de los ojos, ni la forma de su cabello, ni siquiera si sonreía en la foto. Han pasado más de veinte años, y yo todavía tardaría mucho tiempo en aprender a mirar. Además, esta escena ha estado escondida en mi memoria; mejor dicho, en mi no-memoria, porque durante años no ha existido. Ahora recupero en mi mente las ojeras de la mujer que nunca salió de La Campana, el calor de aquella salita, pero no el rostro de la joven que era la piedra angular de la escena.

Estábamos obligados a respetar y observar el silencio y el dolor de la mujer del pañuelo. Impensable ni siquiera hacer preguntas ni ningún gesto similar al de la otra mujer al tocarle el antebrazo. La chica de la fotografía era tan joven como Alejandro y como yo. Eso sí lo sabíamos. Nosotros nos encontrábamos allí ante ella, preparando un viaje que tenía que ser importante, pero la adolescente que apenas si había salido de La Campana ya no estaba. Eso se deducía enseguida. De los pocos lamentos que escuchábamos, se podía colegir algo de la desgracia que se había cebado sobre ella. Era mejor no recordar su rostro. El de las dos mujeres, sin embargo, los recuerdo perfectamente.

Fue una tarde interminable. La chica había decidido acabar con todo. Por entonces, yo había sufrido muy pocas muertes a mi alrededor. Me costaba respirar, pero ninguna de aquellas dos mujeres se iba a preocupar de cómo nos sintiéramos nosotros; el único punto de atención era una fotografía que acabó

por adquirir la misma presencia intimidatoria de un cadáver. En otros tiempos y en otros lugares la convivencia con la muerte resulta más natural y cotidiana. ¿Por qué no me acompañaste en aquel viaje tampoco? Por aquella época, a pesar de la aparición de Alejandro en escena, solíamos hacer muchas cosas juntas. Tal vez tú sí que te habrías asegurado de que llegáramos a Lisboa.

El silencio de la mujer de los ojos irritados era mucho más elocuente que sus lamentos. Lo de su hija había sido una tragedia, había tenido muy mala suerte; en un pueblo como aquél no solían pasar aquellas cosas, pero le tuvo que suceder a su hija. Ahora reparo en que si la chica era su hija, ella probablemente no era la anciana que yo recuerdo. Es más, quizá sólo era un poco mayor de lo que somos nosotras ahora. La represento en mi memoria con el pelo blanco, pero no era su abuela. Ni la madre ni la hija habían vivido nunca en otro lugar que no fuera La Campana, a pesar de que desde allí resultaba fácil llegar a Lisboa. Pero es probable que ninguna de ellas estuviera interesada en la melancolía ni en ninguna de las experimentaciones de las que habla Pessoa. La chica tuvo su propia desgracia en un pueblo donde no sucedía nada, donde era imposible cultivar nada porque la tierra es muy seca, donde la mayoría de las casas—igual que el castillo—se estaban derrumbando y donde se apreciaban muchísimas estrellas en aquellas noches de verano como las que yo pasé allí para llegar a Lisboa.

La chica de la foto no había aguantado más y se había quitado la vida. Creo que en el tiempo interminable que pasamos ante la madre que parecía una anciana, presentando nuestros respetos, estuve preguntándome de qué modo pudo hacerlo. Tal vez la mujer balbució alguna pista. Yo me preguntaba de qué manera se había ido. También pudo tratarse de una decisión definitiva, un fatal acto de rebeldía y rechazo hacia las cosas que no sucedían nunca en aquel pueblo.

De haberse encontrado en una situación parecida, la astróloga que sabía de morfopsicología habría recordado los rasgos de la cara de la chica, sus tristezas y sus heridas; y de haber llegado a tiempo, podría haber ayudado a evitar su final. ¿Por qué enlazo en causas y efectos imposibles acontecimientos sucedidos con tanto tiempo de diferencia que parece como si hubiesen ocurrido en vidas diferentes? Quizá porque necesito convencerme y convencerte de que efectivamente he aprendido a mirar y que ya no tengo tanto miedo, o por lo menos no tanto como cuando necesitaba que fuera Alejandro el que decidiera el mejor camino para llegar a Lisboa. Me proporciona una cierta paz absurda pensar que si la chica de la foto sin rostro hubiese podido detectar en su mapa astral la tragedia que la merodeaba, hubiese sabido que le convenía tener cuidado y desconfiar de las melancolías y las nostalgias heredadas que conmueven como los fados, aunque no se entiendan. Así, podría no haber sentido la fatal necesidad de irse. Algunas

melancolías inmovilizan y te convierten en algo parecido a una piedra, como las que se amontonaban en la cima de la colina donde en otro tiempo hubo un castillo. ¿Crees que todo esto supone algún aprendizaje? ¿Es una historia con moraleja?

Aquel verano era muy joven y casi todo me daba miedo. Por eso, el título *Libro del desasosiego*, paradójicamente, me apaciguaba y me animaba a imaginar lo que podía ser una vida, porque en aquellas páginas el desasosiego no podía ser nada malo: algo así como una emoción que garantizaba mucho conocimiento y mucha experiencia y que te ayuda a continuar. Tú y yo nos refugiábamos con frecuencia en la biblioteca de casa. Reescribimos muchos libros a partir de lo poco que sabíamos o que habíamos escuchado en las conversaciones de los adultos. Lo más importante era la musicalidad de las palabras. Ahora pienso que la conjunción de muchas de ellas funcionó como una suerte de carta astral. Conceptos idénticos a astros cuya posición determina el mundo mental e imaginativo en el que íbamos a desarrollarnos. Tal vez, como a la chica de la foto, si la astróloga que conocí hace poco nos hubiese dibujado los planetas que regían en el cosmos en el momento de nuestro nacimiento, habríamos estado advertidas y nos habríamos protegido mejor de todo lo que vino después. No estoy insinuando que vaya a pedirle ahora que dibuje mi carta astral, pero sí que me propongo seguir buscando la luz dorada y transparente de esta tarde. Sigo pensando que una luz como ésta debe regir sobre el mirador de Santa Lucía. Lástima que la idea de viajar a Lisboa te parezca una frivolidad.

RITUALES DOMÉSTICOS

Últimamente, hago la cama cada mañana. Primero, ventilo bien la habitación para que no quede ningún rastro de ningún olor relacionado con el cuerpo. Luego, después de sacudirlas, estiro muy bien las sábanas. Tenso la tela y paso la mano para eliminar cualquier posible resto de arruga.

Cuando regresé a casa decidí que todas las noches encontraría la cama hecha antes de ir a dormir. Así parece como si me recibiera mejor, como si anunciara algo agradable que disipa cualquier amenaza. Cuando era una niña, pasaba mucho miedo durante la noche. Lo peor era el momento en que se apagaba la luz y se extinguían los sonidos en la casa.

Hacía tiempo que ya no me daba miedo ir a dormir, pero hoy temo que los bichos de la humedad se hayan colado entre las sábanas que tan a conciencia he estirado esta mañana. Hay personas que les llaman *pececillos de plata*, pero yo opino que no es un nombre que les corresponda. Un pececillo de plata evoca un cuento lleno de fantasía que le cuentan a los niños antes de dormir para que no tengan pesadillas y sueñen con animalillos mágicos que les protegen con la magia de su amistad.

En esta casa hay bichos de la humedad y de todo tipo, por todos lados. Porque está rodeada de jardines frondosos y recibe muy poco sol. Nuestro jardín está bastante abandonado; sería preciso arrancar las malas hierbas que lo cubren y que han crecido tan altas por doquier. Siempre hay muchas tareas pendientes aquí. Ya lo sabía antes de venir, y entonces pensaba que tendría fuerzas para hacerlo todo. No es que me desagrade, es sólo que ahora, una vez aquí, me doy cuenta de que son muchísimas las tareas de cada día.

Lo peor es el olor. Desde el primer día, en cuanto entré, fui consciente de que había algún problema grave con las cloacas o los desagües: es un terrible olor a putrefacción. De la misma manera que lo percibo yo, deben de hacerlo los demás, aunque nadie se ha quejado.

Pronto empezaré a despejar los rincones. Es posible que, al agitar trastos y bártulos, aparezcan y se revuelvan muchos, muchísimos bichos de la humedad como los que están minando mi cama en estos momentos. No me gustaría tardar mucho más en ir a acostarme. Dudo que pueda esperar a que los insectos salgan de entre las sábanas. ¿Qué podría hacerles salir? Ignoro si son agresivos, si pican o contagian enfermedades más allá de la repulsión que provocan. Creo que se alimentan de tejidos, como las polillas. Si hay personas que les llaman con un nombre tan cariñoso como *pececillos de plata* debe ser porque no provocan demasiadas molestias. De todas maneras, si he de dormir en una cama repleta de alimañas, lo haré, cosa que, en efecto, es muy diferente a un niño que cae en el sueño pensando que está rodeado y protegido por mágicos peces de plata. No tendré ningún problema para

dormir entre insectos. Ya sabía a qué me enfrentaba si regresaba aquí. Con el tiempo, he aprendido que hay muchas personas a las que no les preocupa ese tipo de cosas que para otras hacen casi imposible la existencia. Hay que aprender a no mirar hacia lo que nos resulta nocivo.

Voy a empezar a poner orden. No se trata de comenzar de nuevo. He regresado a la que es mi casa, aquí puedo seguir siendo quien era antes de irme e incluso mientras estaba fuera. No va a haber nada nuevo, sino todo lo contrario: voy a recuperar lo mucho o lo poco que ya tenía antes de irme.

Lo que más me sorprende de esta casa es el silencio, a pesar de todos los bichos y las alimañas que puedes encontrar en cualquier rincón. Ya sé que los bichos de la humedad no hacen ruido, pero hay otros muchos que sí. Hay noches que puede oírse la carcoma royendo los muebles, aunque no aquí, ni siquiera percibo ya ese sonido. Nunca había vivido en un sitio tan silencioso como éste. Creo recordar que era más ruidoso antes de la partida. ¿Dónde, si no, podría haber escuchado yo la carcoma durante la noche? La sorpresa del silencio. Pero ya no me importa si de verdad antes había más sonido, porque precisamente por eso ya lo había escuchado casi todo. Antes pensaba que todo dependía de las voces y de las palabras; por eso cada vez pedía más, hasta llegar al punto de no soportarlas. Y tuve que marcharme a la otra casa.

Tal vez el ruido y los sonidos de entonces se han sustituido ahora por el olor. Nadie ha manifestado ni una pizca de sorpresa ante el terrible hedor que te golpea nada más entrar en esta casa. A medida que pasa el tiempo, te vas acostumbrando, pero siempre resulta molesto. Podría ser que los bichos de la humedad hayan minado las paredes con sus nidos y su suciedad y eso sea lo que hiede tanto.

Yo apenas si salgo de casa desde que regresé. No es necesario. Estamos siempre bien abastecidos. Aquí tenemos todo lo que necesitamos, y no quiero volver a encontrarme con más personas que hablan. En los primeros días de mi regreso, solía tener muchas visitas. Gente que me miraba a los ojos y me decía que estaba dispuesta a ayudarme a realizar algunas de las tareas que se me exigen. Varias de esas personas se han quedado por aquí, pero no hacen nada. Por suerte, la casa es muy grande y apenas coincidimos. Ya no tengo nada que contarles, y tampoco quiero que me hablen. Está bien que se comporten discretamente y permanezcan quietos en algún rincón. Ya no nos sorprende el silencio, porque ya no esconde ninguna amenaza. Ahora ya sé que por él no necesariamente tienen que nacer imágenes terribles en mi pensamiento. No, ya no. Al contrario, el silencio es algo así como pureza. Ahora casi no tengo miedo a nada, por eso he podido volver. He encontrado lo que sabía que encontraría. Hemos aceptado lo irremediable, y ha sido un alivio. Ya no hay nada que esperar, todo ha sucedido y va a seguir sucediendo. Decidí volver para ver por mí misma lo que estaba pasando, así ya no habrá

más sorpresas ni improvisaciones: veré sin temor cómo se desarrollan los acontecimientos y podré actuar para que nada vuelva a arrollarme encontrándome desprevenida y sin poder protegerme. Hemos regresado porque descubrimos cómo evitar el miedo, y ha sido una sorpresa comprobar que somos capaces, que sólo dependía de querer hacerlo. Ya no tenemos miedo a nada, ni siquiera a que los bichos y las alimañas acaben de ocupar toda la casa y nos veamos obligados a convivir con ellos. Ahora sabemos cómo adaptarnos a todo. Lo mejor es no salir demasiado de los muros que nos protegen. Nos ha costado mucho conseguir que nos dejen regresar, y ahora hay que demostrar que somos capaces y merecedores de continuar aquí.

En la otra casa siempre estábamos tristes. Desde que pasó lo de Alberto, la tristeza sustituyó al miedo, porque pudimos comprobar que las cosas que tememos acaban siempre sucediendo. Aprendimos que, precisamente, lo sorprendente es lo que no sucede: el dolor que un día por fin deja de torturar y permite pensar en la irracional belleza de una mañana soleada. Había una mujer que siempre estaba triste; por eso sigue allí. Los que salimos lo hicimos porque descubrimos que después de la tristeza viene todavía algo más. El doctor Surís me ha autorizado para salir de allí porque me he comprometido a poner orden cuando regrese y a afrontar todos los acontecimientos sin esconderme más, lo que incluye tener que convivir con los pececillos de plata si hace falta. Todos tenemos una función que realizar, y yo he decidido asumirla. Me he comprometido a cuidar tenazmente el jardín, y a descubrir que eso es importante, porque he llegado a una edad en la que ese tipo de cosas importan. Como también el propósito de hacer la cama. Cuidar el jardín significa asegurar que la naturaleza pueda manifestarse y estar presente, ofreciendo todo lo bueno de lo que es capaz: dejar que crezcan las hierbas que así lo quieran, pero sin que hagan daño a otras plantas y árboles más beneficiosos. Los colores y los olores de las plantas tienen una función, incluso ahora que caminamos hacia el invierno. Un jardín cuidado ayuda a mantener el equilibrio porque dibuja la realidad en la que desarrollamos nuestra actividad, igual que la cama bien hecha. Pero es en este tipo de pensamientos en los que no debo perder el tiempo ni las energías. Mi discurso ahora es mucho más real: tengo una responsabilidad que he decidido cumplir.

Me han dejado volver a casa a poner orden porque soy capaz de hacerlo. Una prueba de ello es que ya apenas si me altero cuando percibo una de las sombras. También me he acostumbrado a ellas y ya no siento el sobresalto de antes cuando las veía reflejadas en los cristales por la noche. Soy capaz de convivir con ellas, igual que con los bichos de humedad, porque ya comprendo el papel que juegan: cada cosa en su lugar, en eso consiste poner orden. Las sombras aparecen en las puertas de cristal, a veces en movimiento, y otras veces estáticas, como si fuesen un cuadro o una fotografía más de las

que pueblan las paredes. Aquí nunca hubo cortinas, y la poca luz que consigue llegar hasta el interior ha campado a sus anchas durante mucho tiempo. Nadie bajaba las persianas, así que en los vidrios de las ventanas y de las puertas interiores se han impreso todas esas sombras que antes hacían tan difícil la vida aquí. Pero ahora el doctor dice que ya soy capaz de convivir con su presencia; bueno, se lo dije yo, y él está de acuerdo. Yo no voy a conseguir que se vayan, eso ya lo sé, y lo que he aprendido en la otra casa es que no merece la pena malgastar mis energías intentándolo. No voy a entrar en batallas perdidas de antemano. Yo también voy a formar parte de esas personas que no perciben este tipo de cosas y que, por lo tanto, no ven amenazada su estabilidad y, sobre todo, nunca sienten que el suelo se abre bajo sus pies.

Las sombras se instalaron en los cristales y las paredes de esta casa mediante un proceso muy similar al que siguieron los bichos de la humedad. Ha sido la misma naturaleza que hace crecer las malas hierbas en el jardín. Y contra eso no se puede hacer nada. Aceptarlo. Yo voy a aceptarlo y a instaurar un orden que permita la convivencia, porque ya he aprendido cuáles son las cosas importantes a las que tengo que dedicar mis esfuerzos. Incluso, con un poco de suerte, tal vez llegue a ser capaz de poner unas cortinas. Las persianas han estado siempre subidas porque antes pensábamos que era la única manera de conseguir un poco de claridad capaz de deshacer la penumbra. Aunque es una casa sombría y rodeada de obstáculos, la luz, la humedad y el sol la han penetrado a placer durante años, tanto que cualquiera diría que se han quedado dentro. Los cuadros, los libros y los muebles han perdido su color, por la continua exposición a la luz en esta casa tan oscura. Esto que acabo de decir es una contradicción que no deja de ser un misterio más, como el terrible olor que he detectado desde que llegué. Pero no, no hay ningún misterio. El acuerdo es que ya no voy a pensar más en cosas que no se pueden entender ni en contradicciones. Fue un verdadero alivio dejar de escuchar la voz grave y monótona de la mujer de la otra casa. Ella seguía, después de tantos años, prisionera de una serie de preguntas que nunca iba a contestar nadie. Por eso no puede salir de allí. En cambio, a partir de ahora, aquí todo va a ser limpio y ordenado. Los bichos de la humedad no van a alterar el orden; tampoco las sombras, ni las personas que se quedaron con la excusa de ayudarme pero que no sabemos en qué rincón de la casa están. Pronto vamos a empezar a limpiar los rincones. Seguro que así conseguiremos disipar el mal olor. Impondremos nuestro orden y nuestra presencia hasta que los bichos de la humedad vayan desapareciendo. Los pececillos de plata sólo deberían ser animalitos acuáticos mágicos, como los pececillos de oro que un pescador muy pobre pero muy honesto consigue pescar un día porque los dioses han decidido premiar su bonhomía. La vida en esta casa va a ser luminosa y

sencilla como un pez de oro. El silencio, que tanto me sorprendió al principio, será un buen punto de partida, porque solamente nombraremos las cosas sobre las que se construirá esta nueva existencia.

Caminamos hacia el invierno, pero este otoño, de vez en cuando nos regala días muy luminosos. Justo antes de que se haga de noche, algo que sucede en muy pocos minutos, intento estar en casa para encender una luz tenue y cálida en mi rincón preferido. Es tan suave que ilumina tan sólo la butaca, el sofá y la alfombra donde nos sentamos nosotros. Conversamos con las nuevas palabras, las únicas que nos permitimos desde el regreso. El resto es penumbra, y de alguna manera, en ese momento, los que nos convertimos en sombras somos nosotros, satisfechos de nuestro nuevo estado, de haber regresado aquí, aunque sólo sea para vivir ese momento en que proclamamos nuestra victoria sobre las demás sombras.

HE SOÑADO QUE VOLABA

Claro que he soñado que volaba, pero no lo recuerdo. Como cuando Dédalo dice—evocado y encerrado por Tabucchi en el laberinto—que sólo él puede salir de allí, porque es arquitecto e inventor, pero que *no lo recuerda*. Yo sé que he soñado que volaba, y todas esas imágenes aprehendidas y las sensaciones experimentadas deben de estar en algún lado. Por ejemplo, en ese agujero negro que la claridad del día niega y no se ve, esa materia oscura en la que nadie sabe lo que sucede o que a veces adquiere la forma oscura de mi sombra.

Un profesor que luego resultó ser un traidor porque se negó a ser como yo lo había imaginado puso en mis manos el cuento en el que Tabucchi narra el sueño de Dédalo. Entonces yo vivía en suspensión y memoricé la frase en que Dédalo se repite a sí mismo que sólo él puede saber cómo salir de allí, pero no lo recuerda. He vivido muchos años en suspensión, y es lo más parecido que recuerdo ahora a soñar que vuelo. No podría precisar el momento exacto en que se produjo el prodigio de la elevación. Y que conste que no hablo de ningún tipo de levitación mística ni nada parecido, que no se me malinterprete. Se trataría, en cambio, de algo más parecido a un desprendimiento volátil. No recuerdo el punto de inicio de tal situación ni qué acontecimiento podría provocarla, pero sí que ha durado hasta esta edad incierta de los últimos coletazos de la juventud o de inicio dubitativo de la madurez. Es decir, que pasé buena parte de mi infancia, toda mi adolescencia y toda mi juventud en suspensión. Hasta ahora.

Cuando alguien vive suspendida a unos cuantos metros por encima del suelo, necesita frases certeras a las que aferrarse, y la literatura es una buena fuente de la que proveerse. Por eso yo memoricé la cita de Dédalo en el relato de Tabucchi. A veces pensamos que desde la distancia que nos proporciona la altura se adquiere perspectiva y se comprenden mejor los fenómenos que se perciben, pero no siempre sucede así. Cuando yo vivía en suspensión, habitaba un confuso lugar, entre el cielo y la tierra, desde donde era difícil entender lo que sucedía abajo, aunque muchos de los acontecimientos me concernían directamente. Ni siquiera disponía de la rotundidad de los árboles y sus ramas, como sí le sucedía a Cosimo, el barón rampante de Italo Calvino. Y si yo dirigía la vista hacia arriba, todo se oscurecía progresivamente. O sea, que viviendo de tal manera era muy difícil apreciar un horizonte, porque lo que se ve se torna inestable y cambiante, nunca se acierta a señalar hacia la reconfortante línea que separa tierra y cielo para quien camina sobre una superficie firme. Y mirar hacia el horizonte es dar por hecho que puedes seguir avanzando hacia algún punto. Quienes no lo ven, por tanto, no pueden caminar hacia delante.

Un chico del instituto me dijo que vivía en las nubes. Otro traidor. Cuando se vive en el estado en el que yo me encontraba, estas traiciones, igual que la del profesor, se sienten como incidentes trascendentes porque alteran de forma notable el mapa o plano que observamos más abajo como representación de la vida propia. Sobre cada línea o recuadro sucede una serie de acontecimientos concretos en los que se ven involucrados exactamente ciertas personas y no otras. Cualquier alteración puede provocar la distorsión de las coordenadas y podemos acabar desorientados, como los astronautas que pierden la conexión con su nave o estación espacial, o como cuando Ícaro desatendió las advertencias de Dédalo sobre la distancia que debía mantener respecto al sol.

Tabucchi, en el sueño de Dédalo, encontró al Minotauro afligido. El dolor del hombre bestia desplaza el centro de atención del relato. Ya no nos identificamos con la angustia del arquitecto que no sabe salir del laberinto, sino que nos conmueven los sentimientos del ser equivocado. En los sueños eso sucede una y otra vez. Cuando yo vivía en suspensión no sabía si era Ícaro, Ariadna o el Minotauro. Tenía serios problemas para comprender qué papel me tocaba representar, algo que—como es comprensible—me causó muchos e incómodos inconvenientes.

El caso es que, cuando uno está ahí arriba, el tiempo ni se mide ni transcurre del mismo modo en que lo hace aquí abajo, donde no dejan de sucederse los fenómenos que tienen consecuencias que van modificando el mapa y las coordenadas en las que se ha ido desarrollando una suerte de vida paralela de quien ha estado alzado tantos metros sobre el nivel de eso que convenimos en llamar *realidad*. Hasta que, de improviso, algún acontecimiento traumático vuelve a dotar de su poder a la gravedad y se pone fin bruscamente a la liviandad.

Al descender tan rápido, quien lo experimenta se siente desorientado, y al encontrarse de bruces ante la vida paralela que ha ido transcurriendo sin nosotros, tan desaprovechada, tan vacua, aparece el deseo imposible de reclamar responsabilidades. No parece lógico ni justo tener que asumir las consecuencias de los actos realizados o evitados por otra persona que, siendo nosotros, se comportó como un verdadero extraño. Así, en plena confusión, te preguntas si el sueño es lo que sucedía a ras de suelo sin tu presencia mientras estabas en el aire o si, por el contrario, el espejismo era tu imagen volando.

En el sueño de Tabucchi, Dédalo ayuda a salir del laberinto de pasillos al hombre bestia que es el Minotauro. Para ello, tiene que vencer a los guardianes de la puerta definitiva respondiendo a una pregunta. Si el Minotauro no responde correctamente, pagará con su vida. Pero con una doble mentira consigue salir. Tal vez, negando la negación también yo podría

discernir si la vida verdadera es la soñada en suspensión o la vivida con los pies en el suelo, aunque sin conciencia.

Cuando Dédalo, en su sueño, le da las alas de cera al Minotauro no le advierte de los peligros de acercarse demasiado al sol, como dicen que sí hizo con su hijo Ícaro. En la narración de Tabucchi, Dédalo observa cómo el hombre bestia se marcha volando. Ya desde el suelo firme, satisfecha de la reconquista aunque incómoda por tener que transitar por un camino que otra permitió que se llenara de broza, a veces sueño de nuevo que vuelo observando al Minotauro. Igual que Dédalo en el sueño de Tabucchi, en ocasiones me detengo a observar el vuelo de hombres bestias hacia la luz de las estrellas. Y quiero pensar que, efectivamente, en algún lugar me estoy soñando volar o siendo parte de todo ese cielo oscuro con caminos y estelas que son reflejo arriba del laberinto de abajo.

GÉNESIS DE FONDO

Borré bastante crispada el último mensaje que me envió David, que contenía un poema. Ya no está ni siquiera en la papelera de mi correo electrónico, donde permanecen durante treinta días. En cambio, sí he encontrado otros anteriores. Debo reconocer que cuando recibí el primero, por un momento, me sentí halagada. Hacía poco tiempo que nos conocíamos y ya se atrevía a enviarme un largo y excéntrico poema. O yo le había impresionado mucho o estaba muy desesperado por tener algún lector. No tardé en darme cuenta de que se trataba más bien de lo segundo, o, intentando ser un poco justa, que tenía una imperante necesidad de comunicarse a través de versos irregulares repletos de faltas de ortografía, en los que mezclaba idiomas, jergas, vulgarismos y juegos de palabras. También me quedó meridianamente claro que, aunque se había mostrado impresionado por la cantidad de libros que yo ya había publicado cuando se lo dije, no había leído nada de lo que yo había escrito. Ni siquiera se molestó en añadir en el correo un breve saludo para anunciar el poema.

A cada envío, yo contestaba limitándome a un cumplido para decirle de diferentes maneras siempre lo mismo: que hacía gala de mucho ingenio en sus escritos y que resultaban—así, en un tiempo impersonal—divertidos. Él parecía tener suficiente con ese comentario, o tal vez sólo con el hecho de saber que había enviado a alguien sus poemas. Ahora lamento de verdad no poder recuperar el último. Sí he dado con un mensaje de hace exactamente tres meses, en el que habla del tiempo y de que ha parado su reloj. Recurría a bastantes tópicos, pero éste es más formal, no mezcla idiomas y no tiene faltas de ortografía. Se encuentra alguna imagen poderosa, o así me lo parece cuando lo leo ahora. Lástima que hacia el final deja caer un «Tonces». Me avergüenza reconocer que yo siempre los recorría en una lectura superficial, rápida e impaciente. Incluso en una ocasión, en un gesto que reconozco consecuencia de un vago resentimiento, le envié un poema mío inédito, escrito poco después de publicar mi último libro. Me contestó con algún modismo coloquial y algo infantil, una reacción en todo caso lejana al intercambio de pareceres que yo esperaba que propiciase mi mensaje. Supongo que daba por hecho que iba a acabar reconociendo que su escritura no dejaba de ser más que un pasatiempo y que tendría la revelación de que los poemas serios, los que pretenden mostrar alguna *verdad*, no pueden contener palabras a medias o chistes privados.

Nos habíamos conocido durante el montaje de la exposición de Julián del Valle. Era la primera muestra que yo comisariaba en la sala en la que trabajaba desde hacía medio año. Íbamos a recrear el taller del artista, que, como es sabido, en algunas ocasiones deviene una obra en sí mismo. Los objetos

recogidos de la calle o de mercadillos o sencillamente olvidados en un rincón acababan componiendo todo un universo intemporal e imperfecto, con una atmósfera espesa, como si quedara rastro del aliento de todas las vidas que habían circulado por allí. Respirar aquel aire era como escuchar una infinidad de voces incorpóreas narrando las infinitas posibilidades de la imaginación, todas las acciones que podían producirse alrededor de *las cosas*. Ahora me doy cuenta de que, tal vez, David pretendía construir algo parecido en sus poemas imperfectos, con aquel lenguaje en cierta manera pretenciosamente vulgar, recogiendo desechos de palabras y expresiones.

La inauguración de la exposición coincidió con el inicio del verano. Muchos niños la visitaron, fascinados por los cachivaches y los bocetos que reivindicaban la perfección de lo inacabado. Todos estábamos contentos y satisfechos, aunque entonces no fuéramos conscientes. A Julián del Valle le divertían mis reacciones ante cada uno de los objetos que parecían surgir casualmente de cualquier rincón de su taller. Queríamos que la exposición fuese capaz de provocar una sensación similar en todos los visitantes. David era su ayudante y entró también en ese torrente de reconocimientos e identificaciones.

Durante cuatro años, yo había estado realizando entrevistas a artistas plásticos para el suplemento cultural de un periódico de la provincia en las que mi propósito principal era inmiscuirme en su taller y, a ser posible, trazar un relato capaz de integrar el universo de imágenes de cada artista en el de los observadores de su obra. Con la distancia, todas estas palabras me suenan afectadamente altisonantes. Con Julián del Valle me estrenaba como comisaria, era la primera vez que participaba directamente en el montaje de una exposición. Y lo disfruté. Todos estábamos contentos y satisfechos, aunque entonces no fuéramos conscientes.

David insistió en que almorzáramos un día juntos porque quería que la muestra pasara por varios espacios expositivos y ya había acordado la próxima ubicación: una galería que regentaban unos jóvenes franceses en el barrio de Gracia. Quería que yo conociera el lugar y a los intrépidos galeristas con el propósito de que les aconsejara sobre el montaje de la exposición. Sentí algo parecido a cuando me envió el primer mensaje: mi vanidad recibía el halago como una refrescante y nutriente lluvia. Sin embargo, la tormenta no era tan copiosa como para cegarme del todo y que no desconfiara de la precipitación del ofrecimiento. Mi trayectoria como comisaria apenas si había empezado. En mi tiempo como entrevistadora para el suplemento también había conocido a varios galeristas, cuya forma de actuar distaba de ser la que David atribuía a los jóvenes de Gracia. Aun así, me comprometí a conocer su sala de exposiciones.

Lo hice una tarde muy calurosa de principios de septiembre, y después de

varias llamadas urgiéndome a ello. Nunca me da tiempo a acostumbrarme a la jerga, las perífrasis y expresiones que, de tanto en tanto, se ponen de moda imponiendo su uso cuando se habla de arte. Se hace obligatorio adoptar ese lenguaje si quieres que la tribu te acepte. Es preciso observar atentamente e imitar el modo de hablar de los demás. La sala en cuestión era un antiguo estudio de doblaje de películas. Se había conservado buena parte del mobiliario y de los equipos técnicos que se utilizaban décadas atrás, que ahora convivían con nuevas barras de bar, mesas, sillas y zonas de baile. La decoración había conseguido que el espacio tuviera personalidad. Otra frase hecha que reproduzco sin apenas darme cuenta. Escribo la historia de David como si se tratase de un artículo de prensa que necesita frases pulidas para que se deslicen con facilidad hasta el interlocutor.

Me costaba imaginar las obras de Julián del Valle expuestas allí. Creía que confluirían demasiados discursos que acabarían provocando mucho ruido y molestándose unos a otros. David me dijo que no fuera tan rígida mentalmente y que hiciera un esfuerzo de visualización. No contesté. Mi problema suele ser el contrario, que necesito poco para lanzar la imaginación y llegar a creer que basta con desear mucho una cosa para tenerla. En todo caso, sentí curiosidad por ver el resultado que era incapaz de imaginar. «Ya me avisaréis para la inauguración», le pedí. «Por supuesto, tienes que venir. Ya verás».

Después de la visita a los antiguos estudios de doblaje reconvertidos en espacio expositivo, nos sentamos en una terraza de una de las plazas de Gracia a tomar una cerveza. Nunca he vivido en Barcelona, aunque me he pasado más de media vida diciendo que me encantaría hacerlo. De hecho, creo que a estas alturas lo sigo diciendo de vez en cuando, como si esa decisión dependiera de alguien más que de mí misma o fuese importante que los demás lo sepan. Me fascina la ciudad, pero todas las plazas de Gracia me parecen idénticas y suelo confundir unas con otras. Recuerdo que hacía muchísimo calor y que las terrazas estaban abarrotadas. Acabamos en la de un restaurante indio que aceptó de mala gana que sólo tomáramos cervezas—al final fueron varias—sin pedir nada de comida. David se mostró expeditivo con el camarero y conseguimos nuestras bebidas. Cuando le felicité por su determinación, empezó a narrar la historia de su pasado como alto ejecutivo estresado y viajado de una multinacional de la informática. Me avergüenza un poco reconocer que yo pensaba que me estaba mintiendo. Tuve un pensamiento absurdo: me parecía que no tenía el físico para ser un directivo de una multinacional. Nunca me han atraído los hombres bajos. Sí, probablemente se deba a los estereotipos de belleza que nos han inoculado.

Las cervezas no mitigaban el calor que hacía en una de las plazas indistintas del barrio barcelonés de Gracia y David se alargaba demasiado con su historia

de habitaciones de hotel impersonales, rayas de coca para aguantar el ritmo, reuniones de tiburones y una pareja que constantemente le daba ultimátums, hasta que al final no le abrió la puerta al regreso de uno de sus viajes. Pero un buen día, creo que tras un susto de salud, rectificó y se alejó de los malos hábitos, del estrés y la ambición económica que tan perjudiciales habían resultado para su bienestar. Encontró la salvación y su vocación en el mundo del cine. Intuyó la verdadera finalidad de su vida y lo dejó todo. Tal vez la historia no sea exactamente como la estoy reproduciendo. También hoy, cuando empieza un nuevo verano, hace mucho calor y estoy muy confusa.

Aquella tarde de principios de septiembre yo vivía inmersa en una mudanza que estaba siendo extenuante por muchos motivos. Había sido necesario redistribuir una biblioteca de cerca de diez mil libros y empaquetar y pensar qué hacer con una cantidad similar de bibelots y *souvenirs* acumulados a lo largo de una vida y media. Ya he dicho que tal vez no esté narrando la historia como fue realmente. Acababa de abandonar una casa en la que, durante los catorce años en los que viví allí, con frecuencia me había asaltado la sensación de no ser más que un huésped. Es muy complicado hacerse propio un espacio, identificarse con los objetos que se acumulan, aunque hablen de las experiencias de uno mismo. Los bibelots reunidos en aquella casa, a pesar de que podían tener mucho en común con los objetos que llenaban el taller de Julián del Valle, nunca habían generado una atmósfera llena de voces sugerentes en la que yo quisiera sumergirme. Al contrario, cada uno de aquellos objetos guardaba una historia secreta y vedada para mí. Sin embargo, aprendí a convivir con todas aquellas cosas y representé durante mucho tiempo el papel de la habitante perfecta capaz de moverse con soltura por la casa entre *las cosas*.

Siendo así, la mudanza a la que me había visto precipitada tenía que significar el punto final de la vida de la habitante perfecta que perdía su escenario. No éramos conscientes de ello ni el hombre con el que había convivido, que me sacaba quince centímetros y muchos años, ni yo misma. No estábamos contentos ni satisfechos, aunque entonces no fuéramos conscientes. La nueva casa a la que nos trasladamos sigue en medio de una mudanza eterna, como si no acabaran de llegar sus habitantes perfectos. Está repleta de cajas por abrir, como si ya no quisiéramos contemplar los bibelots que debían recordarnos una vida vivida en su totalidad, la de él, y la otra vivida a medias, la mía. El nuevo espacio ha negado al anterior, pero sin llegar a generar una atmósfera a partir de los objetos que lo conforman y sus propias voces.

Yo estaba agotada por mi mudanza, mientras que David me contó que también acababa de pasar por algo parecido a un traslado. Después de algunas vicisitudes que no recuerdo, se había instalado en el antiguo estudio de

grabación, donde los jóvenes que gestionaban el espacio le habían cedido un minúsculo despacho y un dormitorio no mucho más grande. Hacía mucho calor y él estaba alargando demasiado su historia. No recuerdo lo que dijo sobre los estados intermedios entre las habitaciones de hotel impersonales frecuentadas por el alto ejecutivo de pequeña estatura y el reducido despacho en el antiguo estudio de grabación. Sí que habló de un proyecto de cine en el que estaba trabajando para un concurso que tendría lugar en otoño, en Calanda, alrededor de Buñuel. Intenté decirle que Buñuel era familiar lejano del hombre que me sacaba quince centímetros y con el que había compartido la casa que hacía poco había abandonado. No tuve oportunidad, aunque a David le gustaba que le hablara de aquel hombre, porque también él se había enamorado de una chica a la que imaginé bajita y a la que le llevaba más de veinte años. Necesitaba que yo, tan agotada por la mudanza, le ratificara que esas relaciones por supuesto que tienen sentido.

En un momento concreto empezó a recitarme sus poemas de protesta y pretenciosamente irreverentes. Llevábamos ya demasiadas cervezas y el calor me parecía insoportable. No tardé en marcharme, con una sensación de abotargamiento plomizo. Nos despedimos emplazándonos a la inauguración de la exposición de Julián del Valle en los antiguos estudios de grabación.

Quise agradecerle a mi hermano mayor su ayuda en la mudanza, aunque ni siquiera él consiguió que desaparecieran todas las cajas, ni que yo me hiciera con un espacio propio. Le invité al restaurante que más me gusta para celebrar su cumpleaños a principios de octubre. Antes de entrar en el restaurante, David me llamó desde Calanda instándome a que me conectara por Internet a un enlace que me había enviado porque estaban a punto de transmitir la gala en la que a él y a su equipo les iban a entregar varios premios del concurso de cine sobre Buñuel. La llamada volvió a provocarme una sensación similar a la que sentí cuando me envió su primer poema. Pensé que me tenía muy presente si me llamaba en un momento así o bien que estaba muy desesperado por compartir aquella alegría y tenía poca gente con quien hacerlo, o bien que llevaba un buen rato tomándose la molestia de llamar personalmente a todos sus contactos. Mi hermano mayor, su pareja, el hombre alto y yo entramos a disfrutar de una cena magnífica en mi restaurante preferido. No me conecté al enlace que David me había enviado, aunque creo que al día siguiente sí le envié un mensaje cordial felicitándole por sus éxitos.

Siguió enviándome algún poema más. Nunca me invitó a la inauguración de la exposición que planeaba con la obra de Julián del Valle. Finalmente no se hizo. Sí que asistió a la charla inaugural de un festival de arte contemporáneo en la organización del cual yo había colaborado y había puesto muchas ilusiones, fantasías de esas en las que te crees que basta con

desear mucho una cosa para tenerla. Se había desplazado desde el barrio de Gracia de Barcelona hasta el pueblo donde se llevaba a cabo la conferencia. Hablamos muy poco; yo estaba demasiado ocupada deseando que aquel festival fuese todo un éxito. Fue la última vez que le vi.

Me llamó por teléfono hace dos meses exactos mientras yo estaba en mitad de una reunión. Aun así, contesté y le pedí por favor que me llamara media hora más tarde. No lo hizo, pero yo sí. Más que su voz, a través del teléfono escuchaba un tema musical de Génesis a todo volumen. Habíamos hablado mucho de música, especialmente de Génesis, que a mí nunca me interesó demasiado, y de clásica. Era un viernes a media tarde. Pensé que había decidido empezar su fin de semana relajándose; yo también suelo poner la música a un volumen muy alto. David tenía una voz extraña. Parecía borracho o drogado. No voy a negar que envidié fugazmente aquel momento ajeno de evasión; yo estaba acabando, cansada, mi jornada laboral. Conversamos muy poco. Impuse lo que yo quería decir. Le conté que hacía un par de semanas que había muerto mi padre y que lo estaba pasando muy mal. Me sorprendí a mí misma por la manera como se lo estaba comunicando. Tal vez pretendía avisarle de mi vulnerabilidad para evitar que alguna de sus excentricidades pudiese irritarme. Los primeros días, me crispaba cada vez que oía la palabra *pésame* o la expresión *descansar en paz*, y yo misma tenía serias dificultades para construir la frase «Mi padre ha muerto». En cambio, de repente, necesitaba anunciarlo de inmediato en cualquier conversación para luego obviar que lo había dicho y alejar el tema. Todavía sigo siendo incapaz de abordarlo. Cuando se lo dije a David se quedó en silencio un buen rato. Pensé que le incomodaba el anuncio; él había ingerido las sustancias necesarias y había preparado el escenario ideal para disfrutar del inicio de su fin de semana, o eso era lo que yo pensaba. Me llamaba desde el teléfono de su minúsculo despacho en el antiguo estudio de doblaje. Tenía un cuarto propio, rodeado de los objetos que, como mínimo, guardarían algún recuerdo de aquella tarde de evasión etílica. Me gustaría creer que tuve la mínima cortesía de preguntarle cómo estaba, pero no me queda constancia de qué contestó. Yo estaba demasiado obsesionada con mi propio dolor. Sí recuerdo que me dijo que me llamaba para animarme a organizar algo en el espacio expositivo del antiguo estudio de grabación que regentaban los dos jóvenes franceses, una exposición o una conferencia sobre arte contemporáneo como aquella a la que él había asistido en mi pueblo. Ya ni siquiera sentí el breve e inicial halago que a veces me provocaban sus mensajes o sus propuestas. Creí que deliraba, producto de fuera lo que fuera que había tomado. La conversación fue muy breve.

El viernes pasado por la mañana recibí un mensaje de Julián del Valle: «David murió ayer». Hace unos meses que le habían detectado un tumor

cerebral. Se negó a hacer cualquier tipo de tratamiento. Sólo tomaba vino en cantidades ingentes. Los franceses que regentaban el antiguo estudio de grabación acabaron hartos de él. Julián me contó que no se dejó cuidar por nadie e hizo todo lo posible para crispar a la gente que tenía a su alrededor, pero que dos amigos le controlaban a distancia y cuidaban de él. A mí me crispó que me llamara, ebrio, para proponerme que organizara una conferencia. Tal vez no era eso lo que pretendía decirme cuando se decidió a llamarme e improvisó mientras conversábamos. Me aturde pensar que había llamado para despedirse y no tuve la generosidad suficiente para que pudiera hacerlo. Nunca sabré qué pasó por su mente en aquellos momentos en que guardó silencio, después de decirle que mi padre había muerto.

LA NEGACIÓN DEL AIRE

A mi cuerpo a veces se le olvida respirar. Entonces siento algo como cuando, después de un buen rato aguantando el zumbido de ruidos molestos a los que sin darnos cuenta nos hemos acostumbrado, los sonidos cesan y reparamos en el silencio. Como cuando se destaponan los oídos en un avión. Es raro, pero por un momento parece que no sucediera nada, aunque se alcanza una conciencia amplia, amplísima, plena, de lo que nos rodea. Porque el estruendo y el ruido, al desaparecer, han permitido que se vea y se perciba el mundo en toda su inmensidad.

Pues con mi cuerpo, con mi respiración, a veces ocurre lo mismo. A mi organismo se le olvida respirar. De repente percibo esa claridad, ese instante en el que todo se interrumpe y siento el mundo en toda su inmensidad. En ningún caso soy consciente del momento en el que he cesado el ejercicio de inspirar y expirar, pero lo cierto es que ni mi diafragma ni ningún otro órgano han empujado ni oprimido a los pulmones para que cumplan su función. Sencillamente, me he distraído y he dejado de respirar.

Algunas veces tardo en reparar en lo que está ocurriendo. Incluso en alguna ocasión el despiste ha superado alguna frontera preocupante. Un médico dice que es sorprendente que se me olvide respirar, porque es lo más instintivo que hace nuestro cuerpo. De hecho, es lo primero que hacemos al nacer: respirar. Si no hay respiración, no hay vida.

Ese mismo médico ha dicho que no aprecia ninguna patología preocupante en mi organismo que produzca la interrupción de la respiración. Existe una enfermedad que es la apnea del sueño, pero tampoco me afecta. Ni siquiera ronco cuando duermo, algo que parece estar muy relacionado con la apnea.

Me pregunta qué pienso cuando me sucede eso, que se me olvida respirar, y yo le intento contar esa sensación de conciencia absoluta del mundo, como cuando dejamos de oír ruidos molestos y sólo oímos la realidad. Pero no logro hacerme entender con todas esas explicaciones.

Dice que si sigo así, tendrán que aplicarme en el abdomen, o en la espalda o cualquier otra parte de mi cuerpo, una especie de dispensador de descargas eléctricas, o un estimulador, que me recuerden la obligación de respirar.

Aunque yo no les preste apenas atención, esas interrupciones acaban siendo molestas. Cuando suceden, requieren, de una sola vez y por un período de tiempo bastante largo, toda la atención que he ido negando a mis pulmones. Entonces tengo que dejar de pensar en lo que sea que esté haciendo y llenar los pulmones de aire, como si emergiera a saber de qué profundidades. A veces regreso de muy lejos. Mientras la respiración permanece interrumpida, mi mente se desplaza.

En definitiva, lo que sucede es que, paradójicamente, como se me olvida

respirar, ahora estoy más obligada que nunca a permanecer atenta a mis pulmones, mi nariz, mi boca y mi pecho. No debo distraerme. He de atender con cuidado al funcionamiento de mi organismo. Es como vigilar una máquina: eso fue lo que me dijo el médico. Igual que si tuviera que analizar y adivinar cada uno de los objetos que producen los ruidos molestos.

Me sorprende que la mayoría de los movimientos o ejecuciones del organismo humano no provoquen sonido alguno. Algunos sí, de acuerdo, pero, por ejemplo, la circulación de la sangre sólo se oye en circunstancias singulares en que tienes el oído taponado, te pones una caracola en el pabellón auricular o utilizas un aparato para auscultar. Cuando se respira en condiciones normales tampoco se hace un ruido especialmente perceptible.

A mí me irritan mucho las personas que hacen ruido al respirar, al comer, al tragar, al dormir, o sólo por ser. Me gustaría no hacer ningún ruido. Tal vez por eso se me olvida respirar. Y ahora, que debo permanecer tan atenta a la actividad de mis pulmones, no me queda más remedio que descubrir que mi cuerpo emite otros muchos ruidos desagradables. Eso de que oír la respiración de la persona amada resulta bello es una mentira y, sobre todo, es una tontería. Los ruidos de nuestro organismo forman parte de nuestra fealdad. Si hablamos de la armonía con la naturaleza en su esencia más virgen, entonces ya es un tema diferente.

De la misma manera que se me olvida respirar, a veces se me olvida que soy un cuerpo que hace ruidos. Con la misma comedida sorpresa que me doy cuenta de que mis pulmones se han detenido, de repente descubro—por ejemplo—mis brazos o mis manos. Es una reacción muy pueril, como la de esos bebés que unos meses después de haber empezado a existir con la primera bocanada de aire—para simplificar, establezcamos que empieza ahí todo o casi todo—, se miran con enternecedora fijación las manos.

Yo observo mis manos y brazos y descubro de pronto la otredad. Entendida como la necesidad de que el otro nos perciba y nos reconozca. No sé sobre la calidad ni las características de mi piel porque hace mucho tiempo, mucho, que nadie ha dejado constancia de que exista. No me gustaría que nadie me malinterpretara: en lo que acabo de decir no hay atisbo de drama ni de amargura, tan sólo me limito a afirmar lo que he descubierto. Los años han ido pasando y no he podido ver el avance de mi propia piel reflejada en el tacto de nadie. Ya he dicho que me molestan hasta el paroxismo los ruidos orgánicos. Tengo suficiente con ignorar los míos. Y no habría reparado en el desconocimiento de mi propio cuerpo si no hubiera sido por las incómodas interrupciones de la respiración que yo misma me provoco. El estimulador que pretende colocarme un médico será lo más parecido a una caricia que me recordará que no estoy comportándome bien con mi cuerpo. Más que caricia, será un pellizco que busca mi beneficio.

No sé cuándo he podido adquirir esa absurda manía de dejar de respirar. De la misma manera que ignoro qué otros protocolos o ejercicios no se están llevando a cabo correctamente en mi cuerpo. Que nadie me vuelva a malinterpretar: la negación de la otredad no la voy a considerar un síntoma de otro proceso orgánico fallido, o sea que no, que no es ningún drama. No me estoy quejando.

Ahora esa negación de los otros y todos sus ruidos forma parte de mi existencia habitual, tanto que intentar cambiar esa situación me costaría un esfuerzo que dudo que sea capaz de hacer. Con frecuencia lo mejor es no hacer nada. Ya sé que esto lo han dicho tantas personas que ya es un lugar común. Lo suscribo, porque sé de lo que hablo. A veces es mejor no hacer nada, sólo esperar, imaginar lo que sea hasta que desaparezcan todos los sonidos molestos que aturden nuestro cerebro. Aguardar la llegada de ese momento germinal, que es como una pequeña llama que se enciende en el centro—porque inmediatamente ese hálito de luz se convierte en el punto alrededor del que gira y se ordena toda la nada que contiene el abismo—, en el que no se percibe el sonido de la actividad, sino el silencio de la inmensidad que percibimos y habitamos: otra vez ese abismo sin límites, con el que nos fundimos porque el cuerpo no existe y ya no hace falta respirar. Ese momento.

Pero no siempre fue así. Hace algún tiempo existían efectivamente los otros, ahora ya no. Y puedo asegurar sin miedo a equivocarme que apenas si se necesitan. No sé hasta qué punto se puede negar lo que nos rodea. Tampoco me interesa establecer los límites. Supongo que existe un mínimo imperceptible: la luz, el color, la materia, el aire… Ya he entendido que sin aire es imposible vivir, es decir, sin oxígeno. La pregunta correcta en este punto sería hasta dónde podemos extender la negación. Un poeta al que conozco, pero del que ni quiero ni puedo hablar en este momento, ha negado incluso la luz. Se cree ciego, y ha encontrado realmente una manera de serlo. La negación del propio cuerpo también es un modo de ser ciego hasta que se hace necesario observar esos mínimos a los que me refería antes. O hasta que te obligan porque te colocan un estimulador que te provoca leves descargas eléctricas. Porque es cierto que la realidad que negamos a veces se rebela y se impone: nos reclama. No puedo creer que haya quien afirme que no entiende a qué me refiero. Lo que pretendo decir es que podemos obstinarnos en negar a los demás, las preocupaciones, los ruidos o incluso a quienes nos piden ayuda, pero al final la realidad encuentra formas de abrirse paso y manifestarse ante nosotros. Se me ocurren algunos ejemplos, aunque sería aburrido contarlos. Uno simple, sin ir más lejos: una noche de una calurosa semana de agosto, me desperté sobresaltada, gritando, y sudada por el tremendo calor (pido disculpas por aportar un detalle tan fisiológico). Me

había despertado alterada exactamente en el punto álgido de un sueño erótico. No los suelo tener con frecuencia—supongo que por eso me sobresalté—pero lo cierto es que me sirvió para apercibirme de que mi cuerpo seguía manteniendo la capacidad de experimentar determinadas sensaciones. La realidad—o como mínimo la realidad que de momento es mi cuerpo—había decidido manifestárseme a través del sueño. Es posible que fruto de la intensidad del sueño también hubiese olvidado respirar y por eso me desperté tan alterada. Mi inconsciente pudo haber funcionado como estímulo eléctrico, como pellizco que me instaba a reaccionar y despertar.

Negar el propio cuerpo y a los demás es una manera de irse. Pero sin llegar a ningún sitio. Sencillamente, uno desaparece del entorno que le ha sido habitual hasta ese momento. Mejor dicho, el entorno se hace invisible. La gente ya es invisible para mí. Y supongo que a estas alturas ya debo ser yo también invisible para los demás. Si soy sincera, hace tiempo que sentí que resultaba poco interesante para la gente. Utilizo el sintagma «la gente» siendo bastante consciente de sus connotaciones y sus indeterminaciones. Pues sí, empecé a notar que a la gente no le interesaba verme cuando comprobé que todo el mundo bosteza. No me refiero a que todas las personas pueden bostezar porque tienen—salvo patología—la capacidad orgánica de hacerlo. Lo que pretendo decir es que la mayoría de los individuos con los que establecía alguna conversación, por breve que fuera, acababan bostezando. Daba igual el tema, la hora, el lugar, el registro o las circunstancias en que se producía la conversación: poco después de los diez segundos, en cualquier momento del intercambio comunicativo, la otra persona bostezaba, y bosteza, porque me sigue ocurriendo lo mismo.

Desde el día en que fui consciente de este extraño fenómeno, cada vez que pienso en ello, también yo tengo que llevar a cabo un aparatoso bostezo. ¿Por qué a mis interlocutores les entra, tan repentinamente, esa necesidad de bostezar? En nuestra cultura es un lugar común, pero con alguna base científica, que es muestra de aburrimiento y hasta de rechazo. Yo tampoco quiero volver a ver a nadie bostezando ante mi mirada. Además, es contagioso.

También suele suceder que frunzan el ceño y pongan los ojos oblicuos mientras me miran. Incluso he encontrado quien arruga la nariz. Hasta el punto de que he desarrollado una insólita habilidad para adivinar exactamente el momento en que van a hacer una de las dos cosas: o bostezar o encoger las cejas hasta que parecen un gusano que se contrae en sí mismo. No me ofenden. Ya he dicho que son invisibles, han desaparecido porque todo el mundo se va.

Hace un tiempo me esforcé en reflexionar sobre las diferentes maneras en que la gente se va. Y qué sucede con ellas cuando desaparecen. Dejar de

respirar es una manera de irse; para ser estrictos, es la única manera de irse definitivamente.

Empecé a observar los modos de marcharse de algunas personas por la misma época en que empecé a negarlo todo. Me resulta confuso establecer qué fue primero y cuál es la relación de causalidad entre los dos fenómenos. El caso es que reparé—como cuando cesan los sonidos molestos que ni siquiera creíamos percibir—en que en un lapso breve de tiempo se habían ido de mi realidad algunas personas importantes.

Una de ellas lo hizo con un dramatismo que en este momento me parece exagerado y afectado en demasía. No sé ni siquiera por qué he empezado por esa persona. Ni siquiera fue la primera, ya se habían ido muchas más con anterioridad. O tal vez no. Quizá sí que fue la primera persona que desaparecía en el sentido estricto del término, porque las siguientes veces que volví a verle ya era otro. A quien yo había conocido desapareció, no sin antes desdoblarse en un fantasma que como tal vagó por donde lo hacen los de su especie. Fue una despedida larga, tanto que parecía que nunca iba a acabar. De la misma manera que a veces nos encontramos sumidos en una sensación que nos impacta tan profundamente—¿qué profundidades puede esconder un ser humano?, me refiero al limitado y finito cuerpo humano—que pensamos que durará para siempre, aunque sepamos de antemano que no, que absolutamente todo acaba. Es y será así hasta que se descubra qué misterio es el tiempo y si la experiencia y los sentimientos se extienden en vertical o en horizontal y sobre qué se extienden esos ejes.

¿A qué nos referimos cuando decimos que algo nos impacta profundamente? Yo creo que debe de ser algo que atraviesa la mente, el alma u otra dimensión que nos da forma aunque la desconozcamos.

En fin, que yo estaba hablando de esa persona que se fue con una despedida demasiado larga. Ensayamos tantos adioses que el definitivo fue insoportablemente ordinario, digno de un gran bostezo. Pero me estoy alejando de lo que de verdad importa: recordar la obligación de respirar. Hago una simple asociación de ideas, aunque sólo las una en este momento: aquella persona desapareció cuando fui consciente de que tenía que respirar, de que había estado mucho tiempo sin recibir oxígeno. Con la sencillez con que se toma una nueva bocanada de aire, desapareció. Y al respirar, como sucede después de bostezar, se destaponaron mis oídos, dejé de escuchar el zumbido en que se había convertido la presencia de esa persona y tuve un momento de esos en los que se descubre el silencio y se alcanza la conciencia de la inmensidad que lo habita. Y, a continuación, respiré de nuevo.

Después de los momentos de apnea, cuando vuelvo a llenar mis pulmones de aire, es cuando efectivamente siento que eso es lo único importante. Es lo único que no se puede negar. Podemos negar a las otras personas, incluso a

nosotros mismos. De hecho, nos pasamos la vida negándonos, con lo cual no somos más que una negación. ¿Qué me podría suceder si sigo olvidando respirar y si sigo negando a los demás? ¿Quién va a auxiliarme? ¿Existe auxilio posible? ¿Vendrían a rescatarme todas esas personas con sus bostezos? Dejar de respirar es una manera de irse, de acuerdo, pero antes deberían suceder muchas más cosas. ¿Irse de dónde y adónde?

Hace unos meses encontré a alguien a quien había considerado amigo durante un tiempo. Lo vi muy desmejorado, era evidente que estaba pasando por un muy mal momento o que padecía una enfermedad terrible. Ya hemos alcanzado una edad en la que a las personas les suceden estas cosas. Intenté ser cordial, sin preguntar por la causa de su aspecto tan desmejorado. Al principio, la conversación se mantuvo dentro de los límites considerados normales: ni siquiera bostezó. Sin embargo, era evidente que algo le molestaba y que su incomodidad iba creciendo paulatina y rápidamente. Estábamos en medio de una calle concurrida y céntrica de una ciudad de provincias. Hacía un par de días tan sólo que había inaugurado una exposición retrospectiva de sus esculturas en una galería cercana al punto donde nos habíamos encontrado. Le felicité por ello. Recibió la felicitación como si en verdad le hubiera insultado. Explotó. Gritó que le habían robado, que el mundo era un lugar deleznable porque le habían robado incluso a él, que apenas poseía nada. Se lo habían llevado todo. Intenté preguntar si es que habían robado en la galería, pero no atendía a mis palabras. Era a mí a quien estaba acusando furioso. Era imposible seguir lo que decía, sólo alcancé a vislumbrar que se preguntaba las razones por las que yo le había hecho una afrenta tan grave, yo, que tan en deuda estaba con él. Dijo que jamás hubiera pensado que yo fuera una persona tan mezquina y tan malvada. Y que podía estar segura de que no saldría indemne de todo esto, porque la vida acaba poniendo a cada uno en su sitio. Farfulló que tal vez yo me sentía orgullosa del lugar que estaba ocupando en ese momento, pero la vida es caprichosa, y tarde lo que tarde, también me dará mi merecido.

En mi defensa, puedo decir que al principio intenté que me explicara de qué hablaba, qué era aquello tan atroz que yo le había hecho o qué le había robado exactamente. No conseguí ninguna explicación, sólo que su voz cada vez se alzara más y que sus ojos tan enfermos se inyectaran de sangre. Lamenté que estuviera desperdiciando tanta energía conmigo.

En un momento concreto, apareció tras él una de las personas que podría considerarse uno de sus amigos más cercanos. También habíamos coincidido en alguna ocasión. Pensé que el recién llegado sería capaz de poner algo de orden o, como mínimo, de sacar de su error a mi antiguo amigo y esclarecer algo de lo sucedido. Por el contrario, su mirada se llenó igualmente de odio, y la mantuvo, retadora, mientras los gritos arreciaban. Entonces, sólo pude

decir «Lo siento», di media vuelta y me marché. Seguía oyendo cómo me advertía que me preparase, porque pronto vendrían a robarme a mí como justo castigo a mi soberbia, ya no podría estar nunca más tranquila.

Lo cierto es que la amenaza del antiguo amigo me inquietó durante un tiempo. Aunque fui yo quien no soportó más la situación y se marchó del lugar, aquella escena fue la manera que él tuvo de irse. Hace poco he sabido que murió unas semanas después de aquel encuentro. Creo que ya nunca sabré qué le habían robado ni qué era lo que yo le había usurpado. Cuando tuvo lugar el desafortunado encuentro, yo ya había empezado a negar a los demás.

Pero no todos se han ido con el mismo estruendo. Ahora recuerdo la mirada afectuosa y la sonrisa generosa de otra persona. Mientras se estaba yendo, se esforzó en girar su cuerpo desde la cintura, mirar hacia atrás, alzar la mano derecha apaciblemente y sonreír. El recuerdo de aquella sonrisa a veces funciona como el pellizco o la leve descarga eléctrica que ha de propinarme el dispositivo que quiere instalarme un médico. Me recuerda que hay que seguir respirando, introduciendo oxígeno en nuestro cuerpo.

Es importante tener bien establecido qué se puede esperar de los demás y, sobre todo, qué pueden esperar los demás de nosotros. No es una experiencia agradable encontrarse con alguien en una concurrida ciudad de provincias y que nos reproche y nos acuse de algo que no podemos entender de ninguna manera. El intercambio de información ha de ser manifiestamente claro.

Para disponer de un aire más limpio y más sano a mi alrededor, he llenado mi casa de plantas. Pedí ejemplares que tuvieran una gran capacidad para transformar el CO2 en oxígeno. En efecto, mi casa, que no es ni muy grande ni muy pequeña, ahora está llena de plantas que trabajan intensamente para depurar el aire que yo tengo que respirar. De pequeña, en la escuela nos explicaban que cuando se planifica una ciudad, hay que intentar poner cerca de una fábrica un bosque para que purifique el aire que ensucie la fábrica. Supongo que nos lo explicaron previendo que alguno de mis compañeros sería un gran urbanista o político. Yo me he rodeado de plantas para mejorar el aire que respiro. Requieren muchos cuidados, casi tantos como un jardín. La naturaleza es complicada. Tampoco es algo que se pueda negar. Quizá lo único que no se puede negar. Está ahí, compartiendo el espacio y el tiempo con nosotros, aunque su espacio y su tiempo no tenga que ver nada con el nuestro ni con las personas que vivieron mucho antes que nosotros. De los que vendrán después ya es más difícil asegurar nada.

Observo mi casa llena de plantas que se esfuerzan por producir mucho oxígeno cuando hacen las fotosíntesis e inspiro profundamente. Aquí *profundamente* significa que lleno mis pulmones todo cuanto puedo, desde la parte inferior hasta arriba del todo, y también los laterales. El gesto debería

conectarme con algo esencial: con la vida en su manifestación más pura. Pero no sucede nada. Sigo respirando. Hay que continuar.

MI PRIMA MEXICANA

Para Laura Flores.

Desde que el diagnóstico de la doble enfermedad de mi padre, la muerte de mi cuñado R. y el asesinato de la hermana de mi cuñado M. entraron en el escenario de mi familia, no he dejado de preguntarme sobre qué podía o quería escribir. En un principio, me dije a mí misma que no escribiría sobre ninguno de los tres temas mencionados, y salió una novela en la que intenté explicarme cómo era el entorno en que se enmarcaba mi limitado escenario, que tanto se había transformado. Pero a fuerza de no querer hablar o escribir sobre lo que tenía más cerca, rehuía las palabras hasta llegar a romper cualquier vínculo con la escritura y, mucho peor, con la lectura. Tampoco quería identificarme con las reflexiones de otros. No soportaba que nadie pusiera palabras a lo que yo era incapaz de asimilar. Hasta llegar a este momento, en que la realidad ya no tiene contornos y todo está borroso, como las fotos de la miope Nirvana Paz—qué nombre tan evocador, o irónico—, totalmente desenfocadas. Quizá ha llegado el momento de volver a nombrar las cosas, aunque sólo sea para identificar mejor el territorio por el que debo seguir moviéndome.

Tengo una prima mexicana, se llama Laura Flores. Me dio su número de teléfono para que nos mantuviéramos en contacto cuando todavía no había acabado el vuelo desde Ámsterdam hasta Ciudad de México en el que nos habíamos conocido. En el mes de noviembre de 2019 viajé sola por primera vez a México. Nos adjudicaron butacas contiguas; ella, en el pasillo, y yo, en la de en medio. Apenas había acabado de sentarme cuando me dijo, con una sonrisa resplandeciente, que esperaba que tuviéramos suerte y que el asiento de la ventanilla quedara libre para que yo pudiera desplazarme y viajáramos más cómodas. Parecía como si me hubiera leído el pensamiento.

—Sí, a ver si hay suerte.

—O mejor, si entra un chico guapo, lo sentamos en medio y nos aprovechamos las dos—dijo con su voz aguda y cantarina.

Yo no pude evitar sentirme incómoda por la familiaridad sobrevenida, pero sonreí. En los últimos quince años casi siempre he viajado con mi pareja, en quien volcaba toda mi atención en cuanto entrábamos en el avión para evitar incluso establecer contacto visual con ningún otro pasajero. Así que no sabía cómo manejar lo que consideraba un exceso de confianza de mi compañera de asiento. No la miraba a los ojos, aunque sonreía. No tardó en increparme.

—¿A ti cómo te gustan? Yo quiero que el chico que nos sienten en medio, porque va a ser un chico, sea alto, rubio y de ojos azules.

El color de su piel y su pelo, así como los ojos rasgados, la nariz y los labios constituían una exhibición inequívoca de su condición de mexicana. Era muy

baja y debía de pesar más de cien kilos. Por reprobables prejuicios me sorprendió que hablara de belleza y cánones estéticos, pero yo no dejaba de sonreír tímidamente, sin responder.

—¿A ti no te gustan los rubios, altos, de ojos azules?

Por un momento, volvió a mi mente el fantasma de F., que pensaba tener dominado desde hacía mucho tiempo. «¿A quién no le gustan?», fue lo único que pude responder.

—Pues eso, que nos traigan uno así y lo ponemos en medio. Pero tiene que ser muy guapo, ¿eh? Que mi novio es guapísimo.

No hacía ni cinco minutos que nos habíamos conocido y ya me estaba enseñando la fotografía del marido. Pensé que mi fantasma había sido mucho más guapo—F. se casó con una mujer que también se llamaba Laura; la vida está repleta de coincidencias fáciles de este tipo—y que el viaje se me iba a hacer muy pesado si mi vecina de asiento no dejaba de hablar, y no parecía tener la intención de hacerlo. Me esperaban más de once horas de vuelo, así que no me cupo la menor duda de que tendría que trazar alguna estrategia de escapada. Lo que de verdad rogaba a la Fortuna era que no apareciese ningún hombre, por guapo que fuera, ni nadie más que ocupara el asiento que quedaba libre para poder desplazarme hasta allí y fijar mis ojos y mi atención en la ventanilla. Durante más de once horas.

Ella me interrogaba con la mirada. Quería que le enseñara una fotografía de mi pareja. No lo hice. Sin embargo, quizá por la presencia fugaz del fantasma, se me pasó por la mente enseñarle la foto de otra persona, jugar a imaginar otra vida. Tampoco lo hice. No pareció importarle demasiado mi falta de correspondencia a su familiaridad, porque siguió contándome que su novio es noruego, pero que le chifla la comida mexicana que ella le prepara. Creo que incluso me explicó alguna receta mientras yo trataba de mantener a raya mi respiración. Ya quedaba poco para despegar cuando por fin apareció la persona que iba a ocupar la butaca libre. Un chico de piel, ojos y cabello muy morenos, nariz afilada y constitución tirando a frágil. Ella lo miró primero a él y luego a mí, antes de desplegar su rutilante sonrisa: «Ándale, pues no, deja a nuestro amigo que pase a su asiento, que con esto no tenemos para nada, y tú bien quietita donde estás».

Percibí la incomodidad del chico y lo miré buscando algo parecido a la complicidad.

Cuando Laura empezó a contarme con todo detalle los problemas que tenía en su trabajo—una empresa que ofrecía viajes en trenecitos turísticos por el casco antiguo de Oslo—con uno de sus jefes, empecé a preocuparme gravemente por cómo iba a ser yo capaz de hacerle frente a las horas de vuelo que me esperaban. Ensayaba en mi interior una manera cordial pero contundente para cortar aquel caudal que parecía interminable. De hecho,

hablaba tan alto que esperaba que algún otro pasajero se quejara de su cháchara. Sin embargo, no sé si fue en el momento en el que me dijo que ella creía en «las energías» o cuando empezó a contarme cómo era el vestido que se había comprado para la boda de su prima—el siguiente fin de semana en Chiapas—cuando consiguió captar mi atención. Me sorprendió el modo en que hablaba de su cuerpo. Creo recordar que hablaba de «las chicas rellenitas como yo», o «las que tenemos cuerpo de perita».

—Tienes que venir a la boda de mi prima en Chiapas. ¿Qué vas a hacer tantos días en Ciudad de México? Tú te vienes a la boda.

—No puedo, no he venido preparada.

—Ah, pues entonces, no. Las bodas de mi familia se preparan a conciencia durante mucho tiempo. No puedes venir de cualquier manera, en eso tienes razón.

Lo poco que yo había hablado, le dije que viajaba a México porque era periodista, estaba investigando a un artista muy famoso en su país y tenía que hacer entrevistas. Ella me miró, por primera vez, con algo parecido a la desconfianza. «¿Y viajas sola a Ciudad de México?». Supe que esa pregunta todavía tenía algo que ver con el hecho de que yo no le había enseñado la foto de ningún novio ni le había hablado de pareja alguna. Yo misma estaba asimilando que viajaba sola por primera vez y tratando de adivinar cuáles eran los verdaderos motivos por los que lo hacía. T. no se había visto con ánimo de hacer un viaje que, estoy segura, no dejaba de interpretar como un capricho mío. No hablar de él era una manera de exigirme a mí misma los verdaderos argumentos por los que estaba viajando sola.

—A lo mejor lo del vestido lo podemos arreglar, porque tú no te vas a quedar sola durante un fin de semana largo en Ciudad de México, eso te lo digo yo.

—Tengo muchos amigos en la ciudad, así que no estaré sola.

Miró a la persona que estaba sentada al otro lado del pasillo, también mexicano, que había viajado a Europa por negocios, y repitió casi literalmente mi frase. Otro desconocido, aunque también mexicano, con el que hablaba con una pasmosa familiaridad. «Dice que tiene amigos en la ciudad. Va a hacer entrevistas porque es periodista». Yo no me había atrevido a decirle que también era escritora y que, de hecho, en Ciudad de México iba a presentar mi última novela. No se lo dije ni siquiera cuando me contó que le gustaba mucho leer, que estaba acabando el último libro de la saga de Stieg Larsson, pero que no lo había escrito Larsson, y que le gustaba menos porque se notaba que no lo había escrito el verdadero creador de la saga *Millennium*. Lo estaba leyendo en inglés. Mi amiga mexicana habla por lo menos seis lenguas: sueco, inglés, noruego, holandés, español y alemán. Es licenciada en Derecho. Y sabe decir algunas palabras en catalán. Y ha leído a María Dueñas, que le

hizo disfrutar enormemente. Pero yo no me atreví a decirle que soy escritora y que he publicado más de diez libros.

Si la inusitada familiaridad que derrochó desde el principio incluso me había violentado durante unos momentos, poco más tarde no podía renunciar a resguardarme en el área de seguridad que parecía haber conseguido. No iba a dormir durante el trayecto, pero aquella persona me hacía sentir que, después de tantos días de agitación, podía estar tranquila. Durante años había reflexionado en las sesiones del terapeuta sobre mi vulnerabilidad y sobre cuán dañino puede resultar estar siempre esperando de los demás las atenciones que uno mismo no sabe prodigarse. Pero a Laura yo no le había pedido que me cuidara; ella cuidaba de todo el mundo. Creo que en menos de una hora ya me había cautivado completamente. De la misma manera que lo había hecho con el ejecutivo mexicano que se sentaba al otro lado del pasillo, o con el frágil arquitecto joven que se había sentado a mi lado, junto a la ventanilla. Se llamaba Francisco y dijo que necesitaba dormir porque la noche anterior, en Glasgow, había estado de celebración con unos amigos y tenía una buena cruda. Laura le contó una borrachera suya similar y luego lo dejó dormir. Es más, vigilaba su sueño. Yo le ofrecí el collarín que había comprado en el aeropuerto de Ámsterdam pensando que podría descansar durante el vuelo. Había ansiado la butaca del avión para intentar sumergirme en un sueño reparador. Francisco aceptó, algo incómodo, el collarín, tal vez por miedo a molestar a Laura si se negaba.

Pocos días antes de viajar, yo había estado charlando con un amigo sobre las dudas que tenía acerca de la conveniencia de hacer el viaje sola. Él me había animado efusivamente, recordando una ocasión en que había hecho una ruta por el país. Conoció a una mujer que había conseguido fascinarlo y en la que había seguido pensando durante muchos años. Bromeamos sobre la posibilidad de buscarla ahora, tanto tiempo después. Y a mí me gustó la idea de intentar recuperar algo que había sido tan especial para mi amigo. Mientras yo viajaba junto a Laura, pensé que, en cuanto llegáramos a tierra, le enviaría un correo electrónico para decirle que había encontrado a su mexicana, porque ella era la mujer más fascinante que yo había conocido nunca. Pero mi amigo no tiene los ojos azules ni es rubio ni tan joven como los hombres que le gustan a Laura. Tal vez por eso tampoco le enseñé su foto cuando ella me inquiría para que le enseñara el retrato de alguien cercano a mí que le ayudara a reconstruir mi mundo.

El chico rubio que me mostró en la fotografía del teléfono era su segundo marido. Se había divorciado hacía menos de dos años del primero, *el güerito*, de quien también me enseñó fotografías. Seguían siendo grandes amigos, lo que provoca los celos de la nueva pareja de él, una colombiana delgada y muy tímida—a quien por supuesto también vi en fotografía—. Laura me contó

que se separaron porque no se entendían sexualmente, y que para ella era muy importante sentirse deseada. Me seguía produciendo mucho pudor mantener esa conversación allí, en el avión, pero me encantaba oírla hablar de la relación que mantenía con su cuerpo y con el deseo. Se reía con estridencia al relatar cómo era incapaz de controlar su atracción por los veinteañeros. Ninguno de sus dos maridos superaba los treinta años. Yo no me atreví a contarle que me había casado con un hombre que era más de treinta años mayor que yo. Ella tiene mi edad, pero nadie le echaba más de treinta. Quiso hacer la prueba allí mismo. Primero me preguntó a mí: «Treinta y dos», dije; el joven arquitecto resacoso calculó, en un momento en que abrió los ojos, veintinueve, y el ejecutivo del otro lado del pasillo redondeó en treinta. Ella levantó su rollizo brazo derecho con una gran carcajada y dirigiéndose a la azafata, gritó: «¡Copas para mis amigos!». Vino una azafata, pero menos dispuesta a la celebración que la que nos había estado atendiendo hasta ese momento, y le recriminó que hablaba muy alto y que no dejaba dormir a los pasajeros. Por un momento, vi que a Laura se le empañaban los ojos, pero mentiría si dijera que me sorprendió la reprimenda. Estaba segura de que eso sucedería desde el inicio del viaje. Sin embargo, no pude evitar conmoverme con la sombra que detecté en su mirada.

—¿A ti te molesto?—me preguntó.

Por primera vez, los roles se intercambiaban y a mí me correspondía desempeñar el de protectora, o algo parecido.

—No te preocupes, es que ahora nos toca la azafata mala, ya sabes el juego del poli bueno y el poli malo.

Unas horas antes, otra azafata nos había dicho que nunca había visto a dos pasajeros tan sonrientes como nosotras, que transmitíamos una admirable sensación de felicidad y que ella iba a hacer lo posible porque siguiéramos disfrutando del viaje.

Tras mi respuesta, Laura soltó una carcajada más estridente si cabe que las anteriores. Dijo que no era la primera vez que le pasaba, pero que no imaginaba a quién le podía molestar que ella hablara. De hecho, no entendía por qué a la gente le costaba tanto hablar con los demás; ella siempre intentaba establecer buenas relaciones con las personas con quien coincidía en su vida, especialmente en los vuelos. Por ejemplo, a una buena amiga que veía con frecuencia en Francia la había conocido durante un trayecto París-México. La entonces desconocida, cuyo nombre no recuerdo, viajaba con su hija, bebé, que se puso muy nerviosa, tanto que la madre era incapaz de calmarla y tuvo que ser Laura quien lo hiciera. Me dijo que le gustaba la gente y pasárselo bien, y que ella también le gustaba a la gente. Pensé que eso lo decía para que lo escuchara la azafata que la había increpado. Ella le gustaba a la gente. Nadie se imaginaba que ella, la rellenita del grupo de amigas, sería

capaz de seducir al periodista deportivo guapo con el que coincidía en la cafetería del edificio donde estuvo trabajando una buena temporada cuando era una jovencita. Se encontraron una noche en un local de copas. Ella se había puesto un *piercing* en la lengua hacía poco tiempo. Él le dijo que nunca había besado a nadie con un pendiente en la lengua. Lo hizo. Laura dijo que fue un beso muy largo, el más largo que le han dado nunca. Escuchando la historia, un fantasma volvió a recorrer mi mente como se cruza un escenario.

Volvió a sacar el tema de los chicos altos, guapos y rubios. Quería forzarme a que le hablara de mi pareja, pero a esas alturas a mí me gustaba ser su nueva amiga, la que la envidiaba por el *piercing* en la lengua y el beso con el periodista deportivo guapo, sin foto de pareja que enseñar, sin tener que hablarle de las dudas que había tenido las semanas previas al viaje, sin confesar que había escrito algunos libros que probablemente no me atrevería a recomendarle y que tenía miedo de no estar a la altura de la persona que yo había imaginado capaz de realizar el viaje a México en el que estaba embarcada. Sólo quería seguir escuchando su historia. Ella era la mujer más fascinante que había conocido y yo no quería hablar de mí. Comí poco cuando repartieron el almuerzo y la cena. Ella, que se quejaba a menudo de que tenía hambre, me riñó y me dijo que la ensalada era buenísima, que a ella le había encantado. Al decir eso, el ejecutivo al otro lado del pasillo le ofreció la suya. La aceptó. Yo había perdido el apetito. Laura pensó que era vegetariana, celíaca o sufría algún otro tipo de intolerancia alimentaria. Me riñó por no haber previsto que me prepararan una comida especial. Le dije que no acostumbro a ser delicada para comer, pero que últimamente no me había encontrado muy bien. Le tendía así el cabo perfecto del que ella podría haber tirado para empezar un interrogatorio del que dudo que yo hubiese podido salir airosa. Vi que su mirada se iluminaba como quien se relame porque ya tiene la presa en sus manos. Supongo que detectó mi pavor. Sonrió. «No te preocupes si eres vegetariana. Ya se te pasará; a todo el mundo se le acaba pasando».

No sé si fue en ese momento exacto cuando le dije que sería una madre excelente. Me miró de nuevo, con la misma sombra en los ojos que tenía al ser reprobada por la azafata. Me contestó que ella ya era madre. Bjork. Se había divorciado del *güerito* porque no se entendían sexualmente, pero con su segunda pareja no tardó apenas nada en quedarse embarazada. No lo habían buscado, pero decidieron seguir adelante, aunque hacía poco que estaban juntos. La idea de ser madre la hizo feliz: ya había superado los cuarenta, y a su nuevo marido, que previamente había sido un buen amigo durante muchos años, también. Pero en verano viajó a Edimburgo a participar en un encuentro mundial de una ONG que trabaja en favor de los sintecho. Era uno de los proyectos que todavía comparte con el *güerito*, su primer marido.

Viajaron juntos y ella se sintió mal. Rompió aguas un par de meses antes del momento esperado. La criatura y la madre lucharon para que el embarazo siguiera adelante. Llorando, Laura me contó cómo hablaba con el feto, Bjork, la noche que pasó en el hospital escocés, y cómo le decía que no tenía ningún sentido seguir luchando. Debo confesar que me incomodaba la teatralidad de la narración. A mí me cuesta mantener conversaciones en las que se toma o se comunica una decisión. «Escucha, esto no puede seguir así. No tiene sentido seguir luchando». Suelo dejar que las cosas sucedan sin que las palabras lo anuncien o le den forma. Ella me reprodujo lo que le dijo a su hijo la noche antes de que le practicaran la cesárea de la que saldría una criatura muerta. Tal vez los términos que uso no son los correctos. No los retuve en la mente. Lloraba con ella mientras me contaba los trámites posteriores. *Trámites* es una palabra espantosa para definir aquello por lo que tuvo que pasar: bautizar a la criatura, despedirse de Bjork, incinerarla, escoger una lápida. La mayoría de los trámites tuvo que hacerlos con la ayuda del *güerito*, porque el padre de la criatura, el guapo rollizo de ojos claros, no había llegado todavía desde Oslo. Su primer marido no había podido darle un hijo y la acompañaba a parir, muerto, y enterrar al que había tenido con otro hombre. Los dos maridos de Laura se conocieron tramitando la pérdida de un bebé. Ella habla de la importancia de las energías que nos definen. Seguramente, ahora entre esas tres personas existen corrientes y vínculos de energías que van a ser muy difíciles de romper. Todo esto se lo tuvo que explicar a la colombiana flaca y tímida que ahora es la compañera del *güerito* para que no sintiera celos. De nuevo, un fantasma atravesó mi mente. No me siento en absoluto orgullosa de cuanto pensé mientras Laura me contaba todo eso. Tal vez, si le hubiera confesado que soy escritora, aunque hacía mucho tiempo que no escribía, ella no hubiese compartido la experiencia conmigo.

Unos meses atrás, yo había leído en la prensa acerca de una obra de teatro muy premiada y celebrada en la que se abordaba el tema de las parejas que deben enfrentarse al trauma de parir a una criatura muerta. En los artículos que leí al respecto se hablaba de la necesidad de visibilizar estos procesos, tan dolorosos y más habituales de lo que pensamos, precisamente porque no se habla lo suficiente. Entonces me pregunté que cuál era esa necesidad tan imperiosa de hablar de los traumas. Todos llevamos nuestros duelos, pequeños o grandes, con nosotros mismos constantemente. Se supone que la madurez es aprender a vivir con ellos. ¿De qué sirve hablarlos o ponerlos en común? ¿No estaba Laura haciendo sentirse incómoda a una parte del pasaje del avión exhibiendo tan abiertamente su dolor? Negar el dolor de mi compañera de viaje no era sino aferrarme a negar el mío, de la misma manera que me había empeñado en no enseñarle ninguna foto de mi pareja. Sentí que me estaba obligando a enterrar con ella—a mí, que no soy madre ni lo seré

nunca—, en la macabra escena que me estaba reproduciendo, alguna parte ignota de mí. Y no quería saberlo. Sí, lloré con ella y traté de consolarla, pero sintiéndome incómoda y ansiosa. Finalmente, se tranquilizó repitiendo, como una letanía, que ella ya era madre y que siempre lo sería, y que algún día escribiría un libro sobre todo esto.

Un par de horas antes de llegar a Ciudad de México, nos quedamos dormidas. Francisco, el jovencísimo arquitecto, apenas se había despertado durante todo el viaje. La azafata agradable le trajo chocolatinas a Laura. Al ver que yo celebraba el gesto, no pudo por menos que darme unas cuantas también a mí. El chocolate era lo único que comía con gusto y sin problema en esos días. No fui consciente de lo pueril de mi reacción hasta que mi amiga hizo un comentario jocoso. «Es que mi amiga es un poco envidiosa y quiere todo lo que me dan a mí. Pero no hay problema, yo lo comparto todo con ella. Es mi amiga y va a venir a la boda de mi prima en Chiapas, no se va a quedar sola un fin de semana largo en Ciudad de México».

Cuando el avión aterrizó por fin en el aeropuerto Benito Juárez, Laura empezó a organizar a la cuadrilla que habíamos formado el ejecutivo al otro lado del pasillo, el joven arquitecto resacoso y yo. Nos advertía para que no olvidáramos nada en el avión y nos urgía para atravesar pronto la aduana. «Tú la pasas conmigo, porque los mexicanos podemos pasar con un familiar europeo. Y tú eres mi prima *güerita* que viene a la boda de la prima de Chiapas. Pues claro que vas a venir a la boda».

Efectivamente, en menos de veinte minutos ya habíamos atravesado la aduana y habíamos recogido las maletas. Mentiría si dijese que no me arrepiento de no haber ido a la boda de su prima de Chiapas. Pero conservo la fotografía que me envió Laura en la que aparece con su bello y vaporoso vestido azul y con sus otras primas. Sé que lo habría pasado muy bien.

Dejé a Laura a la salida del aeropuerto mientras esperaba a sus padres, a los que hacía casi un año que no veía. Yo estaba nerviosa, porque ya había visto esperándome al amigo que había venido a recogerme y que me hospedaría en su departamento de la calle Donceles. Vuelvo a avergonzarme de cómo me despedí de ella, con precipitación, sin decirle cuánto me había fascinado conocerla. No hubo ni un día de aquella estancia en la capital mexicana en el que no me enviara un mensaje preocupándose por mí. Compartíamos un *jet lag* traumático, que se resistía a ser superado. Yo contestaba a sus mensajes esforzándome porque entendiera cuánto me estaba gustando pasear sola por las calles de Ciudad de México, mirando la ciudad como lo haría la persona que se sentó a su lado en el avión, fijando la vista para intentar que el mundo no vuelva a difuminarse o desenfocarse.

UN RADICAL DEL NO

Nota la mandíbula levemente agarrotada. Esta noche ha vuelto a apretar los dientes. *Bruxismo*, así se llama la acción. Él no hizo caso al dentista. Estaban diagnosticando bruxismo a demasiada gente, así que le pareció sospechoso y desconfió. Hacía tiempo que no sentía esa tensión en la mejilla o la mandíbula. Hoy tampoco se va a afeitar. Apenas si ha dormido. ¿Cuántos días se puede resistir durmiendo tan poco? Se le aparecía entre sueños la comisaria de la exposición a la que fue anoche. O pesadillas. Ella, con su vestido tan rojo como el carmín de los labios, de pie ante él, hablando en una lengua desconocida, aunque estaba destinada únicamente a él y le increpaba. Hacía tiempo que no asistía a ninguna inauguración. Hace mucho tiempo de muchas cosas. Dentro de un rato leerá en el periódico la crónica del evento. Es una exposición importante. Con ese argumento le habían convencido para que asistiera. Decidió hacerlo pensando que nada podría sorprenderle porque ya conocía todo lo que sucedería. Siempre todo es igual. Por eso dejó de ir a las inauguraciones.

Pero la comisaria lo descolocó. Mira al espejo como si al centrar los ojos en su propia mirada pudiera verla a ella mejor. Los labios y la ropa del mismo color. Rojo. Reconoce que es el momento de tomar aire porque sabe que el latigazo que nace debajo de las costillas y se estira hasta atenazar la garganta no va a tardar. Sucede exactamente así, como si él mismo lo hubiera invocado. No empieza bien la mañana. Puertas que se abren después de muchos años. Tal vez no fue una buena idea haber cedido y haber ido a la inauguración. Tenía mil excusas válidas. Su vida ya está organizada de otra manera. Va a leer la crítica de la exposición en el diario dentro de un rato, mientras toma el desayuno. Los rituales cotidianos siempre ayudan a resistir cuando se empieza la mañana con el latigazo. Siente curiosidad por leer lo que hayan podido escribir acerca del vestido rojo o de la corta estatura de la comisaria. Esas cosas no se comentan en el tipo de periódicos que él lee. Tenía algo de infantil, pero la solidez de su discurso le produjo una sensación parecida a la fascinación, por su capacidad de establecer un orden determinado de las cosas. Le había cautivado precisamente a él, que tanto había ironizado sobre el protagonismo y la retórica de los comisarios redichos y talentosos hasta el hartazgo. El talento siempre le pareció una sustancia de una textura pegajosa, densa y pesada, casi sucia. Aunque la consideraba orgánica, siempre la detectaba con facilidad fluyendo en el cuerpo de los demás. El talento propio no dejaba más alternativa que negarlo. Poseerlo acababa siendo el argumento definitivo para estar obligado a realizar alguna acción meritoria, un imperativo para ser valiente. No hay que desaprovechar los dones que se tienen. Si sigue pensando eso, el látigo no va a dejar de azotar en todo el día. Con los látigos se adiestra

a los animales.

Probablemente, alguno de los periodistas que asistieron a la inauguración va a ser capaz de diseccionar el talento de aquella mujer que no podía ser tan joven como parecía. Difícil saber por qué cuando se ha mirado en el espejo la estaba buscando a ella. En algún momento de su intervención, habló del vértigo en las obras que conforman la exposición. A él no se lo habían provocado. O, por lo menos, no mientras las había tenido delante. Y eso es bueno, porque en su día tuvo que esforzarse para negar el vértigo ante una obra de arte. Pero sigue coleccionando. Adquiere las obras después de un cuidadoso proceso de domesticación, eso sí. Declina todas las invitaciones a las inauguraciones, pero si le llama la atención algo que dice la crítica sobre un artista o su práctica, se acerca a la galería donde se expone. Durante la primera visita, vislumbra las piezas desde fuera, a través de los cristales. Nunca ha comprado nada a ninguna galería que no tenga ventanales amplios. Si una ventana ha de servir para iluminar una estancia, un escaparate ejerce la función contraria: que el interior pueda proyectarse hacia el exterior. En el caso de que lo que consigue vislumbrar tenga, además, la fortuna de encontrar un buen intérprete que ejerza de mediador entre la obra y él, la compra puede darse por completada.

Aunque tampoco es cierto que siempre las explicaciones de los demás le acaben convenciendo. Algunos artistas de la exposición de anoche podrían interesarle. El jardín está seco. Este otoño está teniendo días muy ventosos. Puertas que se abren. Tal vez debiera regar el jardín antes de leer la prensa. Sabe que los gestos cotidianos ayudan en días como éste. Por eso ha salido al jardín. Lo que piensa y lo que ve. La imposibilidad de armar un discurso que ponga cada cosa en su sitio, como hizo la comisaria de los labios y el vestido rojos. Después de leer la prensa le resultará más fácil orientarse.

La terraza está cubierta de tierra que ha arrastrado el viento. Hay huellas de pájaros. Tal vez en los periódicos de hoy también se hable de los motivos por los que este otoño se han producido varios temporales. A veces, el viento viene demasiado caliente para un mes de noviembre. Y, en otras ocasiones, durante unos días cae una cortina de agua pesada, densa e intermitente que destroza el jardín y la terraza. No recuerda haber leído si el año pasado estos meses fueron iguales. Hoy hace demasiado calor. Le gusta observar el jardín. Es una de las pocas cosas para las que no necesita intermediarios. Ver cómo la Naturaleza sigue su propio guión.

Las huellas en el polvo terroso le recuerdan a la muchacha de la historia de los coyotes. Es imposible vivir entre coyotes. Ni siquiera imaginarlo desde el orden de las cosas que ha conseguido imponer en su vida. Nadie puede vivir entre coyotes, pero a él le encandiló la historia que le explicó aquella chica. Otra vez el latigazo. En esta ocasión, incluso deja de respirar unos segundos.

A veces a él se le olvida hacerlo. El polvo seco agitado por el viento dibuja señales. La chica de los coyotes le acercó una vez al abismo. Está apretando de nuevo las mandíbulas. El suelo de la terraza parece un cuadro; la tierra como pintura matérica. No acaba de imaginar el lienzo acabado. La materia. Una de las artistas de la exposición de la tarde anterior hablaba de teorías cuánticas. Él había leído un artículo en la prensa sobre el interés creciente de los creadores por la ciencia. *Creadores* le parece una palabra tan gomosa como *talento*. Él también ha leído acerca de las teorías de la cuántica. La materia que no se compone de partículas, sino de energías en vibración. Eso debería hacerlo todo más fácil. No podemos ver esas vibraciones. Es decir, que están sucediendo cosas que no podemos percibir. La importancia de buscar nuevas maneras de percibir. No ha empezado bien la mañana.

También está esa teoría del gato en una caja que, como no lo vemos, es tan posible que esté muerto como que esté vivo. Es decir, hay tantas posibilidades de que sea cierta la realidad que tocamos y sentimos con nuestros cinco sentidos de siempre como que lo sea esa en la que sólo somos una vibración. Pero todavía no sabemos sentirlo, por eso no es ontológico. En esa realidad paralela y negada, él no necesita intermediarios, y se atreve a acercarse a todo. Sale a la calle, y visita exposiciones con frecuencia y estudia las huellas de los coyotes en su jardín y los hábitos de los koalas. Vaya ocurrencias. Eso pasa por dejar de respirar: al cabo de un momento, el oxígeno no alcanza al cerebro.

Otra pieza de la exposición a cuya inauguración asistió después de tanto tiempo sin hacerlo hablaba de Cioran. Física cuántica y Cioran, ¡vaya novedades! Entonces, ¿por qué vuelven a inquietarlo tanto hoy? Él ya no necesita una vida paralela. Ya quedó demostrado en su momento. Agarrarse fuerte a las rutinas cotidianas. Cioran había escrito sobre la «magia del artista irrealizado…, de un vencido que desaprovecha sus decepciones, que no sabe hacerlas fructificar». ¿Qué puede salir de una decepción? El mundo ha estado girando estupendamente sin que él haya hecho fructificar sus decepciones. Precisamente, para que todo siguiera girando, el pacto consistía en que no hubiese más decepciones. Tampoco había sido tan difícil. Había bastado con no esperar nada. Observar la naturaleza del jardín y esperar a que floreciese el limonero. Y ver crecer a sus hijos, sanos y satisfechos.

Este otoño ventoso el limonero ha tenido unas flores que no han durado apenas nada. Debería cambiarlo de sitio para protegerlo de las corrientes de aire. Y las hojas están llenas de parásitos. Lo importante es que esas flores lleguen a fructificar, eso sí. Está siendo un otoño extraño, como esta mañana. Puertas que se abren. El tiempo ha pasado muy rápido, acumulándose en una extraña sensación de inmovilidad. Tal vez lo importante estaba sucediendo en la vida paralela, en la caja del gato que no vemos. La comisaria en sueños o en mitad de una pesadilla recriminándole todo lo que se ha perdido. Pues bien,

ahora ya desde la vigilia, puede responderle que no se ha perdido nada importante. Lo negó todo. Sencillamente, encontró otras distracciones para seguir acumulando el tiempo hasta que se apaguen las luces. ¿A quién le había leído esa expresión?

Lo importante es distraer la espera. Las obras de arte que colecciona sirven para eso. La chica de los coyotes también le dice algo reprobatorio desde las huellas de la tierra en la terraza. Ella se jactaba de haber mirado directamente al abismo. Pero ¿qué necesidad hay de hacerlo? El abismo se presenta cuando menos lo esperas, materializado en un latigazo que te impide respirar. Y durante un momento, tu cuerpo está negando el oxígeno, que es, tal vez, el elemento más imprescindible para seguir funcionando. Como si eso tampoco tuviera sentido.

Cioran también habla de la atracción que siente por «los autores de segunda fila (Joubert, sobre todo) que, por delicadeza, vivieron a la sombra del genio de los demás y que renunciaron al suyo por temor a poseerlo». Mientras mira el jardín se dice que él no temió tener genio, lo que sucedió es que no pudo soportar la idea de que esa sustancia pegajosa, densa, tibia y pesada que es el talento circulase por su cuerpo. Quizá el genio sea otra cosa más difícil de negar. El genio debe de ser algo parecido a una obsesión que no se puede expulsar de la mente y que no deja espacio para nada más. Tal vez sí prosperen los limones, pero empieza a ser urgente acabar con los parásitos que están destrozando las hojas nuevas. Sabia fresca que hace que las hojas brillen más y sean más apetitosas. Para quién no. La pregunta es si hoy todavía es posible mirar directamente a lo que está sucediendo y lo que parece que ya ha sucedido. Encajar todas las piezas en una única historia. Y narrarlo con una voz de la que más tarde no se avergüence. Unas palabras en las que reconocerse. Si todo se reduce a palabras, como las teorías cuánticas, parece más sencillo. Aceptarlas y esperar que todo coincida con la historia.

La teoría del gato le recuerda que esta noche también ha soñado con otra caja. Una donde antes había habido gusanos y que luego aparecía llena de crisálidas. Y, de repente, todas eran una sola. De la misma manera que es imposible saber si el gato de la caja estaba vivo o muerto, no se podía tener la certeza del proceso mediante el cual las crisálidas se habían unido para ser una. Todo sucedía en esa extraña dimensión que adquiere el tiempo en los sueños. En un momento sucedían muchas cosas a la vez para que la crisálida adquiriese una importancia tan destacada. Y él estaba a la vez dentro y fuera de la crisálida. Observando y cuidando aquella materia que era un ser vivo y simultáneamente no lo era. Como quien cuida un jardín o a un enfermo. Parecía emitir una luz propia. La crisálida había aparecido sin más, *in medias res*, como si no fuese necesario que hubiese un animal que en un determinado momento decide encerrarse, ponerse a morir y empezar a segregar lo que sea

necesario para cubrirse de esos hilos delicados de seda. Toda su atención en el sueño estaba centrada en la crisálida, como si la salida prevista del nuevo ser tuviese una gran trascendencia porque iba a traer la belleza. De hecho, cuidar de la delicadeza de la crisálida y del nuevo ser renovado, colorido y ligero se estaba convirtiendo en su acción, muy cercana a una obra de arte. Él iba a contribuir, sólo por estar y observar, al nacimiento de un ser capaz de conmover con su representación de la esencia del ser en un momento prodigioso. Un fenómeno que confirmaba el sentido de todo, o un espejismo.

Ya despierto, el sueño le parece incluso cursi. La tentación de la metamorfosis, de intentar salir del envoltorio habitual para probar nuevas maneras de observar el mundo y habitarlo de otra forma. Un pensamiento casi tan denso y pegajoso como lo es el talento. Vuelve a sentir el latigazo. No debería haber ido a la inauguración de la noche anterior. La imagen de la crisálida es verdaderamente cursi. Duda que de verdad lo haya soñado, quizá alguna de las obras que observó hacía referencia al tema. Varias exploraban los significados de las máscaras. Otro tópico. Octavio Paz habla de las palabras y los nombres como máscaras. Ese planteamiento todavía tiene algo que le hace parecer menos gastado. Pero sigue siendo un tópico. Él hace tiempo que se negó a realizar cualquier esfuerzo para detectar las máscaras. Todo el mundo tiene derecho a escoger y llevar la suya. Si no, el mundo resultaría mucho menos habitable.

Negar todo es una manera de poseerlo también, quedarse con la parte negativa, lo que no se ve. Realmente, ha amanecido muy cuántico. Tiene la seguridad de que si en el sueño se hubiese detenido a ver el ser final que emergía de la crisálida que tan cuidadosamente atendía, habría salido un gusano, un monstruo todavía más repugnante del que empezó la metamorfosis. Tal vez dentro de la crisálida no se estaba tan mal. Si el gato no sale de la caja no se debe necesariamente a que esté muerto. Quizá dentro está mucho más protegido. ¿Por qué se había dejado arrastrar la noche anterior a la inauguración? Para poder soñar con la comisaria de aspecto tan infantil.

Se sienta a tomar la primera copa. Demasiado temprano. Una escena de *Bajo el volcán* le viene a la mente. La comisaria que parecía una niña y que sí, claro que le atraía, en un momento dado en los sueños o los delirios de esta noche se convertía en su madre. Con la naturalidad con la que todo sucede en los sueños. Hacía mucho tiempo que no soñaba o no hablaba con su madre. Espera el latigazo, pero esta vez no se dispara. La madre le dice que no se preocupe, que ha visitado a una astróloga y le ha dicho que volverán a coincidir en otra vida, porque tienen un conflicto kármico pendiente de resolver. Su madre jamás hubiese hablado así en vida, pero se trata de un delirio. Tal vez acabó bebiendo más de lo creía la noche anterior. La escena de su madre hablando de conflictos kármicos y encuentros en otra vida es

absurda. Nunca se comunicó con ella, eso queda pendiente, por supuesto, pero no habrá más vidas para solucionarlo. Ni siquiera le ha podido contestar eso en el sueño. Sólo hablaba ella. Por un momento, parecía como si pidiera perdón, pero inmediatamente le empezaba a reprender, o así lo estaba sintiendo él. Su madre jamás habría hablado con una astróloga. En el sueño, en plena metamorfosis para pasar a ser otra mujer, le acercaba una fotografía. Aun sin verla, supo que era un retrato de cuando él era pequeño. Conserva muy pocos. En aquella época sus padres no estaban por andar fotografiando a los niños constantemente. Por eso él empezó a dibujarse a sí mismo. Desde muy pequeño, siempre con colores oscuros, azules que tendían al negro y figuras sin caras, sólo sombras. Máscaras.

La madre le tendía un retrato de él tomado en la infancia. Y le decía que había encontrado una solución para esa tendencia que él siempre había tenido hacia la melancolía. «Lleva esta foto encima en todo momento, aunque sé que eres muy despistado y tal vez no vas a tardar en perderla. Pero intenta conservarla. Llévala siempre encima, y cuando las cosas se pongan mal, acuérdate del retrato, sácalo de donde esté, obsérvalo y tranquiliza a ese muchacho. Si hace falta, te la llevas al corazón». El latigazo ahora es de pudor porque las palabras de su madre hacen aflorar un sentimentalismo incómodo. Debe averiguar qué fue lo que bebió ayer que le ha producido ese tipo de delirios bochornosos. En *Bajo el volcán* también todo es confuso. El artista mexicano de la exposición repartió mezcal artesano entre los asistentes. Él lo tomo.

¿De dónde sale esa voz que ha atribuido en sueños a su madre? Tal vez era la comisaria, porque pese a la seguridad con la que hablaba, debía de ser una niña. El sueño dejaba de ser cursi justo después de que su madre le dijera que se llevara la foto al corazón para tranquilizar al niño del retrato. «Tranquilízalo, dile que tú vas a ser capaz de cuidar de él». Y, de repente, la foto se convertía en un objeto desconocido pero amenazante. Algo que presionando en el pecho podía resultar muy peligroso e hiriente. La vulnerabilidad del cuerpo.

Su madre, que poco a poco se había ido desfigurando para convertirse en otra mujer, se disculpaba, le decía que sentía mucho no haber podido cuidar del chico de la foto, que de verdad que lo había intentado, porque ella quería mucho a todos sus hijos, pero de verdad que le había resultado totalmente imposible atenderlos a todos. Por eso le tranquilizaba saber que volverían a encontrarse en otra vida para poder solucionar lo que quedaba pendiente. La que acababa diciendo eso ya no era su madre. Las pesadillas condensan muchas cosas en poco tiempo y en un número limitado de imágenes. Era una mujer que realmente sostenía un objeto peligroso contra su pecho, atentando contra su propia vida. Y él se sentía tan responsable de la situación como si

fuera él a quien pudiesen matar. La mujer suicida seguía hablando para decir que tampoco estaría tan mal acabar con todo esto de una vez. La tentación del abismo. Que los dos la han sentido juntos en varias ocasiones. El tedio de saber que ya casi nada va a sorprendernos. «No debe de ser tan difícil. Y cuánto placer después, para siempre. Lo pienso con frecuencia. ¿Puede ser tan fácil como parece?».

La pregunta le hace pensar en el dibujo que hizo cuando la chica de los coyotes le pidió un recuerdo de aquella noche. «Te lo pido igual que el Principito se lo pide al piloto extraviado. Aunque sé que la referencia a *El Principito* te parecerá infantil». Pero ella le instó a que dibujara un retrato de él. Le dio una página llena de grafito, con trazos que se acentuaban en lo que debía ser un entrecejo muy fruncido. Donde debiera haber unos ojos, una especie de abismo negro. La tentación del abismo. Ella sonrió al ver el dibujo y dijo que le valía. Al niño de *El Principito* le bastó con una caja y tres agujeros para ver todo lo que él quisiera dentro. Esa misma caja puede servir para negarlo también todo.

Ha estado un rato sin respirar. Ha salido al jardín poco abrigado y siente frío. La primera copa le ha sentado bien. Han sido dos. Dentro de un rato leerá la prensa para recuperar las rutinas con las que construye cada día. Estaría bien encontrar algún artículo que analizara esa serie de sueños o delirios extraños que ha tenido esta noche. Seguramente, prestando atención lo podría encontrar, puesto que no se trata más que de tópicos, y al fin y al cabo todo el mundo habla de lo mismo: de la necesidad de aferrarse a los rituales domésticos. Él ha cumplido con esa parte. Distinguir lo real de lo imaginado. En los diarios se encuentra la descripción de lo real. Lo imaginado pertenece al delirio. Cualquier artista de la exposición que visitó ayer se abandonaría a crear algún objeto o artefacto a partir de esa acumulación de imágenes recurrentes que han aparecido en su mente. Él podría intentar también un dibujo tan oscuro como el retrato que hizo cuando la mujer de los coyotes le pidió un recuerdo de la noche en la que habían coincidido. No lo va a hacer.

En cuanto acabe de leer la prensa, encenderá el ordenador y empezará a dibujar la distribución perfecta de las casas en las que habitarán otras personas. Contenedores de vidas ajenas que él ha de imaginar por un momento. Una larga secuencia de rituales que darán sentido a las historias de desconocidos, mucho más simple que todo cuanto describió la comisaria de aspecto infantil y carmín rojo. En el fondo, todo debe ser más sencillo de lo que parece en las mañanas que empiezan recordando que padece bruxismo y con el latigazo que corta la respiración.

«SAY, SAY, SAY»

Michael Jackson todavía es muy joven y tiene la piel bastante oscura. Está muy delgado, pero parece sano y contento. Mónica entonces no sabe que ese cantante se llama Michael Jackson, sólo que también lo ha visto en la tele en un videoclip que le da miedo porque tiene los ojos rojos y está rodeado de muertos con la ropa roída. No le gustan los muertos ni que bailen en un cementerio. En el otro videoclip, el que ha visto muchas veces en la tele del amigo de su hermano, Michael Jackson viste un peto tejano, parece verano porque luce el sol, y canta con Paul McCartney, que ella tampoco sabe que se llama así, pero que le suena porque también canta otra canción que ella oye con frecuencia en muchos sitios.

La canción del peto tejano es más alegre que la de los muertos, y hay muchas más personas que parecen felices. Pero aun así Mónica lo detesta. Quiere que se acabe el verano de la tele y el que ella está viviendo y parece eterno. Los otros niños van a la piscina del barrio. Muchos se cuelan porque no son socios y sus padres no les dan dinero para la entrada.

Hay otra canción que tampoco le gusta, «Sara», de un grupo cuyo nombre conocerá mucho más tarde y le parecerá espantoso: Starship. Va a ser para siempre, con la de Michael Jackson y Paul McCartney, la canción de ese verano, pero eso en ese momento ella tampoco lo sabe. No dejará de detestarlas, pero sí que llegará un momento en que por fin dejarán de doler. Es muy pequeña y hay muchas cosas que no sabe, como que cuando crezca tampoco le gustarán los veranos y que en realidad los muertos no bailan por los pasillos de los cementerios, entre los nichos, y que al final aprenderá a convivir con los fantasmas, que esos sí aparecen por cualquier lado.

Quiere que se acabe ya ese verano y que empiece el colegio, aunque tampoco diría que las clases son lo que más le gusta en el mundo. Detesta a Nicolás, y seguro que el próximo curso volverá a estar en su misma clase. Y tampoco le gusta Mari Carmen, ni la otra Mónica. No le gustan sus compañeros de clase, pero le encanta el profesor Fernando. Le encanta escribir su nombre. Ha escrito muchos cuentos con personajes que se llaman así, y está deseando volver al colegio para que él los lea. Algunos, además, los ha adornado con dibujos. Ella no dibuja muy bien. El profesor Domingo la riñe siempre porque acaba demasiado pronto, los deja inacabados o los acaba de cualquier manera, y porque utiliza demasiado el gris y el marrón. El maestro dice que tiene que observar más la realidad, porque esos no son colores que formen parte de su realidad, que debe usar más el verde de las montañas, los colores de las flores de los jardines y el azul del cielo y del mar. O el rosa, que por qué no le gusta el rosa. Mónica no sabe cuándo tiene que utilizar esos colores. ¿Dónde ve el profesor Domingo el rosa en la realidad?

Ella está muy familiarizada con el gris, como el del edificio donde vive, o el de la calle que debe atravesar para llegar al colegio, y con el marrón del descampado que hay detrás de su casa, donde juegan los chicos del barrio. Por si acaso, esta vez no ha utilizado ninguno de esos colores para adornar los cuentos que ha escrito para el profesor Fernando, a lo mejor a él tampoco le gustan y es de los que ve el rosa por todas partes en la realidad.

Ella ahora detesta el rosa más que nunca. La canción esa de «Sara»… es muy rosa. Ha oído a sus padres decir que ya pronto, antes de que se acaben las vacaciones, van a ir al pueblo. Ella reza por las noches para que se vayan pronto y pueda dejar de escuchar esa canción para siempre. También reza para que se la lleven con ellos al pueblo. Ha ido muy pocas veces. Es muy aburrido, porque allí vive una hermana de su madre que tiene muy mal genio y los trata muy mal. Pero, aun así, este verano está deseando ir con sus padres al pueblo.

Cuando se despierta por la mañana, durante un buen rato permanece con los ojos cerrados y sin moverse para que los demás piensen que sigue durmiendo. Menos los días que su hermana va a la piscina con sus amigas y decide llevarla con ella. Tampoco le gustan las amigas de su hermana porque son mayores y se ríen de ella. Le hacen peinados ridículos y se burlan porque nunca se queja de nada. Pero aun así, las prefiere al amigo de su hermano, que también es muy mayor. Cuando se despierta, a veces piensa que, si consigue hacer creer a todo el mundo que sigue durmiendo, cuando vaya el amigo de su hermano a buscarla, le dirán que Mónica no puede ir con él.

Un día le prestó una raqueta muy grande y le dijo que le iba a enseñar a jugar al tenis. Las pistas están al lado de la piscina, y ella hubiera preferido, con diferencia, ir a bañarse en lugar de que le enseñaran a jugar al tenis, que le parecía muy cansado y muy difícil, pero no lo dijo. Aunque la raqueta es muy grande, resulta muy complicado darle a la pelota amarilla lo suficientemente fuerte para que atraviese la red. El amigo de su hermano insiste mucho en enseñarle a agarrar la raqueta y golpear a la pelota, pero ella no presta atención ni pone la fuerza necesaria. Mónica no sabe todavía, no tiene manera de saberlo, que muchos años después se casará con un hombre a quien le encanta el tenis, y que ella mirará con él en la televisión partidos de tenistas muy famosos con un calambre en el estómago.

No le ha dicho a nadie que no le gusta salir de casa por las mañanas para pasear y jugar al tenis con el amigo de su hermano. Hace mucho calor y ella preferiría quedarse en casa haciendo ejercicios del cuaderno de vacaciones y escribiendo cuentos con dibujos para el profesor Fernando. Le encantan las ilustraciones de su cuaderno de vacaciones, todas pintadas en tonos celestes y rosados. Los niños y las niñas que ella conoce no tienen la piel rosa, como la de los niños del cuaderno. Y tampoco se cree que si se mira el campo desde lo

alto, esté dividido en cuadraditos de diferentes verdes con cenefas que quieren simbolizar diferentes tipos de cultivos. Pero ha aprendido que hay que pintarlos así, por lo que, cuando vuelva al colegio y tenga que dibujar para el profesor Domingo, a los niños les pintará la piel rosa, y también a los padres de esos niños, y dibujará campos partidos en cuadros con verdes diferentes y circulitos que son repollos plantados y lechugas. Cuando se dibuja a personas, hay que ponerles la piel rosa, el pelo amarillo y los ojos azules, como los pantalones tejanos del videoclip, y un jersey rojo o a rayas. Tiene que olvidarse de utilizar los marrones oscuros y el negro para que el profesor Domingo no le diga a su madre que Mónica se distrae con facilidad y hace los deberes demasiado rápido y sin prestar atención, y que si pusiera un poco más de cuidado en observarlo todo sería una niña más lista.

El profesor Domingo grita mucho a los alumnos porque todos se portan mal. Un día la castigó a ella mirando a la pared porque había llevado enganchada al jersey una chapa que le había dado su hermana donde ponía OTAN NO. El profesor se enfadó mucho, se la requisó y la obligó a estar un buen rato mirando a la pared. A ella le gustaba la insignia porque tenía forma de paloma de la paz. Mónica no sabría decir, ni siquiera mucho tiempo después cuando mire partidos de tenis por la tele con el hombre con quien se ha casado, si su rechazo a lucir adornos en la ropa tiene algo que ver con aquel castigo.

Pero, a pesar del mal humor constante del profesor Domingo, tenía muchas ganas de que se acabaran las vacaciones, o de que finalmente sus padres se decidieran a ir al pueblo y la llevaran con ellos, aunque tuviera que ver a la hermana de su madre, que tenía tan mal humor como el profesor que la castigó tanto rato mirando a la pared en un rincón. Lloraba de vergüenza y escuchaba a Nicolás y Mari Carmen cuchichear y reírse de ella en voz baja, a sus espaldas. Decidió que no les volvería a dirigir nunca más la palabra. Muchas cosas le daban vergüenza y no le gustaba hablar con nadie. Le daba vergüenza o miedo decirle al amigo de su hermano que no quería ir a jugar al tenis con él, ni tampoco acompañarle al taller mecánico de su padre a mirar los coches por dentro.

Un día que le acompañó al taller, apareció la madre del amigo de su hermano y la riñó, casi como lo hacía el profesor Domingo con los niños de la clase que se portaban mal, o como gritaba la hermana de su madre, en el pueblo. Aquella mujer con la piel absolutamente blanca, con el pelo negro y gris y ropa negra—sin rastro del rosa—le gritaba que aquél no era el sitio para que estuviera una niña, y que dejara de jugar con su hijo, que lo dejara en paz, que era demasiado mayor para ella. A Mónica le dio vergüenza decirle que a ella tampoco le gustaba estar con su hijo, que también le parecía muy mayor para jugar y que hubiese preferido mil veces estar en la piscina con los

otros niños del barrio antes que estar en aquel taller mecánico donde olía mal, hacía mucho calor y todo estaba sucio. Y que tampoco quería aprender a jugar al tenis, por lo que se le había vuelto a poner el calambre en el estómago desde que había visto a su hijo meter las raquetas en el maletero de un coche. Sintió la misma vergüenza que cuando el profesor Domingo la castigó mirando a la pared, con las mismas ganas de llorar, pero el calambre había subido hasta la garganta y no la dejaba hablar ni llorar.

Poco después de los gritos de la mujer de la cara blanca y el pelo gris y negro, el amigo de su hermano le dijo que subiera al asiento delantero del coche, que le iba a dar una sorpresa, que le quería hacer un regalo. Ella nunca subía al asiento delantero del coche de su padre, ni al de su hermano, no la dejaban porque no tenía la edad suficiente, pero el calambre de la garganta no le dejaba decirlo. El amigo de su hermano parecía contento. Puso la radio, «Sara»… El calambre del estómago y de la garganta se convirtió en una sensación todavía peor, como si todo su cuerpo se hubiese convertido en una piedra, pero una piedra que sólo quería encogerse, cerrarse sobre ella misma, una piedra marrón o gris, grande, como una roca.

La llevó a una tienda de ropa y accesorios de deporte y le pidió a la dependienta una falda para que la niña pudiera jugar al tenis. Lucía una sonrisa resplandeciente. La señora de la tienda también. Tenía los labios pintados de rojo. Sería un buen detalle a recordar para cuando tuviera que dibujar mujeres que trabajan en las tiendas para el profesor Domingo. Les mostró una falda blanca plisada y otra de color salmón, según dijo la empleada. Era rosa, como la piel de los niños dibujados en su cuaderno de ejercicios de verano. Mónica no quería ninguna de esas faldas, pero no dijo nada.

Se la probó en uno de los vestidores de la tienda de ropa de deportes y salió de allí con ella puesta. Con el tiempo olvidaría si la camiseta que llevaba y el calzado acompañaban a la falda rosa. «Ahora ya podemos jugar», dijo el amigo de su hermano. Ella no dijo que no quería jugar. Hacía rato que se había convertido en una roca.

Antes de ir a las pistas de tenis, el amigo del hermano de Mónica dijo que tenía que poner gasolina en el coche. En las afueras del barrio, en dirección opuesta a la piscina, estaba la gasolinera. Después de repostar, aquel hombre corpulento, de brazos peludos y con entradas muy marcadas en el pelo, casi calvo, dijo que sería divertido pasar el coche por el túnel de lavado.

Una vez encarriladas las ruedas, con el motor funcionando pero sin el freno de mano, cuando aquellas columnas de jabón y tiras de tejido como escobillas gigantes se ciñeron al vehículo y lo hicieron desaparecer, el amigo del hermano de Mónica le dijo que se sentara sobre sus rodillas, que así podría simular que conducía aquel coche tan bonito. El cuerpo de la niña seguía

siendo una roca, y las piedras ni hablan ni lloran. Y aunque suelen ser pesadas, si quien las manipula es suficientemente hábil, puede llegar a colocarlas donde desea.

Mientras la mano peluda acariciaba el muslo derecho de Mónica, bajo la falda de jugar al tenis, aquel hombre le decía que era una niña muy especial, que él la quería mucho y que por eso le hacía tantos regalos, que nadie la quería tanto como él. En la radio, Michael Jackson y Paul McCartney cantaban: «*Say, say, say*…».

NO HABLAR NUNCA MÁS

He soñado que veía. Durante un buen rato, en ese tiempo extraño que discurre en una dimensión inescrutable, he sido capaz de percibir formas y colores, y volúmenes, he visto la materia y el mundo se ha hecho cercano. En mi sueño, veía y respiraba con avidez, como si en realidad estuviera aprehendiendo todo mediante el aliento de las cosas. No me atrevía a tocar nada, no, me obligaba a estar inmóvil para evitar que ningún movimiento que pudiera hacer alterase lo más mínimo todo cuanto estaba percibiendo. Todo empieza y acaba con el movimiento. Quería que mi quietud sostuviera las imágenes, los volúmenes y la perspectiva.

Sin embargo, en su inmovilidad, los objetos parecían curiosamente animados por una vibración apenas perceptible, como si quisieran hablarme. Todas las cosas que veía en mi sueño querían comunicarse conmigo. Justo en estos días en que yo he decidido que no voy a hablar nunca más. Habitar en el silencio. Estoy convencida de que existe una relación directa entre mi decisión de no hablar nunca más y mi sorprendente capacidad para ver la materia y entender que los objetos quieren comunicarse conmigo.

En general no percibo la realidad como las demás personas. Los colores no tienen la importancia que todo el mundo les atribuye. Palpo el contorno de los objetos para moverme acertadamente. Evito las texturas blandas, rugosas o peludas: me asquean. Las superficies que toco siempre son lisas y sólidas. Los colores son muy importantes para los insectos y para las flores, porque los insectos van hacia las flores a alimentarse y dejan el polen de otras flores para que las plantas se reproduzcan. Evito las plantas porque me desconciertan los objetos que respiran, pero algunos árboles me resultan agradables.

Cuando era pequeña, odiaba los lápices de colores con los que me obligaban a dibujar y pintar. Siempre utilizaba tonos grisáceos y marrones. Los colores vivos me parecían irreales. En todo caso, tenían poco que ver con el mundo que yo veía. Tal vez en aquella época ya sufría esta patología por la que momentáneamente dejo de percibir la realidad. Durante un tiempo me voy, me ausento de este universo de percepciones que compartimos los seres vivos de este planeta. No sé dónde me instalo, pero esté donde esté, no hay nada. Luego regreso. Cada vez me pasa con más frecuencia. Hasta ahora no lo sabía nadie. No se habían dado cuenta. Creen que estoy siempre aquí. Si lo escribo ahora es porque ya no voy a tener más oportunidades de decirlo, porque he decidido dejar de hablar para siempre. Y de escribir. Se acabaron las palabras. Y el viento se ha vaciado. Intento recordar minuciosamente quién me ha dicho cada cosa para evitar malentendidos incómodos. Se acabaron las palabras. No las necesito más, así que las dejo aquí para siempre. Este gesto tiene que ser la confirmación de mi decisión.

Sueño que veo cuando decido no hablar. Entonces, ¿cómo voy a dotar de descripciones y de nombres a lo que percibo? Tal vez estos nuevos sueños sean un avance, una evolución o una mutación de mi enfermedad. En una de mis últimas ausencias he soñado que veía. No pretendo que nadie lo entienda. Yo no percibo las cosas como el resto de las personas, no veo lo que tratan de señalarme. Por mucho que lo repita o simplifique las palabras con que lo cuento, no pretendo que nadie se haga cargo o que empatice con mi situación. Ni siquiera la persona que tengo ante mí ahora. Tampoco tengo memoria. Bueno, yo sé que la memoria no existe. Sólo son palabras.

Esta persona que tengo ante mí no comprende lo que me sucede. Yo tampoco lo que él me dice. Habla sin parar, pero hace tiempo que los sonidos que emite no están anclados a los significados que yo conozco. Probablemente, todos esos términos corresponden a una imagen que yo no veo. A veces me sonríe, como si lo que cuenta le produjera placer o satisfacción. Yo sólo percibo ruido, el sonido de su respiración.

Antes, yo intentaba hablar con él. Incluso me movía con naturalidad y sonreía con un gesto similar al suyo. Hubo un tiempo en que incluso creí ver las cosas que me señalaba. Últimamente he llegado a dudar de si la persona que me acompaña ahora es la misma de entonces. Nunca he tenido la absoluta seguridad de percibirlo realmente como es: ya he contado lo de mi incapacidad y lo de mis ausencias.

Ha aparecido la desconfianza. Hasta hace poco tiempo, me creía lo que me decía todo el mundo y me comportaba de acuerdo con lo que suponía que me correspondía dentro de este engranaje. Pero con la desconfianza, las pocas imágenes sobre las que había alzado mi cotidianidad también se han ido desdibujando. Como siempre fui incapaz de percibir la realidad por mí misma, pues aceptaba agradecida las descripciones y las narraciones de los demás. Las tomaba como propias.

La sorpresa desconcertante es que con el tiempo todo se va desdibujando. Nadie me dijo que esto podría pasar. A veces sentía la tentación de palpar los objetos buscando algún detalle que me cerciorara de lo que había aprendido y que anclara las palabras aprendidas a una sensación determinada. Así pretendía protegerme por lo menos en lo más esencial y asegurarme de que todo estaba donde me habían señalado. Como empecé a desconfiar, tendía mis propias trampas. Detecté a algunos traidores. Esos que habían asegurado firmemente la existencia de realidades que se esfumaron enseguida, en cuanto intenté comprobar su naturaleza. Cuanto más convencimiento habían mostrado en sus afirmaciones, más rápidamente se disipó el objeto que defendían.

Con todos estos esfuerzos y estas trampas he llegado a descubrir que la memoria no existe. Es imposible que la vida se pueda contar como una

historia o reuniendo una serie de acontecimientos imposibles de recordar. Lo más agotador es empezar de cero constantemente. La existencia hay que construirla. ¿Sobre qué? ¿Sobre hechos que son mentira? En muchos de esos *hechos* participaron traidores, y día tras día he comprobado que unos han ido negando a otros, que las palabras mutan, que el aire se endurece, que de repente sólo está el vacío, y me voy. Es imposible recordar nada, y menos pretender que nuestra existencia depende de los recuerdos que hemos ido almacenando. Por eso los inventan para nosotros y pretenden que los aprehendamos a través de todos nuestros sentidos. El engaño es muy grande. Hay que ser muy cuidadoso. Te rodean de personas, situaciones y objetos porque quieren que nos apropiemos de palabras, recuerdos e imágenes falsas. No podemos permitir la entrada de todo ese ruido. Es preciso distinguirlo de las verdaderas imágenes, aunque sea francamente difícil y al principio parezca que no hay nada. Como sucede cuando me ausento. Por eso quiero habitar en el silencio. Y porque cuando decido dejar de hablar, sueño que veo de verdad.

A esta persona que tengo ante mí también le he tendido muchas trampas. Y ha caído en ellas. Pero no le he dicho que le he descubierto. A ninguno de los traidores se lo he dicho nunca. Les ahorré a ellos y a mí esa vergüenza. Sencillamente, su imagen fue languideciendo, hasta que dejé que desapareciera por completo. Y ya no los percibo. Eso sí, a todos ellos les devolví los objetos que me habían señalado y me habían regalado para que aprendiera a moverme por su realidad. También devolví los lápices de colores. He ido abandonando todos esos objetos por cualquier sitio, esperando que los traidores descubiertos los encontraran y entendieran el mensaje: todo eso ya no estaba dentro de mi universo de percepciones. Si alguien lo entendió, no tuve noticia. Tampoco me importa. Ya no existen.

La persona que tengo ante mí sigue hablando de acontecimientos y sensaciones que yo no he conocido y ya no puedo imaginar. Antes, si él hablaba y yo no le entendía, le pedía por favor que repitiera más despacio lo que había dicho. Ya hace mucho tiempo que no lo hago. A él también le es indiferente que yo le entienda o no. Percibimos mundos diferentes. A juzgar por el ruido que hace al respirar, el suyo es cada vez más caótico. No deja de llenarlo de palabras, *hechos*, imágenes y sensaciones. ¿Cómo va a coexistir todo ese barullo en un solo mundo? ¿Cómo deben de ser los límites del espacio en el que vive? Mientras tanto, yo voy abandonando todo. Ya me deshice de los engaños y los traidores, también de sensaciones equívocas, de la fatua memoria, y ahora voy a dejar aquí las palabras. Espero el silencio con la esperanza de que traiga esos sueños en los que siento como si viera.

AGOSTO

Este verano no hemos ido de vacaciones a ningún sitio. Durante años, cada mes de agosto, nos marchábamos como mínimo un par de semanas a un típico lugar de veraneo, pero los cambios laborales que he hecho en los últimos tiempos me han obligado a reorganizar mi calendario. Me produce desconcierto no coincidir en los tiempos con los demás, pero la verdad es que en pocas ocasiones he ido alineada o sincronizada con las actividades de los que me rodeaban.

Sin querer, a veces me descubro espiando los veraneos de otros. Veo fotografías—antes era difícil encontrar una foto así como así, pero ahora podría decirse que literalmente te asaltan—magníficas, deslumbrantes, de mis sobrinas durante su veraneo. Ellas sí siguen el calendario más o menos generalizado: en la playa, navegan, visitan buenos restaurantes, bailan en rincones propios del escenario cinematográfico o publicitario mejor diseñado… Mis sobrinas y mi sobrino son lo más parecido que tengo a un hijo. La adolescencia y juventud que tuvimos mis hermanos y yo es muy diferente a la de nuestros hijos. Recuerdo cuando mis hermanos mayores hacían excursiones de verano, casi siempre a la montaña, y que yo las vivía a distancia como seguía las aventuras de los libros que leía. En mi mente, eran muy similares. Mis sobrinas y mi sobrino están sanos, mientras algunos viven inmersos en las inestabilidades de la adolescencia, otras empiezan a adquirir sus primeras responsabilidades en el mundo adulto. En las fotos aparecen contentos, lo que no significa que también tengan muchos momentos en los que se muestran insatisfechos. Las fotografías de sus veraneos que alcanzo a ver los muestran a una cierta distancia, la suficiente para no verlos a ellos, sino lo que representan.

Nosotros no hemos ido de veraneo a ningún sitio. Por eso hemos podido ir a despedirnos de nuestro amigo I. al tanatorio de este pueblo de mar. Murió el 9 de agosto a las 4 de la madrugada. Cuando me desperté esa mañana, el reloj digital de mi mesita de noche estaba sin hora. Había habido tormenta y en el barrio en el que vivimos es habitual que haya cortes de luz. Pero también leí en un libro que muchísimas personas en el mundo han explicado cómo, cuando una persona querida ha muerto, se ha parado algún reloj de su casa. Me gusta pensar que I. vino a despedirse o que me envió un mensaje especial antes de irse. J., su marido, dice que él solía hacer esas cosas. Yo le había visto dos días antes en el hospital, ya muy frágil, y me había dedicado una sonrisa espléndida.

Espléndido es el adjetivo que utilizó V. cuando me comentó sus impresiones de lectura acerca de un libro que yo había escrito. Dijo que estaba espléndidamente escrito y a mí se me ha ocurrido decir que la sonrisa de I.

fue espléndida. No era un adjetivo que yo utilizara con frecuencia; de hecho, cuando V. lo dijo, yo me lo repetía para no olvidarlo. El adjetivo ha unido a V. y a I. en mi pensamiento, pero coinciden en algún aspecto más. V. me explicó por qué lo que yo había escrito era kafkiano, pero en el sentido más genuino del término, no como se suele utilizar ahora, de buenas a primeras. No recuerdo la brillante argumentación que me dedicó. A I., en sus creaciones, le gustaba sorprender, romper cualquier convención y transgredir los límites.

V. llamó a T. un día de mayo y lo primero que le dijo fue que se iba a morir. T. pensó que bromeaba, pero V. le aclaró que no, que tenía un cáncer muy agresivo en el cerebro. Yo pensé que T. necesitaría consuelo porque se trataba de un buen amigo, al que además admiraba, pero rechazó todas mis tentativas de reconfortarlo. A pesar de tantos años de convivencia somos muy torpes en gestionar las respectivas fragilidades. T. quiso asimilar la noticia solo, y yo me preguntaba qué se estaría diciendo en su interior para no sucumbir a la tristeza. Cuando ya han pasado cuatro años, sigo preguntándome cuáles pueden ser las palabras más tranquilizadoras, las que frenan la espiral de la angustia.

Unos días después de la llamada, ya entrado el verano, visitamos a V. en su elegante casa. Hablamos de cosas cotidianas. T. le dijo que perder un amigo y cómplice como él era un contratiempo muy doloroso. *Complicidad* y *contrariedad* parecían ser algunas de las palabras con las que asimilaba lo que estaba sucediendo. En un momento determinado, V. comentó que estaba contento e ilusionado porque pronto se iba a encontrar con Petrarca y podría darle un abrazo. Pensé que sería hermoso creer en el cielo o en cualquier tipo de trascendencia. Para calmar el desasosiego, en estos últimos tiempos me obligo a pensar que con la muerte no desaparecemos del todo, sino que volvemos a integrarnos en una materia o esencia primigenia, lo que llaman *anima mundi*. Quiero pensar que nos han explicado la ciencia de una manera engañosa e interesada y que de verdad hay algo que no vemos y que las personas a las que queremos y hemos perdido siguen formando parte de la Naturaleza. Sin duda, la imagen de encontrarse con Petrarca me parece más luminosa.

En aquella visita, V. buscaba la cercana protección de S. Le pidió que se sentara junto a él y que le tomara de la mano. Ella bromeó con la elegancia que no la abandona nunca, diciendo que parecían novios. Él se limitó a apretar su mano. Luego he visto la misma fragilidad reclamando cobijo en otras personas cercanas. Nos despedimos diciendo que volveríamos pronto. La siguiente vez que visitamos aquella casa sería la última—S. se mudó algunos meses después al piso que había comprado y preparado para vivir con V.—y V. ya había muerto. Había dejado todo dispuesto para morir y ser velado en

su casa.

Era agosto y me había llamado P. para decirme que había escuchado en la tele la noticia de la muerte de V. El día del entierro hacía mucho calor. Asistió una multitud. Creo recordar que aquel verano nosotros habíamos hecho una ruta en coche por Andalucía la última semana de julio, aprovechando que T. tenía una lectura de poemas en Málaga. El día del entierro, en la plaza ante la iglesia se mezclaban los turistas y los cientos de conocidos de V. que querían despedirse. Hacía mucho calor dentro de la iglesia, también fuera, en la plaza.

Habíamos seguido de cerca la enfermedad de V., pero no nos enteramos de la muerte hasta que no me llamó P. para comunicármelo. P. era una gran amiga. Que nos hayamos distanciado no me hace olvidar que ha sido una persona importante en mi vida. Exactamente un año después de la muerte de V., el siguiente verano, P. prestó su casa a mi hermana y a R. para que él pudiera relajarse y pasar cerca del mar los estragos del primer ciclo de quimioterapia. Estuvieron una semana en aquella casa, en el mismo pueblo donde vivimos nosotros desde hace más de una década. Fue algo inquietantemente parecido a veranear juntos. Después de todo este tiempo que llevo establecida aquí, sigo sin acostumbrarme a vivir tan cerca del mar. La mayor parte del tiempo lo ignoro, aunque es cierto que, por un motivo o por otro, acaba apareciendo siempre en lo que escribo. Aun así, no creo que si me mudara lo echara de menos, como me dicen algunas personas.

El mar no forma parte de mis rutinas, pero la semana que mi hermana y R. se instalaron en casa de P. con mi sobrino, solíamos ir a la playa cada día. T. no, porque a él sí le gusta vivir junto al mar para observarlo a una cierta distancia. R. tampoco iba a la playa, él se quedaba en casa intentando reunir fuerzas para poder salir a cenar por la noche. En nuestras primeras salidas no podía tomar nada. Se alimentaba por una sonda que tenía en la nariz. Pero en un restaurante en el que T. no sabía qué pedir, acabó decidiéndose por un paté muy esponjoso, que R. pudo tragar. Lo celebramos como si el hecho de que pudiera comer nos confirmara que se había curado del todo. Salimos todas las noches hasta que regresaron a su casa. En muchas ocasiones pudo comer e incluso se quitó la sonda. La tarde que dejaron la casa de P. estaba lloviendo, una de esas típicas tormentas de agosto. Sé que T. y yo tuvimos la misma sensación de vacío, aunque nuestra habitual torpeza nos impidiera compartirla. Yo buscaba las palabras con las que tenía que armar la explicación de aquella semana. Creo recordar que pocos días después regresé al trabajo y no sé si aquel verano fui algún día más a la playa.

No he hablado del mes que precedió a aquel agosto. Mi hermana y R. se habían casado, después de casi veinte años de convivencia, el 25 de julio, apenas una semana antes de que se instalaran en casa de P. Sólo voy a decir que fue una boda muy hermosa en la que muchos sentimientos estaban a flor

de piel. El 25 de julio es el día de Santiago. Tradicionalmente, empieza el veraneo para muchas personas. El día de Santiago, T. felicitaba puntualmente cada año a V. Ese mismo día también I. celebraba su santo, aunque él era mucho menos dado al santoral que V.

Mi hermana y R. se casaron el día de Santiago, cuando él estaba muy enfermo. De regalo de bodas, T. y yo editamos un libro con algunos poemas que R. había escrito. Muchos años atrás, él me había dado una carpeta. Yo no reaccioné como debería haberlo hecho; creo que nunca le llegué a comentar lo que me había parecido su contenido. Ésa es una de las culpas que voy a arrastrar siempre y que no sé cómo explicarme. T. dijo que eran buenos poemas y merecían ser editados. Creo que a R. le gustó la edición. J. se había encargado del diseño y la composición, siempre sobrio y elegante. T. escribió un buen prólogo, sin sentimentalismos, algo que R. agradeció. Era su primer libro de poemas en solitario. Había publicado otro con unos amigos en la época en que yo trabajaba en un diario comarcal. Conseguí que publicaran una breve nota sobre la presentación del libro. Quiero pensar que de alguna manera mi torpe desinterés por los poemas puede estar compensado con otros gestos, como aquella nota breve, o que una vez cuando quiso dedicarse a escribir le ayudé a encontrar un trabajo como redactor *freelance* en una agencia de publicidad. Él estaba contento con la oportunidad que suponía.

Yo publiqué mi primer libro de poemas gracias a B. Habíamos organizado una exposición en un municipio cerca de Barcelona. Era un gran artista. Su obra merece mucho más reconocimiento del que tiene. Un gran museo de Barcelona le dedicó una retrospectiva, pero no es suficiente. Era uno de los mejores amigos de T., y desde que nos conocimos creo que nos tuvimos un afecto sincero. Me ayudó a publicar mi primer libro de poesía y siempre leyó con interés lo que escribía. Recuerdo varias llamadas que me hizo, con C., para comentarlos.

Para B. todo en su vida era arte. Se dedicó a la pintura, al grabado, a la escultura, estuvo entre los pioneros del vídeo arte y las instalaciones, muchos momentos de su vida eran inesperadas *performances* y también escribía poesía. A la inauguración de la exposición que organizamos a las afueras de Barcelona también asistió su editor, que producía unas ediciones exquisitas aunque modestas, limitadas y artesanales. B. lo animó a que me leyera y a mí a que le enviara mis poemas, que finalmente publicó. Con un prólogo de T., como el que escribiría algunos años después para R.

Los días del verano en que ingresaron a R. en el hospital para hacerle todas las pruebas que confirmaran el diagnóstico, T. y yo estábamos en Londres. La ciudad resplandece en primavera y en el inicio del verano, que los británicos esperan anhelantes. Cuando llamaba a alguien de la familia no me decían la verdad sobre el diagnóstico. Querían protegerme. Con frecuencia hay

personas convencidas de que hay que protegerme, algo que me incomoda más de lo que me reconforta. Aunque pasan los años, sigue sucediendo. Yo misma intento protegerme de los demás, especialmente, de lo que tengan que decirme. No quiero que con sus palabras impongan la realidad que yo me empeño en modelar para que sea más abarcable. Por eso no le devolví nunca una llamada a mi hermana, aunque me lo rogó encarecidamente. No me lo ha perdonado. No me gusta recibir llamadas ni mensajes inesperados. Reclamo mi derecho a buscar mis propias palabras y mis argumentaciones para entender lo que sucede, a mi ritmo; nadie puede imponerme significados.

Durante los días que estuvimos en Londres, mi amiga N. inauguró la exposición de los finalistas del premio de grabado que había empezado a organizar aquel año. B. intervino en el acto en que se leía el veredicto del jurado. T. y yo no asistimos. N. me dijo que había visto desmejorado y frágil a B., y que había asistido con bastón a la inauguración. Hay personas que llevan bastón porque les parece un complemento elegante, pero a B. le parecía más elegante un cuerpo bailando tango. A pesar de todo, en la inauguración volvió a demostrar su sentido del humor, su generosidad y su genialidad. N. conserva un vídeo en el que B. aparece junto al ahora exmarido de N., que tocaba el clarinete, improvisando una *performance* sobre lo que le había sugerido la exposición y el grabado, una de sus manifestaciones artísticas favoritas. En otra exposición, unos años antes, yo había visto un vídeo en el que B. aparecía con un grupo de amigos, en blanco y negro, con tejanos de campana, cabellos largos y pellizas de piel. Lucían máscaras y se movían entre las ruinas de un edificio bombardeado en París durante la segunda guerra mundial y que en los sesenta seguía siendo un paraje lleno de derribos. El vídeo me fascinó, tal vez porque en mi juventud no hice nada interesante, mucho menos durante mis años universitarios en la periferia de Barcelona. La imagen que recuerdo me sigue pareciendo muy poderosa. Y me hace pensar no sé si por analogía o contraste en la vitalidad de todo lo que muestran las fotografías de mis sobrinas.

A B. le diagnosticaron ELA. No recuerdo exactamente cuándo lo supimos T. y yo, sí que lo visitamos en varias ocasiones. En febrero celebramos mi cumpleaños y el de R. C. en su casa con unos pastelitos deliciosos que C. había encontrado en una pastelería con una historia sorprendente que nos explicó aquella tarde. B. conservaba su buen humor y nos contó cómo avanzaba el proyecto en el que estaba trabajando con una ceramista italiana muy guapa. Apenas si podía moverse, así que ella le llevaba delicadas piezas de cerámica sin cocer, en un complicado traslado, para que él estampara un trazo hermosísimo. Inauguraron la exposición en septiembre, pero él ya no estaba. Esas cerámicas son estremecedoramente hermosas. Es uno de los ejemplos más sublimes que se me puede ocurrir de la fusión entre el horror y la belleza.

Creo recordar que también fue P. quien nos avisó de que en la televisión habían hablado del fallecimiento de B. Se me sobreponen los recuerdos. También fue en agosto, superada la primera quincena. Para despedirle a él el tanatorio se volvió a llenar de gente en un día muy caluroso. Pero no había turistas, no era un lugar tan céntrico como el que acogió el funeral de V.; estábamos cerca del estadio del equipo de fútbol que tanto gustaba a B.

Unos días antes de que P. escuchara en la televisión la noticia de la muerte de B., nosotros le habíamos visitado por última vez. No tenía fuerzas para charlar, pero nos preguntó por nuestra escritura. Me recuerdo hablándole, pero no lo que decía. T. apenas si podía articular una palabra. Hubiese preferido escuchar a su amigo, resistiéndose a la evidencia de que eso suponía un esfuerzo que no podía asumir. Creo que yo comentaba alguna exposición que había visto recientemente. B. sentía una gran curiosidad por todo lo que hacían los demás, especialmente la gente joven. Al cabo de un momento requirió la presencia de C., como V. pedía la de S., necesitaban que ellas certificaran que su mundo seguía existiendo. Entendimos que éramos unos intrusos y nos marchamos del piso en el que unos meses antes había soplado las velas por mi cuarenta cumpleaños. Por esa época yo ya había empezado a aprender de qué modo conviven acontecimientos felices con otros muy dolorosos, formando todo parte de la misma existencia. Que tomara conciencia de las paradojas y las contradicciones no significa que aprendiera a asimilarlas. Ése es el gran problema: aprender a encajar el dolor, a adherirlo a la piel, aceptar lo inevitable y seguir adelante. En eso consiste madurar y vivir. Por mucho que no se conteste a las llamadas, no se puede esquivar lo que nos atemoriza, como tampoco puedes quedarte inmóvil en el dolor y la angustia. Me irritó una película de Almodóvar en la que la protagonista permanece durante mucho tiempo postrada en el sofá de su casa, ausente, perdida en un abismo tras la muerte de su marido. Cuando vi la película me pareció inverosímil, el dolor no es capaz de paralizar tanto, porque en la inmovilidad cabría una posibilidad para la calma lenitiva. Es mucho más cruel. La vida empuja, tendemos hacia la existencia, buscamos la belleza. Yo he pasado, a destiempo, inapropiadamente, mucho tiempo en estado de letargia. Me paralizaba el miedo cuando todavía no había sucedido nada. Resguardándome en mi propia fragilidad, sabía que sería incapaz de afrontar ningún acontecimiento que alterara el discurrir habitual de mi vida. Y me escondía.

Durante la enfermedad de R. me repetía a mí misma que hay ideas tan grandes que no caben en el pensamiento. Una monja, cuando yo era pequeña, decía que Dios era una de esas ideas, que nosotros no podemos pretender entenderla. Yo heredé de mi madre, desde muy pequeña, un profundo sentido de melancolía; también conocí pronto la palabra *nostalgia*, pero ha adquirido un significado más visceral en los últimos años. Decir que hay ideas que no

caben en la mente es, reformulándola, repetir la pregunta de cómo seguir adelante con tantos cambios, recuerdos y pérdidas.

En todo este tiempo por supuesto que también he tenido buenos momentos. Me obligo a creer eso de que en lo invisible habitan muchas cosas de las que no somos conscientes porque la energía puede tener miles de formas imperceptibles para nosotros. Por eso me atrevo a verbalizar la anécdota del reloj que se paró y perdió la hora la noche que murió I. Es cierto que, en su maravillosa complejidad, la vida te empuja. La historia de la cerámica que hizo B. con la ceramista italiana es triste, pero su belleza te mantiene en pie. Quieres seguir mirando. No puedo dejar de oír en mi mente las *Palabras para Julia*. José Agustín Goytisolo tenía una casa en el mismo pueblo donde nació la madre de I.

I. ha muerto mayor. Al final de una vida rica. Ha querido mucho y le han querido mucho. ¿Es eso suficiente? Es imposible que exista un único epitafio para resumirlo todo. A V., R., B. e I. los quería y admiraba mucha gente. Todos estaban relacionados, en diferente medida, con alguna expresión artística y alimentaban la imaginación ajena. En los funerales suele pasar que cuando alguien hace un parlamento de homenaje al fallecido acaba hablando más de él mismo que del honrado. Tal vez yo estoy haciendo lo mismo, pero esto no es ningún parlamento fúnebre. O no lo pretende. Quería hablar de este mes de agosto, que ya casi está a medias. I. ha muerto a una edad avanzada, dejando muchos buenos recuerdos en mucha gente, a la que ayudó en diferentes circunstancias. Otro posible epitafio. Respetad a los que cuidan de los demás: eso es lo único importante, ellos son los que de verdad hacen que el mundo siga existiendo. Pero el mérito que más le atribuyen es que siempre fue libre y vivió la vida como quiso. Eso es lo que más le admiran. Retaba a la gente a que se atreviera a hacer lo que realmente deseaba. Infundía una poderosa confianza en uno mismo. Ése es sólo uno de los motivos por los que reconfortaba la idea de saber que I. formaba parte del mundo. Como V., R. o B.

Pretendía reflexionar sobre este mes de agosto, sobre lo desorientada que me siento. Desorientada en un sentido real, al despertar me cuesta reconocer el espacio donde estoy. También al regresar de unos breves momentos en que mi mente se queda en blanco. Mi sobrina A. tiene un grupo de música que se llama Agost. Ahora está haciendo una ruta por Portugal. No va a llegar a Lisboa. Le dije que me parecía un error, pero ahora sé que es un acierto. Si este mes de agosto no visita Lisboa, todavía tendrá la oportunidad de descubrir esa ciudad en otro momento, otro verano. Hay un mes de agosto en que descubrirá Lisboa, esperando a revelársele. Ella, como el resto de mis sobrinas que aparecen en sus fotografías bronceadas, junto a aguas cristalinas, abrazadas a amigos y amigas, posando ante paisajes paradisíacos, todavía

pertenece a un momento en el que los veranos significan cosas hermosas. Por eso su grupo de música se llama Agost.

Intento establecer una rutina férreamente disciplinada que me ayude a construir este mes de agosto. La cotidianidad que empuja, de nuevo. A mí me paraliza el miedo a no saber asimilar los cambios y las pérdidas, a no acertar a seguir el ritmo de eso que te empuja mientras van apareciendo las cicatrices que actuarán como recordatorios. Ya he podido comprobarlo. A veces pienso que algo muy opuesto a la fuerza que te empuja también está latiendo de forma oculta y subrepticia. Lo siento aunque no lo sepa localizar. Está esperando para emerger, para salir rompiendo la superficie que lo cubre, desgarrando el tejido que sea que lo envuelve con una fuerza inabarcable, capaz de quebrar las palabras con las que se construye la serenidad. En ocasiones tengo la certeza de que cuando se acumulen tantas heridas que la piel sea imposible de cicatrizar, entonces emergerá esa enorme bola de fuego.

BALONMANO Y OBSIDIANA EN TEOTIHUACÁN

Una diseñadora gráfica y académica mexicana con la que mantuve una reunión me sugirió que, si durante mi estancia en el país pensaba ir sola a las pirámides de Teotihuacán, lo mejor que podía hacer era sumarme a uno de los viajes organizados por empresas que recogían a los turistas en los hoteles. Que yo no estuviera alojada en ninguno, sino en casa de un amigo, no era impedimento; bastaba con informarme e inscribirme en cualquier hotel cercano al centro. Ella sabía de algunas visitantes a su universidad que lo habían hecho recientemente y habían quedado muy satisfechas de la experiencia.

Seguí su consejo y, un domingo de noviembre en medio de un largo fin de semana, un microbús me recogió pasadas las once de la mañana. En cuanto cerraron las puertas y el vehículo se puso en marcha el guía turístico que era el líder de la expedición empezó con chistes de mal gusto y bromas que inevitablemente acababan en un doble sentido de contenido sexual. Se empeñó en que nos presentáramos todos los viajeros. Había una familia que, aunque todos tenían rasgos hindúes, venían desde algún lugar de Estados Unidos. Tres hombres mexicanos de mediana edad, esforzándose por parecer más jóvenes de lo que eran, venían de San Diego, igual que una pareja que apenas si se despegaba del abrazo que los unía. También viajaba una familia guatemalteca. El hombre, cercano a la vejez, celebraba casi escandalosamente cada uno de los chistes sobre las suegras—la madre de su esposa también viajaba con ellos—que contaba el guía, un individuo muy entrado en carnes que se secaba sin cesar el sudor de la frente y que hablaba indistintamente en inglés y en español. También había otro chico del que sólo percibí el brazo que asomaba del asiento tres o cuatro filas por delante de mí, cubierto con una impecable camisa de oficinista, y una cabeza con un cabello peinado cuidadosamente. En el turno de presentaciones no alcancé a escuchar de dónde procedía.

La primera vez que el guía preguntó los países de origen de los viajeros, no contesté; pensé que no echaría de menos mi participación porque se había embarcado en una animada complicidad con el guatemalteco que, al pasar ante el Zócalo, le dijo a su esposa: «Mira esta plaza, es bonita y no la habíamos visto». El comentario me sorprendió porque di por hecho que se alojaban en un hotel en el Centro Histórico.

El guía insistió un par de veces. «¿Todos nuestros invitados nos han dicho desde dónde tenemos el privilegio de recibir su visita?». Yo seguí negándome a contestar. Me había inscrito en ese grupo sólo como una medida de seguridad, así que no tenía ningún interés en estrechar lazos con un montón

de desconocidos. Sin embargo, creo que fue a la tercera vez que me increpó cuando respondí. «Todavía hay alguna persona que no nos quiere decir de dónde proviene. *There is someone that hasn't said where she comes from*». Alcé la mano y, resignada a que me hablaran de Messi y del Barça, dije que venía de Barcelona. «Oh, bella ciudad para una *güerita* que nos visita sola. Haremos todos los posibles para que nuestra amiga pase un día inolvidable en nuestras pirámides».

Siguió su letanía de tópicos y bromas sobre hombres que escapaban del matrimonio mientras explicaba algunas curiosidades sobre las calles y los edificios del Centro Histórico. Yo llevaba ya algunos días dedicando horas a caminar aquellas calles, y no era la primera vez que visitaba la ciudad, así que no estaba dispuesta a escuchar las explicaciones del guía. Me resultaba mucho más fácil seguir absorta en el único pensamiento que ocupaba mi mente aquellos días: intentar no pensar en nada.

No habíamos salido de la ciudad, hacía escasos minutos que habíamos dejado atrás la plaza Garibaldi—adonde no he ido en ninguno de mis viajes—cuando nos anunciaron que íbamos a hacer la primera parada con la intención de que quien lo deseara pudiese ir al lavabo y para poder comprar artesanías en plata. El anuncio de la parada me irritó. No hacía ni veinte minutos que nos habíamos puesto en marcha. Siempre había desconfiado de los viajes organizados. En mi arrogancia, los consideraba propios de personas con pocas capacidades o recursos para organizarse a sí mismas y, por lo tanto, carne de cañón para empresas con pocos escrúpulos y dispuestas a aprovecharse de quienes caían en sus garras.

Nos condujeron ante un maestro artesano en plata, que nos enseñó cómo acuñaba algunas de las medallas y placas de metal con motivos prehispánicos. Yo recordaba las palabras del artista Vicente Rojo durante una entrevista en la que me contaba lo complicado que resulta intentar comprender el mundo precolombino y su simbología. No iba a dejarme seducir por la habilidad del maestro artesano. Mi expresión desconfiada debía de ser lo suficientemente explícita, porque se me acercó su esposa y me dijo que tenía que relajarme y me tendió un vaso con tequila. No supe negarme y lo tomé. Al acabar su exhibición, el maestro artesano nos regaló unas pequeñas placas acuñadas. A mí me dijo que me daba la mujer jaguar porque se veía de lejos que era una guerrera. No puedo decir que no consiguiera halagarme que me viera como alguien capaz de batallar, yo que siempre he tenido tanto miedo de todo. El comentario del artesano me hizo creer que, por lo menos, había conseguido demostrarles que a mí no me iban a engañar. En eso sí sería capaz de defenderme.

A la pareja de San Diego les dio algún motivo amoroso. Y todavía quiso repartir alguna placa más: a la suegra del guatemalteco que no se separaba del

guía. En el momento de darle lo que había acuñado, le dijo: «A usted le doy… la guerrera jaguar, porque a lo largo de su vida ha tenido que pelear mucho, seguro». Salí a la calle todavía más irritada conmigo misma porque, al fin y al cabo, el maestro artesano había resultado vencedor en nuestro enfrentamiento: había acertado a decir exactamente lo que yo quería escuchar para captar mi atención. Una lección de veteranía de un excelente vendedor.

Por las mismas razones por las que no quise escuchar las explicaciones de las calles del Centro Histórico que nos ofrecía el guía turístico, tampoco escuché a la chica que le relevó una vez llegados a la entrada de la zona de las pirámides. Muchas personas de confianza me habían aconsejado el viaje y me habían advertido de que la visita me impresionaría, así que estaba ansiosa por dar yo misma con las epifanías, sin las interferencias en tono de letanía que estaba emitiendo aquella chica. Habló de cuatro o cinco soles diferentes que eran dioses y de los motivos por los que a una pirámide se la consideraba del sol y a la otra la de la luna. Ahora lamento de verdad no recordar nada de todo cuanto nos contó. Yo quería sentir la energía de las pirámides por mí misma. Incluso me molestaba notar que, desde que habíamos descendido del microbús, el hombre con la camisa de oficinista, mucho más joven de lo que yo había imaginado, se había colocado a la misma altura que yo y caminaba a un ritmo acompasado al mío. Creo que alguna vez me miró sonriendo, como tratando de iniciar una conversación, algo a lo que no accedí.

Seguí el consejo según el cual era mejor primero ascender a la pirámide de la Luna, la más pequeña, y luego pasear hasta la del Sol. Una multitud de personas estaba subiendo las escaleras del templo menor. Me repetí que había sido un error haber hecho aquella excursión en un domingo en medio de un fin de semana largo, aunque las citas y los compromisos que había establecido para el viaje no me habían dejado más opciones. Entre la multitud, conseguí encontrar un hueco para subir. Nos habían dicho que en la parte superior de la pirámide mucha gente realizaba ritos para llenarse de energía. Yo no había querido escuchar ninguna de las historias de los guías turísticos, pero sí esperaba que una vez arriba pudiese tener una de esas experiencias reveladoras de las que había oído hablar. Aunque sólo fuese observar el suelo desde aquella perspectiva, sostenida a tantos metros de altura.

Únicamente fui capaz de subir cinco o seis peldaños. Sentí vértigo, como hacía mucho tiempo que no lo sentía. Me quedé paralizada, incapaz de seguir subiendo, con miedo de retroceder y avergonzada por estar en el punto en el que me había quedado. Además, estaba estorbando a los cientos de personas que subían decididas. Ese viaje lo estaba haciendo sola, así que no podía mirar hacia nadie que me animara a seguir o, al contrario, que comprendiera mi pavor y me ayudara a bajar. Pero, sobre todo, estaba furiosa por ser incapaz de subir a sentir la experiencia reveladora, y por haber permitido que mi vida

estuviera organizada de tal manera que al final aquel viaje lo estaba haciendo sola. «Si me mareo o me sucede algo, ¿a quién le voy a pedir ayuda? O sea que será mejor que me cuide», pensé, y la guerrera petulante que se había jactado de su perspicacia descendió ofuscada los escasos peldaños que había subido.

Sí fui capaz, con más facilidad, aunque no sin esfuerzo, de subir a uno de los templos laterales que se extendían entre una pirámide y la otra. «Tal vez esto ya justifica el viaje», pensé. No puedo asegurar que allí se produjera ninguna experiencia reveladora. Mi pensamiento se había quedado atascado desgranando los motivos por los que viajaba sola y tratando de recordarme cuáles eran los propósitos, si los hubiera.

Si había sido incapaz de ascender a la pirámide de la Luna, me angustiaba sólo de pensar en intentarlo en la del Sol. Era inmensa. Volví a sentir vértigo, esta vez incluso desde abajo, sólo de imaginar cómo debía de ser la visión desde allí arriba. La pirámide estaba cubierta casi completamente por miles de personas que sí se habían atrevido a subir. Pensé que la interminable cola debía de requerir más de dos horas de espera, algo que no podía permitirme. Ese debía ser el argumento definitivo para ni siquiera intentar el ascenso. Me dediqué a pasear entre los templos, incluso visité el interior de uno de ellos, en el que se conservan algunos frescos. Me movía ansiosamente, como si quisiera demostrar que yo era una turista diferente a aquellos miles de personas. Sí que paseé por los tenderetes de artesanías, diciéndome que allí tampoco me iban a engañar, porque yo ya había viajado muchas veces a México y soy capaz de diferenciar un objeto que se convierte en símbolo de una vivencia o una experiencia vinculada a un lugar de un simple *souvenir* prefabricado para consolidar estereotipos y tópicos.

Pasaban las horas que los guías turísticos nos habían dejado a los viajeros para visitar el lugar a nuestro ritmo y yo todavía no había tenido ninguna experiencia reveladora. Me senté en una zona de hierba. Entre las nubes se colaban algunos rayos de sol que se podían apreciar con nitidez. Hice varias fotografías y quise creer que, tal vez, en algún momento, esa imagen me serviría como símbolo de un momento especial.

Poco después volví al lugar de encuentro establecido para reunir al grupo. Nos llevaban a comer a un establecimiento incluido dentro de la ruta. No tenía apetito, y la idea de sentarme a una mesa con mis compañeros de microbús me provocaba rechazo. Escogí una silla ubicada en un extremo de la larga mesa que nos habían adjudicado. Poco después, el chico de la camisa de oficinista se sentó frente a mí. Me preguntó si había subido a las pirámides. Le dije que no había sido capaz, que había sentido vértigo. Él sí lo había hecho. Incluso había tenido tiempo para ascender a las dos. Nadie más se sentó a aquella mesa, porque éramos los únicos que viajábamos solos. Me contó que él se inscribió a la excursión porque hacía dos semanas que había

llegado a México desde Guatemala para trabajar. Un reciente ascenso propuesto por su empresa conllevaba el cambio de país. Estaba instalado en un hotel lujoso de una colonia lejana del centro. Me dijo que lo que más le costaba sobrellevar era la soledad. Aquel largo fin de semana de celebración de la revolución para los mexicanos se le estaba haciendo larguísimo y por eso se había decidido a visitar ese domingo las pirámides. Me provocó lástima pensar que quizá había imaginado que yo podía ser la mejor compañía que encontrase en aquella excursión. Apenas atendía a lo que me estaba diciendo, porque estaba ansiosa por que mi teléfono móvil se conectara a la red wifi para descargar los mensajes que esperaba desde Barcelona. Me pasé buena parte de aquel viaje buscando conexión gratuita y esperando mensajes. En Ciudad de México no es difícil conectarse, pero en el restaurante sí parecía serlo. No sé si fue mi falta de interés cuando me hablaba sobre sus dificultades para lidiar con la soledad del recién llegado o mis constantes miradas al teléfono lo que acabaron por convencerle de que yo tampoco era la persona capaz de animarle ni siquiera aquel rato destinado a la comida, que bien podría ser una cena.

La conversación fue algo más fluida cuando me contó que había visitado Barcelona—Granollers, concretamente—para asistir a un torneo de balonmano. Yo había practicado ese deporte en mi infancia y mi adolescencia. También había asistido a algún torneo en Granollers. Por un momento, pareció animarse. Él jugaba de pívot en un equipo importante de su país, pero se había lesionado y en ese momento se encontraba en plena recuperación. Yo le conté que lo abandoné a los dieciocho años. Jugaba de lateral y me ponía muy nerviosa, sobre todo se me daba bien la defensa. Hacía mucho tiempo que no hablaba de balonmano. Pertenecía a un pasado tan remoto que parecía de otra vida. El chico guatemalteco estaba muy preocupado por si aquella lesión iba a significar su retirada definitiva de la vida deportiva. Pensé que, de todas maneras, si finalmente se quedaba en Ciudad de México trabajando en su oficina, tampoco podría seguir jugando en el equipo de su país, que era el que añoraba. Tal vez, si se sentía tan solo en su nuevo puesto, todavía no había descartado la idea de volver a Guatemala. Yo no sabía nada de Guatemala, sólo que el escritor Augusto Monterroso era guatemalteco, pero que se había exiliado y que ese destierro, de alguna manera, había influido en quien fue su esposa hasta el momento de su muerte, la también escritora Bárbara Jacobs, cuya obra yo estaba estudiando. Pero no le hablé ni de Monterroso, ya fallecido, ni de Jacobs, ni del exilio, aunque él mismo, en esos momentos fuera una representación bastante dramática de quien se ve obligado a dejar su país para sobrevivir en otro. Filosóficamente, todos somos exiliados porque desde el momento en que nacemos somos expulsados del verdadero lugar al que pertenecemos.

Cuando estábamos casi acabando de comer, al otro extremo de la mesa se sentó la mujer joven que viajaba con su marido desde San Diego. No se había sentado nadie más, nuestros compañeros de viaje no habían seguido las instrucciones y cada cual se había sentado donde le había parecido. El oficinista que jugaba a balonmano—creo recordar que se llamaba Kevin—le dijo a la mujer de San Diego que se acercara a nosotros. Pensé que había algo de súplica en el ofrecimiento. Ella nos contó que había venido con su marido a pasar el fin de semana en México porque iban a ver un partido de fútbol americano. Era la primera vez que hacían un viaje solos después de haber sido padres de tres niños adorables. Para ellos era algo así como otra luna de miel. Sólo habían deshecho el abrazo para tomar aquella comida, porque el marido había decidido quedarse fuera del restaurante. No me pasó desapercibido que Kevin cada vez estaba más pálido.

Vino el mesero y le preguntó si nos traía una única cuenta o si cada uno se pagaba lo suyo. Me adelanté a decirle que, por favor, trajera dos cuentas separadas, pero sonreí al imaginar hasta dónde podría llegar la melancolía de ese chico si se veía obligado a pagar mi comida. Al salir del restaurante, Kevin desapareció.

Antes de regresar a Ciudad de México, en un establecimiento anexo al restaurante, nos iban a hacer una exhibición sobre el proceso de fabricación del tequila. Era otra tienda de *souvenirs*. Volví a sentirme asqueada porque una vez más intentaran empujarnos a gastar allí. Las explicaciones las haría una mujer bajita y rolliza que hablaba muy rápido. La llamaré Sherezade. Brevemente, nos enseñó cómo se extraía el jugo del agave, que después fermentaba y se trataba para conseguir el pulque, el mezcal y el tequila. Nos dieron a probar cada uno de ellos. Con cada vaso que Sherezade nos tendía, hacía alguna broma de contenido erótico. Los hombres del grupo las celebraban. Yo estaba impaciente por irme. Debió de notar mi ansiedad, y me dio un vaso de un mezcal del que dijo que era muy especial.

—Relájese y disfrute este mezcalito, ya verá.

Después de la exhibición del tequila y el mezcal, nos habló de la obsidiana. No recuerdo las explicaciones; sólo que durante siglos, milenios, esa piedra con múltiples propiedades se ha utilizado para extraer las energías negativas del cuerpo humano. Tomó una piedra negra muy brillante.

—Venga aquí, señorita, que le enseño cómo se hace.

Pasó la piedra con un leve masaje por mi espalda. Me sentí tan incómoda que cuando me preguntó si me sentía mejor apenas pude balbucir un sí que pretendía ser irónico. Ella continuó con su cháchara y la visita a la tienda de *souvenirs*. Todos los que formábamos el grupo estábamos muy cansados, incluidos los guías. Tardé unos minutos en darme cuenta de que Sherezade había dejado la pieza de obsidiana en mi mano. Me gustó el tacto y el calor

que sentía, tanto que no quería desprenderme de ella. Recordé el sueño que una vez me había contado una amiga, en el que de repente le aparecía un mineral en la mano del que no se podía desprender. No sé cuál era, pero era un símbolo de una fuente de vida, de fecundidad, de protección, de maternidad o algo así. Mi amiga creía que todo en el universo está conectado, que lo que sucede en nuestro entorno más inmediato es un reflejo perfecto de lo que pasa en el cosmos y que cualquier elemento de la Naturaleza tiene su alma y sus propiedades. El color negro brillante de la obsidiana me atrajo, así como el calor que desprendía, que probablemente procedía de mi propia mano. Pensé que sería hermoso que esa piedra ayudara a eliminar las energías negativas de alguien.

Me dirigí a la caja para pagar la obsidiana. Podría ser un buen regalo, o, como mínimo, tendría de nuevo la oportunidad de sentir el tacto suave y cálido de la piedra en algún momento en que me sintiera mal. Tal vez acabaría convirtiéndose en el símbolo de la revelación que no había sido capaz de sentir en las pirámides. De camino a la caja, también agarré una botella del mezcal tan especial que Sherezade me había dado a probar. El mezcal y la obsidiana que serían capaces de eliminar los humores negros.

Fui la última del grupo en llegar al microbús. Al entrar, me pareció que los demás estaban molestos por mi tardanza. Kevin simuló no verme cuando pasé por su lado para alcanzar el asiento que había ocupado durante el trayecto de la mañana. Cuando llegamos a Ciudad de México, fueron dejando a los excursionistas en los respectivos hoteles. El primero en bajar fue el oficinista que jugaba a balonmano, ante un hotel moderno y lujoso junto a una carretera principal en la colonia Polanco. Estaba realmente lejos del Centro Histórico, donde yo me alojaba. El cansancio, la noche de domingo y las luces de neón del moderno equipamiento me provocaron un aguijonazo de melancolía. Pensé en la soledad de aquel joven sin amigos en una ciudad nueva para él, alejado del centro. Sentí como propia la amargura que tal vez él experimentaría en su moderna habitación, solo, añorando los partidos y los entrenamientos, en los que formaba parte de un equipo, en esa tensión que se establecía cuando sus compañeros lo buscaban con la mirada para pasarle el balón mientras él intentaba colarse entre la defensa del equipo contrario para encontrar un hueco desde donde poder marcar un gol y estar más cerca de ganar. Y la felicidad de cuando superaba al portero.

Conservo un recuerdo agradable de la excursión a Teotihuacán. Aquel día no llegó el mensaje que esperaba de Barcelona, como tampoco lo hizo la revelación de las pirámides. Y los principales acontecimientos de mi vida parecen haber seguido su curso habitual. Sin embargo, me produce una cierta serenidad saber que, en algún rincón de mi casa, siguen perfectamente envueltos en papel de burbujas la pieza de obsidiana y la botella de mezcal.

EL LEÓN DEL DUELO

Pensaba que no volvería a verle. Y eso era lo que le resultaba más difícil de asumir cuando él desapareció definitivamente. Que nunca más volvería a ver su cara, ni a tocar su cuerpo. Tendría que someter la memoria a grandes esfuerzos para recrear las formas de su rostro. Una sola imagen que simbolizara todas las expresiones que le había observado, todo cuanto le había comunicado a través de su cara a lo largo de muchos años. Tal vez el miedo a no ser capaz de hacerlo y que los rasgos acabaran difuminándose y que olvidara su apariencia venía provocado por la inmensidad de la palabra *nunca*.

Desde el momento en que él se fue, todo dependería de la fuerza de ella, de sus habilidades para mantener bien nítida la imagen de su cara, así como la sensación de la temperatura de su piel, la firmeza de sus brazos, la curvatura de sus labios. Todo eso ya sólo restaba en su memoria. Imágenes ocultas en algún rincón de su cerebro por cuya conservación debería esforzarse. Sensaciones que necesitan un estímulo para ser experimentadas, como la textura y el color de su voz.

Por eso, cuando lo vio ante la puerta, esperando, casi impacientándose, a que ella le permitiera la entrada, estaba convencida de que se trataba de un sueño. En los últimos días había experimentado tal agitación que todo cuanto percibía le parecía confuso, ruidoso y acelerado, por lo que resultaba imposible asimilar nada. Sentía como si, entre ella y los objetos, los acontecimientos y cualquier fenómeno, se hubiese instalado una capa de neblina o un velo, en todo caso algo que le impedía acceder al tacto o la vista de nada. Una agresiva migraña le aturdía tanto que sólo podía sentir el deseo de llegar hasta su dormitorio y encerrarse a oscuras para tratar de respirar sin pensar en nada, únicamente fundida en el preciado abismo donde todo dejaba de existir.

La gente seguía caminando por la calle, continuaba haciendo planes; los días se sucedían habitados por personas que se movían de un lado para otro, que hablaban, comían, se reían y se tocaban. Pero para ella, de repente, todo se había vuelto complicado e incomprensible, porque le envolvía la insidiosa capa aislante. Lo único que podía hacer era tumbarse en una habitación a oscuras atendiendo al proceso por el que su cerebro parecía convertirse en piedra o bien en uno de esos agujeros negros en los que tenía entendido que actuaba un conjunto de energías para producir una nada inexorable.

Todo había empezado a ser inoportuno: la hora en la que había que dormir, la que marcaba el regreso a la rutina diaria por la mañana, las conversaciones con las personas que desfilaban ante ella y su velo sin que consiguiera asociar esos encuentros con nombres o situaciones concretas. Incluso los vecinos de al lado habían empezado a hacer obras de reforma justo en esos días. Los golpes

sí que llegaban directamente a su ya atormentado cerebro, sin neblinas ni ninguna otra capa protectora. Debía de existir alguna explicación que dotara de lógica y enlazara a todos esos acontecimientos. Sus vecinos iban a ampliar la cocina y el baño. Es decir, que iban a tirar los muros del piso contiguo justo en ese momento. Porque la gente sigue haciendo planes y necesita un espacio para compartir las comidas familiares, para charlar sobre los acontecimientos de que se compone la existencia: lo que se siente, lo que se piensa, lo que se experimenta, lo que se anhela…

Conseguiría una escena de un gran dramatismo si se dirigiera a la puerta de sus vecinos para decirles que debería existir alguna ley poética o estética o jurídica que impidiera que una persona que estaba pasando por lo que ella vivía en esos días además tuviera que aguantar aquellos ruidos demoledores, nunca mejor dicho. Pero no podía exigir nada a los vecinos porque las personas seguían haciendo planes, y así debía ocurrir. Alguien, imposible recordar quién, le había ofrecido su casa para que se instalara allí mientras durasen los trabajos de reforma, pero tampoco era un momento en que le apeteciera estar en otro lugar que no fuera su casa. Demasiados recuerdos, había escuchado decir a alguna persona. Sin embargo, los contornos de las imágenes que delimitaban su vida ya se estaban difuminando en exceso, por lo que no era recomendable que ella decidiera modificar también las fronteras del espacio en el que debía desarrollarse su *nueva vida*.

Además, si hubiera accedido a establecerse en casa de otra persona, él no la hubiera encontrado a su regreso. Cuando lo encontró al otro lado de la puerta, temió que él hiciera algún gesto o que hablara y que entonces ella acabara por darse cuenta de que en realidad esa imagen no se correspondía con él. En los últimos días le había sucedido en varias ocasiones: le pareció verlo sentado a la mesa de un restaurante, sonriendo y departiendo con otras personas; también creyó que era él quien conducía un coche que arrancó demasiado pronto en un semáforo, muy parecido al que habían compartido y que ella ahora no se atrevía ni a tocar; o paseando por una acera mientras ella viajaba en autobús. Otro día creyó escucharlo en la radio. Sin duda, aquélla era su voz. Todas esas apariciones resultaron muy fugaces; en apenas unos instantes se había revelado la verdadera figura, y la sombra de él se esfumó. Por esa razón pensó que no era él la persona que aguardaba a que ella le permitiera pasar a la casa que en otro tiempo habían compartido. Le dejó tiempo para que se desenmascarara y se convirtiera en cualquier otro ser con quien guardaría un doloroso y sorprendente parecido físico, por su color de pelo, por los ojos, los gestos o la sonrisa.

La imagen del hombre siguió siendo él incluso cuando llegó hasta el que había sido su sillón de lectura favorito y se sentó a la vez que emitía su resoplido habitual en los días que había tenido demasiadas reuniones de las

que agotan su paciencia. Durante los días que transcurrieron desde que se fue, ella había fantaseado con un posible reencuentro: cómo lo abrazaría, lo que le diría y la acumulación de emociones que sería volver a hacer el amor con él. Pero aquel resoplido…

Ella también podría haber dejado salir un bufido. Verdaderamente estaba muy cansada. Habría sido un suspiro de desahogo, porque al verle entrar también había experimentado una placentera sensación de alivio. La liberaban de un pesado lastre, incluso de la fuerza de la gravedad. Si él había entrado por la puerta, todo recuperaba su disposición adecuada.

Ya podía bajar la guardia y relajar la tensión de los músculos. Los acontecimientos ya no iban a sorprenderla ni a alterarla más. Se aferraba a ese único pensamiento mientras lo miraba detenidamente. Pondría toda su voluntad en proteger y retener todo tal y como estaba en ese momento. Él le devolvió la mirada y le sonrió. Y entonces ella comprendió lo que estaba sucediendo, porque era una sonrisa de alarma: no había motivos para relajarse. Debía desconfiar.

—No me mires así. No se me escapa que algo extraño está pasando. Esta escena, esta visita, no tienen sentido. —Eran las palabras con las que ella intentaba ponerse en un territorio seguro.

—¿Así que para ti es una visita?

La desconfianza a que le empujaba la inoportuna e inquietante sonrisa de él se debatía con el bienestar que creía haber recuperado desde que le había vuelto a ver. En cualquier momento podrían abrazarse y ella, por fin, ceder al abandono, desistir ante el agotamiento. Pero todavía no.

—Esto no está bien así. He leído mucho sobre situaciones similares. Y también sucede en muchísimas películas, pero se queda ahí. No me hubiese imaginado que me pasaría a mí. Puede resultar hasta gracioso.

—Pues aquí estoy.

Ella permanecía de pie, bastante cerca de la puerta. Cualquier movimiento alteraría la imagen, eso sí lo sabía. El encuadre desde el que creía poder observar toda la escena también determinaba el significado, así que sería mejor no tentar la suerte y que nada variara. Sin ser del todo consciente, estaba actuando como si representara una secuencia para un espectador ajeno a la conversación y a cuanto estaba sucediendo. Fuera lo que fuera, deseaba alargarlo un momento más. Él iba a seguir hablando.

—Tú siempre necesitas leerlo todo, que los libros te digan aquello que es posible y lo que no, pero aquí estamos. Ahora puedes preguntar todo lo que quieras.

Le molestó la actitud que identificó como irónica, porque no había dejado de sonreír casi beatíficamente. En los días previos a su regreso—¿cuánto tiempo había pasado: tres días, un año, una estación…?—, en los breves

momentos en que había conseguido dormir, soñó que se encontraba casualmente con él y que le hacía muchas preguntas. Él se comportaba como si conociera ese sueño recurrente y quisiera encarnarlo. Al despertar, ella recordaba las circunstancias en las que se había producido el encuentro, pero nunca las palabras exactas que habían intercambiado, así que no habían modificado ningún significado, ni sentimientos ni pensamientos. Seguía la misma confusión. Y ahora que lo tenía delante, no sólo no sabía qué preguntarle, sino que desconfiaba de la forma en que se expresaba.

Bien pensado, lo mejor sería que hablase él. Al fin y al cabo, había aparecido sin avisar, obligándole a abandonar el encierro en su abismo particular donde intentaba atenuar la migraña y los efectos de los golpes de las obras de reforma en el piso de al lado. Si había llegado hasta allí, era lógico que él llevase las riendas en la conversación. Ella sólo quería alargar el indulto con que aparentemente le habían agraciado y sentir que podía ceder un poco a la tensión y el cansancio.

—¿Qué dicen tus libros sobre estas situaciones? ¿Qué nos van a enseñar?

—Si has vuelto, tal vez deberías dar tú las explicaciones. No estoy en el mejor momento para leer o buscar entre mis notas.

—¿Qué explicaciones reclamas?

—Estaría bien obtener alguna pista para entender lo que está pasando. Hablas de una manera que me desconcierta.

—Claro: necesitas la historia. Las palabras como un cuerpo o un objeto que palpar, abrazar o rechazar. Las palabras que te dibujen un mapa perfecto que marque los caminos por los que debes avanzar. Todo convertido en palabras, y las palabras adquiriendo un cuerpo, una imagen que calme el dolor. Las palabras creando la realidad. Si uno tiene las que hacen falta para conseguir que el otro se materialice, nunca estará ausente, ¿no? Siempre juntos. —Seguía sonriendo.

—Esta situación empieza a generarme malestar. Incluso a irritarme. Estos días he estado furiosa. Sentía que me habían robado, que yo no merecía perderlo todo de repente. Estaba enfadada porque me sentía como si me estuvieran poniendo a prueba, a ver cuánto resistía, a ver cómo iba a lamentarme por todo lo que perdía y que me dejaba al margen de lo que había sido mi vida. Estaba enfadada porque, de repente, no veía nada, no tenía nada y no sentía nada. ¿Por qué has venido?

—He venido a traerte un león.

—¿Un león?—Ahora es ella la que sonríe. A él se le han iluminado los ojos. Ésa es una de las bromas con las que él trata de superar una situación incómoda. Van a empezar a reírse de esa situación tan extraña y de la nebulosa que ha cubierto los últimos días.

—Los libros que más te gustan son aquellos en los que hay regalos, prendas

o dádivas, ¿no? Pues yo te he traído un león.

—¿Para que me defienda y por fin pueda relajarme?—Se irrita porque él no da el golpe de gracia que acabe con ese momento.

—No, en absoluto. Todo lo contrario. Para que ruja fuerte, muy fuerte. Para que llame tu atención y lo tengas que buscar. Cuando lo encuentres, tendrás que aprender a comunicarte con él. Te contagiarás de su fuerza. Y si le haces caso, aprenderás por qué es capaz de resistir en el desierto. Sentirás su pasión por la vida, que le hierve en el corazón.

—Al final está siendo una conversación más delirante de lo que esperaba. Me has sorprendido realmente con lo del león. Con el estrépito que me rodea estos días, sólo me hace falta un león rugiendo por aquí. Demasiado rugen ya las paredes.

—Precisamente se trata de eso, de que sepas oírlo entre tanto ruido.

—Estupendo, has venido a decirme que en estos momentos debo dedicarme a buscar al león que, por otra parte, pensaba que tú me habías traído como regalo. Pero ahora parece ser que no, que has venido a soltarlo por ahí para que yo lo busque. Dejarlo todo para aprender del león. ¿Aprender a rugir? Mi capacidad para el melodrama tampoco ha llegado nunca a esos niveles. Buen regalo epifánico. En estos días, hay momentos en que sí, en que a mí también me hierve la sangre, pero de furia, y parece como si no pudiera controlar mis propios sentimientos y que acabaré golpeándome y destrozándolo todo, pero me limito a llorar hasta cansarme. Sólo siento el agudo y afilado dolor sobre los ojos, como si realmente un objeto punzante estuviera tratando de atravesarme la cabeza. Todos mis sentidos concentrados en ese dolor, que me obliga a recogerme en mí misma, tratando de reducir mi cuerpo a la mínima expresión. Respiro y me repito que va a pasar. Y pasa. Y entonces los días se dividen entre los momentos en que no está el dolor y sólo pienso en el instante en que va a regresar, y los momentos en que aparece el malestar y ya no tengo que pensar en nada más que en que pase.

—De algunos animales podríamos aprender a relacionarnos con el propio cuerpo, y con los objetos, y con los demás seres humanos. Pensaba que tus libros te habían enseñado algo sobre todo eso.

—Tal vez sí, pero tu león me ha encontrado con la guardia baja. Como te he dicho, sólo puedo pensar en la migraña.

—El animal es una imagen para dar forma a lo que somos, a la sustancia o la esencia que nos forma a todos, también a ti y a mí. Y los animales saben cómo dar aliento a esas imágenes. Sobre todo, no le pongas nombre. Entonces acabaría comportándose como un ser humano y cometiendo los mismos errores. Ya no vería una variedad de formas creadas a partir de la esencia, sino la vanidad que quiere crear pequeños fenómenos que pretenden diferenciarse de aquello que los conforma. No le pongas nombre, sólo siente en su rugido

su pasión por la vida.

Él nunca hubiese hablado de ese modo, así que finalmente estaba sucediendo lo que ella se había temido: un movimiento lo había desenmascarado y había demostrado que no era él, que no existía ninguna posibilidad de que aquel individuo o aquella imagen fuesen él.

—Había imaginado que si volvíamos a encontrarnos sería de otro modo.

—Siento decepcionarte, pero, créeme, lo del león no es una mala idea. Estoy seguro de que serás capaz de encontrarlo. Es mi regalo, acéptalo. Sólo tienes que prestarle atención, como hacen los animales. Atender a los detalles. La supervivencia depende de ello y te aseguro que descubres cosas asombrosas.

—Tal vez en otro momento conseguiría creerte. Esta escena está durando demasiado.

—Me estás tratando como a un charlatán o un vendedor de cachivaches. Pero, descuida, el león lo voy a dejar aquí. —Ella volvió a sonreír—. Seguro que en tus libros vas a encontrar mensajes más alentadores, capaces de calmar tu dolor. Pero deja que el animal esté por aquí. Nunca se sabe.

Volvió a escuchar los golpes y el estruendo de las obras del piso de al lado. Creyó que habían cesado mientras había estado hablando con él, o por lo menos no los había percibido. El taladro contra la pared, también los martillazos, y en medio, como viniendo de muy lejos, algo parecido al rugido de un león. No pudo aguantar el ascenso de una sonora carcajada. Él le acompañó en las risas.

—¿Lo oyes? Ahí está. Y a fuerza de observarlo, de buscarlo y de imaginarlo en tu cabeza, va a conseguir que te acerques al mundo como lo hace él. Y ahí tal vez podamos encontrarnos. El león sabe que, de alguna manera, en todo lo que le rodea, está también su esencia. Y que él debe iluminarlo.

—O sea, que debo buscarte en todos los objetos y en todos los rincones.

—El león se busca a sí mismo, pero rastreando la verdad. Sin espejismos. Sin formas que confundan. Por eso resiste en el desierto. ¿Qué es lo que da a los objetos su condición de realidad? Sólo tu mirada.

—Lo siguiente será decir que todos estamos hechos del mismo barro. Como el primer hombre.

—Es una manera de decirlo. Afirmar que la Naturaleza ha hecho evolucionar sus formas desde microorganismos marítimos hasta seres humanos es decir algo muy parecido. Al final, todas las especies proceden de lo mismo. Por eso, el león sabe que hay que tener cuidado con los engaños que pretenden las diferentes formas y figuras. Por eso, es mejor no poner un nombre que otorgue demasiados significados vacíos. Hay que estar atentos para no caer en la melancolía.

—¿Tú vas a hablar de melancolía?

—Tú me explicaste que es el deseo de regresar al jardín del Paraíso del que fuimos expulsados. Yo añado que es el deseo de fundirnos en la tierra a la que pertenecemos, de la que nos han exiliado.

Necesita sentarse. Nunca se ha sentido tan exhausta. No quiere que él siga hablando, si es que es él. Todo es más confuso que antes. Y pensar que cuando lo vio en la puerta creyó que el caos había terminado. Cierra los ojos, pero aun así siente que él la sigue observando. Quiere alargar ese momento, por fin el descanso. Siente que incluso le es indiferente si él ya no está cuando vuelva a abrir los ojos. Sólo necesita respirar. Ha vuelto la migraña, y los golpes en el piso de al lado. Siente que él está ahí, como si efectivamente fuese a estarlo siempre, como si hubiese conseguido instalarse bajo su piel, capaz de saber lo que piensa, de sentir la migraña y los golpes de los operarios que trabajan al otro lado del muro. Deben de estar derribando todo un muro; el sonido es atronador. Y de pronto, entre el barullo de las obras, a lo lejos, de nuevo el rugido del león.

MANERAS DE IRSE

Yo era muy joven y estaba convencida de que había hecho algo terrible que me obligaba a la huida. Expulsada para siempre de cualquier colectividad. Tantos años después, he olvidado qué delito tan grave fue el que cometí. *Aunque si nací, ya entiendo…* Como quien lanza un mensaje en una botella—disculpen el tópico cursi, pero mi ánimo entonces no era otro—, escribí en algún lado acerca de mi desesperada necesidad de huida. No estaba dispuesta a que me alcanzara el momento de ser juzgada ni condenada por nadie más. Tampoco recuerdo con nitidez la historia del escrito, pero sucedió que llegó a los ojos de un sujeto a quien motivó lo suficiente como para tomar cartas en el asunto.

Tres individuos, dos hombres y una mujer, me convocaron a una reunión muy formal. Su comportamiento fue muy protocolario pero cordial. No me pasaron desapercibidos los esfuerzos que estaban realizando para que yo me sintiera cómoda a pesar de la frialdad de la situación. Eso, tal vez, soy capaz de describirlo ahora, al tratar de recordar el momento. Ya he dicho que entonces mi proceder era como el del animal que se siente acechado; estaba convencida de que había violado alguna norma fundamental que no me dejaba más alternativa que la huida, lo que me obligaba a estar constantemente preparada para salir corriendo. Conversar con gente a la que no has visto nunca antes es una manera de escapar.

Me dijeron que les había interesado mucho lo que yo había escrito. Que daba muestras de una atractiva lucidez, una admirable independencia de criterio y, sobre todo, una gran valentía. Todo ello les había conducido a pensar que podría ser la persona idónea para llevar a cabo un proyecto de experimentación que estaban planeando desde hacía mucho tiempo. La mujer probó una sonrisa que a mí entonces me pareció genuina y, mirándome a los ojos, afirmó que mis plegarias habían sido atendidas. Recordé la sentencia de santa Teresa de Ávila sobre las lágrimas vertidas por los deseos que se ven colmados. No la tuve en cuenta. Estaba convencida de que tenía pocas posibilidades a las que aferrarme para salir adelante. Era muy joven y pensaba que el mundo era muy pequeño, y yo me había descalificado a mí misma para seguir formando parte de él. Vuelvo a decirles que no logro recordar de qué delito se trataba, sólo la sensación de culpa y error sin enmienda posible. Estuve muchas noches repitiéndome como una letanía hasta qué punto lo había estropeado todo, con cuánta torpeza me había situado directamente en la casilla final incluso antes de empezar el juego.

La organización a la que representaban los dos hombres y la mujer vestidos de perfectos ejecutivos me había seleccionado, a partir de mi escrito, para ser la guardiana—alguien utilizó la palabra *cancerbero*—de un valioso legado.

Necesitaban a una persona capaz de comprometerse a renunciar a todo para dedicarse únicamente al cuidado de un precioso tesoro del que, además, podían adelantar muy poca información, pero con la firme garantía de que lo que ofrecían constituía un privilegio excepcional.

Uno de los hombres, sin corbata pero con camisa y jersey de tejidos muy caros, me dijo que el legado requería tantos cuidados que se había depositado en una confortable y segura casa en la que podría residir de aceptar el empleo. Lo único relevante de mi nueva asignación sería preservar la integridad de todo el corpus y los objetos que lo conformaban.

A cambio de mis cuidados, la organización asumía mi manutención y mi formación, porque ser la persona responsable de un material así requería disponer de vastos conocimientos y estar dispuesta a adquirir cada día más. Después de decir eso, el hombre del jersey caro dibujó en su rostro una sonrisa parecida a la de la mujer.

Para una joven que lleva semanas repitiéndose que su vida ha acabado y que debe renunciar a todo, escuchar en la voz de un desconocido que no sólo tiene la posibilidad, sino la obligación, de seguir aprendiendo, es mucho más que un descanso. Se alejaba del constante sentimiento de vergüenza para acercarse a una suerte de renacimiento.

Hablando de renacimiento: para que yo fuera consciente de la importancia de lo que estaba resguardando, la organización quincenalmente me proporcionaría los libros y documentos sobre los que tenía que ir trabajando para aprender a mirar el mundo de un modo distinto. Me ofrecían una segunda oportunidad, que era como nacer de nuevo, por lo que tendría que esforzarme por asimilar desde el principio el significado correcto de las cosas. Aprendería a ver gracias a las nuevas palabras que adquiriría. No sé qué expresiones debía dibujar mi rostro porque, de vez en cuando, la mujer me tranquilizaba diciendo que yo era una privilegiada y que todo ese proceso se desarrollaría a través del goce y la paz que hacían posibles la casa.

Casi sin darme cuenta, mientras avanzaba la entrevista, poco a poco, se fue dando por sentado que yo aceptaba el trabajo. No dije lo contrario ni manifesté ninguna duda acerca de cuanto me contaban. El tercer hombre no sonrió ni habló; se limitaba a, simultáneamente, observarme y tomar notas en un cuaderno de tapas negras y en una tableta digital. Había pasado por muchas otras entrevistas de trabajo, y nunca había soportado bien la tensión de sentirme observada, pero en aquella ocasión era diferente. Tampoco yo sabía a quién miraban con tanto detalle. Posiblemente estaba más cerca de ser una de las personas que examinaban minuciosamente a una joven desesperada que de ser esa mujer expuesta a las valoraciones de los demás. No me preocupaba por ofrecer una buena impresión. Me adaptaba a ser la persona que ellos habían creído detectar en mí.

La entrevistadora volvió a recuperar un tono cordial y a sonreírme para decir que era muy importante que yo recordara—pensé que no me lo había dicho antes—que no podía entrar en la sala donde se depositaba el legado hasta que la organización me lo indicara. Todavía quedaban pendientes algunas gestiones que trataban de solucionar, y mi intervención de diletante podría suponer un contratiempo lamentable. Así que, de momento, lo mejor era que ni siquiera abriese la puerta. También me dijo que tenía un segundo cometido—aunque menor—que debía cumplir: cuidar del limonero del jardín. Los dos hombres y la mujer dejaron escapar una leve risa de complicidad, casi celebratoria. Me dijeron que podía tomarlo como un divertimento. El limonero era un ejemplar singular, todavía joven. Lo habían traído expresamente desde Italia. Sus frutos tenían propiedades especiales, que, por tanto, reclamaban también cuidados delicados. Confiaban que yo sería capaz de entender las necesidades del árbol. Podía contar, además, con todo el apoyo que requiriera de la organización.

Ni siquiera pedí un tiempo para pensar su oferta. Cuando se especulaba sobre los cuidados del limonero, ya parecía estar bastante acordado por parte de todos que yo sería la persona sobre la que recaería la responsabilidad de llevarlos a cabo. Aun así, como tampoco me pronuncié abiertamente, me avisaron de que, en caso de que tuviera dudas, contaban con otro candidato que estaba dispuesto a incorporarse en cuanto se lo comunicaran. Me lo creí. Yo misma estaba ansiosa por ver la casa y el limonero. Salí de aquella primera y única reunión con el compromiso de que en un par de días pasarían a recogerme para llevarme allí.

Me instalé en una antigua casa de campo con un jardín que me pareció bastante extenso. Allí cabrían, posiblemente, varias sillas y una mesa que albergarían momentos agradables para posibles moradores que yo veía como hologramas o sombras, disfrutando de un agradable encuentro en el jardín. Hacía poco tiempo que la hierba había sido cortada. Podía imaginarme el olor. En un rincón, estaba el limonero. Al entrar en el jardín, y encontrarme sola, expulsados los fantasmas que ocuparían las sillas y las mesas que no existían, otra imagen no menos fantasmal ocupó mi mente: la de mí misma cuidando del árbol, observando los brotes de nuevas hojas, inhalando el olor del azahar, percibiendo cómo crecen los frutos. Efectivamente, parecía un árbol muy joven, con el tronco todavía estrecho. No debía de ser difícil ayudarle a crecer.

Llevé muy poco equipaje a la casa. Había abandonado despavorida todo cuanto configuraba mi vida anterior. Únicamente trasladé los objetos que se habían hecho necesarios durante la huida. Si se puede prescindir de un objeto es que se ha dejado de hacer aquello para lo que se solía emplear. La organización me proveía de los nuevos enseres con los que empezaría mi

nueva vida. De hecho, en las primeras cajas que me fueron entregadas se encontraban varios libros acerca de vidas que empezaban de nuevo. Se puede trazar todo un subgénero de existencias renovadas a lo largo de los siglos en la historia de la literatura.

No me había despedido de nadie antes de ingresar en la casa del jardín. O no lo había hecho a la manera de lo que se suele entender habitualmente como una despedida. Me había desprendido de muchas personas en solitario. Ya hacía tiempo que establecía distancia con respecto a los demás, justificándome a mí misma—con frecuencia mediante discursos muy tautológicos—la obligatoriedad de tales renuncias. Había conseguido elevar un muro de silencio que las personas afectadas acabaron acatando o respetando. Al fin y al cabo, era mi voluntad. Estaba absolutamente dispuesta a dejarlo todo porque por primera vez tenía un importante cometido que cumplir. Debía destinar todos mis esfuerzos a vigilar el legado que la organización había colocado bajo mi control.

Los primeros días que pasé en la casa del jardín, al despertar, me tomaba unos minutos para adaptarme al silencio de la casa. Alargaba la transición entre el sueño y la consciencia. Por algún motivo que no alcancé a saber, en la habitación en la que dormía siempre había luz. La luminosidad iba cambiando a medida que pasaban las horas del día, y ni siquiera de noche se estaba totalmente a oscuras, como sucede cuando hay luna llena.

Por la mañana, después de abrir los ojos y tomar conciencia de que despertaba, permanecía un rato todavía en la cama para recordarme que ésas eran mis nuevas rutinas. Repasaba los escasos y poco armónicos muebles de la habitación, la ropa que inevitablemente siempre dejaba por en medio, la alfombra, los libros que se acumulaban en la mesita de noche. Todos esos elementos debían configurar un entorno de serenidad, porque por fin había llegado a un lugar seguro. Tenía por delante una jornada llena de posibilidades en aquella casa llena de luz y de conocimiento. No pensaba en nada más. Cuando por fin conseguía levantarme de la cama, reencontraba mi cuerpo para los rituales de higiene. A veces, cuando me veía reflejada desnuda en el espejo, me parecía el cuerpo de otra persona y sentía lástima por todas las sensaciones que yo misma le había negado.

Después, me acercaba a la sala donde se guardaba el legado. Siendo siempre la misma, había días en los que me parecía como si viese algo diferente en la puerta: el color del barniz, el brillo del pomo y el cerrojo, los nervios de la madera… Observaba la puerta de un modo similar a como unos minutos antes había observado el cuerpo desnudo del espejo. A la vez que me parecían objetos totalmente ajenos, mantenían una poderosa conexión invisible conmigo. Algunas mañanas me quedaba un buen rato allí de pie, ante la puerta cerrada, sin pensar en nada. Nunca sentí la curiosidad de preguntarme

por qué no podía entrar, de la misma manera que había establecido que al cuerpo del espejo ya no le correspondía experimentar nada más. Había quedado establecido que yo no debía entrar en la sala noble de la casa hasta que la organización me lo indicara, así que no era en absoluto urgente ver el material ni saber exactamente qué me tocaría hacer con él. El silencio y la luz constante de la casa acabaron por envolverme en una especie de letargia en la que sólo debía pensar en el argumento del libro que la organización había decidido que me tocaba leer aquellos días.

Tampoco podía abandonar otro quehacer: los informes semanales en los que debía detallar cómo avanzaba el proyecto. La primera semana fue la más sencilla. El aletargamiento en el que me encontraba favorecía una escritura demorada, especulativa, reflejo de sí misma. Podría decirse que estaba ilusionada e incluso eufórica con mi llegada a la casa. Había conseguido dormir después de muchos meses de insomnio, y sin la ayuda de las pastillas ni del alcohol. Dediqué un buen número de páginas a dejar constancia de cuán apacible había encontrado todo en el momento de instalarme: estanterías por toda la casa repletas de libros de los que siempre había oído hablar como imprescindibles, bibelots que eran recuerdos de infinidad de viajes que habían hecho personas para mí desconocidas, cuadros y esculturas que constituían escenografías perfectas para otras vidas que se desarrollaban en espacios pródigamente imaginados por mí…

Con frecuencia, en mis informes dejaba escrito que la casa, sin duda, era un templo del conocimiento. No me avergonzaba una expresión así. El mundo era muy pequeño para mí y los tópicos ayudaban a trazar una topografía más fácil de explorar. Estaba resuelta a limitar mi experiencia a lo que pasara allí. Incluso llegué a pensar que, mediante algún fenómeno prodigioso, yo me estaba fundiendo con la casa, como un contenido más. Cada libro, cada cuadro y cada bibelot contenían toda una historia. Que nos cuenten historias sirve para que conozcamos las posibilidades del ser, es decir, lo que puede suceder a otras personas en otros momentos y en otros lugares: los fenómenos en que se puede manifestar la vida. Todavía no sabía cuál era la narración que yo aportaba entre aquellas paredes y entre tantos objetos. Mi historia estaba acabada. Por eso me mimetizaba con las que presuponía a cada pintura o en cada lomo de libro que no conocía.

La mujer que me había entrevistado fue la encargada de instruirme sobre las condiciones que debían cumplir mis informes. Cambiando el tono de su voz para que ganara en confidencialidad, casi me susurró que no me abstuviera de informar también sobre los cambios que pudieran producirse en mi cuerpo o en mi estado de ánimo. La evolución de mi pensamiento y de mi madurez intelectual ya se harían evidentes por sí mismos cuando evaluara el progreso del legado.

Disfruté enormemente de los primeros libros que me facilitó la organización. Volúmenes gruesos, títulos fundamentales de las mejores bibliotecas, que contenían las claves de la civilización contemporánea. Tanto mitos como ensayos que construían mapas mentales para organizar nuestra sociedad. Cuanto más detalladas esas pautas, más ágil el movimiento. Posiblemente, yo no alcanzaba a aprehender todo el conocimiento que ponían a mi alcance, pero lo importante era el universo que yo intuía al sumergirme en aquellas páginas. Dejaba constancia de mis lecturas en mis informes, pero mis anotaciones se limitaban a repetir los argumentos con los que la organización había justificado la necesidad de que yo hiciera esas lecturas. Es decir, era incapaz de valorar por mí misma si había aprendido algo al leer; no sabía concretar en qué medida el mundo que yo imaginaba se había visto alterado. Me había limitado a adoptar las instrucciones recibidas. Corroboraba así cualquier postulado de la organización y el acierto de sus miembros al orientar mi aprendizaje.

Cada semana me hacían entrega de un par de cajas con libros nuevos, alimentos, dinero en efectivo, material de higiene personal y ropa limpia. Las traía el jardinero en un coche pequeño y viejo de color verde. El primer día que apareció incluso desconfié de que no viniese con una camioneta. Era un hombre que empezaba a entrar en la madurez, pero que desprendía, quizá de su manera de mirar o de su actitud huidiza, algo muy infantil. Reconocí la ansiedad de quien se debate entre una curiosidad proteica y un apremiante deseo de huir, que le hacía, a partes iguales, muy atractivo y muy irritante. Las primeras semanas no se atrevía casi ni a mirarme. Se limitaba a dejar las cajas en el recibidor de la casa y preguntarme si necesitaba algo urgente. Se sorprendió cuando le dije que me gustaría que algún día me trajera una botella de mezcal. Me dijo que eso debería comprarlo yo, de lo que deduje que estaba al caso de lo que me traía en las cajas y de mis asignaciones. No hubo respuesta cuando le dije que yo no sabría dónde comprarlo, pero la semana siguiente encontré una botella entre la comida habitual. No tuve tiempo de darle las gracias. Vivía muy cerca. Desde la terraza de la segunda planta de la casa podía verse la ventana de su dormitorio. Eso me lo diría más adelante. La suya era una de las primeras casas del pueblo, cuando acababan los jardines de las villas y las residencias.

Me avergoncé de haber pedido la botella de mezcal. Había sido un signo de fragilidad. Entonces yo vivía empecinada en demostrar que era la persona que mejor se ajustaba a las necesidades de la organización para la vigilancia de la casa y el legado. No podía permitir que apareciese la más mínima duda o desconfianza sobre mis capacidades. Había fracasado en mi vida anterior, pero en la segunda oportunidad todo debía salir bien. Por otro lado, yo misma no había dejado otra opción en la precipitación de la huida, así que si algo no

podía cuestionarse era que aquella casa no sólo era el mejor lugar donde podía estar, sino que además era el único, y era una suerte haber sido la escogida.

Con el paso de las semanas, el jardinero se atrevió a hablar un poco más. Me daba consejos para cuidar del limonero y me contaba cómo esa especie daba unos frutos grandes y esponjosos que con el sol se volvían rojos. Limones rojos. Pero cuando más le gustaba era cuando se llenaba de flores blancas. Me aseguraba que me encantaría y que me sorprendería cómo un árbol tan flaco podía explotar de esa manera en tanta flor. Su entusiasmo al hablar del limonero me hacía reír. Nos relajábamos y compartíamos algunos tragos de mezcal. Lo saboreaba y se detenía al tragarlo, disfrutando el calor del alcohol al recorrer su esófago. Su cara se debatía entre la concentración y el placer. Sabía que yo lo observaba y no le importaba. Me contó que habían plantado el limonero pocas semanas antes de mi llegada, así que para él yo siempre sería la escritora del limonero que daba los limones rojos. Y que, a la vez, ese árbol siempre sería el mío, incluso cuando yo me fuera. Hizo ese comentario con naturalidad, y yo noté que el estómago se me engarrotaba, como si el mezcal ingerido hubiese provocado una hoguera en el pecho que me hacía respirar con dificultad. Desde que me había instalado allí, no había considerado la posibilidad de que mi vida se pudiera desarrollar fuera de aquellas paredes. Y me había acostumbrado a las visitas semanales del jardinero y a sus conversaciones cada vez más largas y entretenidas. Él ni siquiera apreció la perturbación que me había provocado su comentario. También hablaba del césped, y del musgo que crecía en el rincón norte del jardín. Ésas eran mis responsabilidades, pero yo me limitaba a dejar anotado en mis informes los comentarios que hacía el jardinero al respecto, nimiedades sobre la fuerza de la naturaleza que siempre acaba por manifestarse y reclamar lo que es suyo. Yo aseguraba que no tardaría en llegar el día en que me pusiera manos a la obra para arreglar la hierba, que ya había crecido desordenadamente y que empezaba a estar plagada de pequeños arbustos que habían crecido sin control. Estaba convencida de que, en cuanto me familiarizara con todos los rincones de la casa, acometería los trabajos del jardín sin ninguna dificultad.

Durante sus visitas, me hablaba del pequeño huerto que cultivaba en una parcela que tenía más allá del bosque que limitaba la urbanización donde se encontraba la casa. Plantaba guisantes, tomates y lechugas. Yo sólo entendí que en invierno no se podía plantar nada, sólo esperar. Y que cuando pasaban los meses más crueles—aquélla era una zona de clima muy cálido, así que me costaba imaginar las hojas escarchadas de ninguna hortaliza—, empezaban a despuntar los guisantes. Él intentaba cumplir pronto sus obligaciones diarias para esconderse en su huerto, trabajar allí durante un par de horas y luego sentarse a leer rodeado del campo que había trabajado. Decía que los libros

que llevaba y leía en el huerto influían en la tierra y en lo que había plantado. Igual que consideraba probados los beneficios que causaba hablarles a las plantas, cosa que él no hacía sistemáticamente.

Yo notaba que le gustaba entretenerme. Me animaba a charlar con el limonero. Había constatado que, cuando leyó a Svevo—a lo que dedicó varios meses—, la indeterminación de Zeno hizo que los guisantes no brillaran tanto. Había vuelto a empezar el *Ulises* por tercera vez, y eso había provocado que las alcachofas estuvieran más prietas, a pesar de que no había hecho el frío propio de la estación. Los diálogos de *La montaña mágica* hacían engordar más rápidamente a los tomates, pero las berenjenas se retorcían hasta un punto que se hacían incomestibles. Intercalaba frutos de estaciones diferentes, pero me divertía escuchar que Camus provocaba que las cerezas fueran respingonas e ingrávidas.

Sus lecturas—tal vez como consecuencia de su contacto con la organización—eran muy sofisticadas, pero tenía la necesidad de dejar una barrera entre el mundo que allí se describía y su vida cotidiana. La imaginación no dejaba de producir situaciones irreales, mientras que el huerto o el jardín exigen ser cuidados con las manos cada día. Una vez comentó casi sin querer que había leído el texto que yo había escrito y me había llevado hasta allí. Tal vez la organización se lo había facilitado porque trataban de prepararlo para que supiera el tipo de persona con el que tendría que relacionarse brevemente cada semana.

Cuando ganamos más confianza, me pidió que le regalara un libro mío para comprobar cuál era la reacción de las hortalizas de su huerto. Antes de la huida, había publicado un par de títulos que, como todo lo de aquellos tiempos, cada vez estaban más lejos. Lo único que yo había escrito desde que me instalé en la casa eran los cuadernos de los informes. Le dije que tal vez algún día le prestaría alguno, aunque dudaba de ser capaz de poder soportar el juicio de la naturaleza. Nunca me invitó a que lo visitara, ya sabía que no acostumbraba a salir de la casa y que me debía a la vigilancia del legado. En una ocasión, me contó que estaba leyendo *La invención de Morel* y que todas las hortalizas se habían lanzado a hablarle:

—¡Por fin lo has comprendido!

Salió corriendo, asustado, del huerto. Estuve riendo un buen rato la ocurrencia, celebrándola con más tragos de mezcal. No se me escapó que aquella tarde se esforzaba un poco más de lo habitual por acercarse.

—¿No tienes a veces la sensación de que lo que pasa en la organización es como lo de los habitantes de la isla del cuento de Bioy Casares? ¿De verdad no te has planteado nunca que los hombres y mujeres que vienen por aquí son una proyección, una grabación o un holograma y que no existen?

—¿Eso me incluye a mí?

—No, mujer, hablo de la organización. Tú eres diferente. —Hizo una pausa —. Tú está claro que no existes.

Era la primera vez que el jardinero opinaba sobre mí. Él no podía saber en absoluto cómo era yo. Nadie lo sabía. Efectivamente, como el narrador de la novela de Bioy, yo era una huida. El jardinero sólo había podido ver lo poco que yo había mostrado durante nuestros breves intercambios cuando él traía las cajas semanales.

También venían a visitarme mis hermanas y mis hermanos. Con el jardinero, eran las únicas personas a quien creía que podía ver mientras durase aquel trabajo. Entre las normas estipuladas por la organización, no estaban prohibidas expresamente las visitas, aunque sí se recomendaba prudencia. Yo misma había reflexionado sobre la necesidad del retiro y la tranquilidad en uno de los informes en los que comentaba un volumen cuya lectura me habían sugerido. Era la biografía de un gran hombre que había renunciado a todas las tentaciones e ilusiones del mundo para intentar encontrar el verdadero sentido de la existencia que le había correspondido. Su vida había de ser un ejemplo inspirador de sacrificio y entrega. En el informe obvié decir que la determinación del protagonista en momentos concretos de la lectura me asustaba un poco. Era una persona capaz de hacer cualquier cosa, fuera lo que fuera, por preservar su conexión con lo que consideraba la parte más profunda de su ser. Yo no podía negar que me distraía y alegraba la visita del jardinero. No conseguí finalizar la lectura; eso tampoco lo escribí en el informe.

Los días se sucedían muy similares unos a otros. La sala del legado seguía barrada para mí. De vez en cuando, alguien de la organización, siempre una persona distinta, venía y accedía con sigilo al interior. Permanecía un momento, y más tarde volvía a marcharse, sin apenas dirigirme la palabra.

Mis hermanos y hermanas me contaban los acontecimientos con los que se iban construyendo sus vidas: nuevos trabajos, nuevas casas, empezaron a tener hijos y me los traían para que pudiera conocerlos. La irrupción de aquellos pequeños seres me parecía una suerte de milagro. Los tomaba en brazos y les besaba y entonces sabía que ellos no eran, en absoluto, proyecciones del constructo de *La invención de Morel* ni de ninguna máquina parecida. Eran personas que iban a crecer y tener vidas fascinantes. Iban a cumplir muchas de las posibilidades que les ofrecía la vida sólo por el simple hecho de haber nacido. Sólo con su presencia habían cambiado la apariencia de todo su entorno.

Mis hermanos hablaban de cómo crecían sus hijos; el jardinero, de cómo leía a Camus, algo aturdido, cerca de los tomates, y cómo eso le hacía tomar conciencia de que la naturaleza sólo es movimiento. Pero yo tenía la sensación de que vivíamos en una lenitiva inmovilidad. Así lo había escrito en mis

cuadernos nuevos: que aquella casa de la organización dedicada a la preservación de los libros y las obras de arte aseguraba que ningún movimiento o cambio brusco alterara el rico mundo que se había creado. Paradójicamente, la quietud que me rodeaba exigía tantos cuidados que apenas me quedaba tiempo para ver crecer a los hijos de mis hermanos más allá de sus breves visitas ni para asistir a ninguno de los acontecimientos que se estaban produciendo en sus vidas. Me había comprometido a permanecer siempre en aquella casa llena de libros y bibelots, asegurando la conservación de todo lo que allí se había acumulado, el limonero, y, sobre todo, el legado.

El jardinero y mi familia entendían mi decisión y casi me atrevería a decir que veía en sus ojos algo de admiración ante la firmeza de mi determinación. Yo les hablaba de la enorme cantidad de cosas que aprendía con la llegada incesante de libros nuevos. De cuánto disfrutaba leyéndolos, del viaje que suponía cada lectura, de las emociones que descubría o recuperaba, de cómo estaba construyendo a una persona nueva repleta de sensaciones prodigiosas. Intentaba hacerles entender de qué modo el mundo amplía sus límites cuando aprendes a imaginar emociones nuevas, seres imposibles, objetos absurdos. Me estaba preparando para el día en que por fin pudiera acceder al legado y enfrentarme a él con todo el conocimiento que estaba acumulando. Debía estar entrenada para detectar todas las dimensiones de la realidad que sólo percibes si previamente has especulado con algo semejante. El cerebro sólo considera posible lo que ha sido capaz de imaginar o soñar con anterioridad.

Algunos de mis visitantes participaban de mi ensoñación. Compartiendo un vaso de mezcal, nos dejábamos embriagar adelantando la felicidad que yo sentiría cuando alcanzara todos los conocimientos que ofrecía el legado. Todas las inquietudes de una mente satisfecha. Era una privilegiada, y después de todos los sacrificios vendría la recompensa. El jardinero me dijo que estaba deseando que llegara ese momento, porque era un honor para él acompañarme en ese camino. Me aturdió que hablase de compañía. Yo había huido y me había condenado a no volver a tener nunca más compañía. Cometí una falta terrible, que aunque pasaba el tiempo no parecía quedar atrás, porque cualquier día las consecuencias de aquel acto emergerían provocando una explosión terrible en algún lugar del que yo había tratado de alejarme. Sólo mientras la organización me mantuviera a salvo, no me alcanzarían las consecuencias.

El jardinero me dijo una mañana que yo poseería el *aleph*, como Borges. Había leído el relato esos días en el huerto y no había dejado de pensar en mí. Y en el huerto, de repente, todo había brotado. Cuando por fin empezase a trabajar con el legado y pudiera verlo y tocarlo con mis manos, entonces lo sabría todo. Ya no habría más misterios. Me envidiaba, porque en su vida

nunca pasaría nada parecido. Yo me dejaba contagiar de esa ilusión y lo narraba en mis informes. Especulaba sobre lo que podría haber en las cajas en función de los libros que la organización me conminaba a leer. Desde siempre me sucedió que, cuando me sumergía en una lectura, interpretaba cuanto sucedía a mi alrededor según las ideas que regían el libro en cuestión. No me supone ningún problema si el libro siguiente defiende teorías completamente opuestas. Pensaba que si la organización me estaba formando con la lectura de unos libros en concreto era porque debían estar directamente vinculados con el contenido del legado. De otro modo, las instrucciones no hubiesen tenido sentido.

Cada vez escribía más sobre el momento en que pudiese tener acceso al legado y sobre las revelaciones que experimentaría. Incluso me imaginaba con una apariencia física diferente y dueña de un sosiego desconocido en mí. Proyectar esa imagen me cerraba el estómago y me alteraba la respiración. Mentiría si dijera que no tenía dudas. Pero no podía permitirme la debilidad de reconocerlas. Mantener la fe en aquel legado es lo más valiente que he hecho en mi vida y por lo que he luchado con más fuerza. Había aceptado el mandato de la organización siendo plenamente consciente de lo que significaba y no iba a desfallecer. Algunas noches, me despertaba sollozando en mitad de una pesadilla. Otras, era incapaz de dejar de llorar y me decía a mí misma que mi huida no había sido más que un conato o un ensayo, que me quedaba el último tramo de la evasión y que para no asumirlo me había escondido en la casa de la organización. No escaparía del todo hasta que no llegara hasta el final y descansara definitivamente.

En nuestras conversaciones, el jardinero no había dejado de advertirme de que el jardín estaba muy abandonado, que si no hacía algo pronto, sería imposible recuperar el césped. Un día se puso serio y no me miraba a los ojos mientras me decía que, de seguir así, la organización tendría que volver a hacer una inversión considerable para librar el jardín de toda la mala hierba que había ido creciendo. Yo solía decirle que había descubierto que la mala hierba había atraído insectos y pájaros nuevos al jardín, y que eso me gustaba. Pero él movía la cabeza en un gesto claramente reprobatorio.

Dentro de la casa hacía bastante frío. Debía de ser un problema difícil de solucionar, porque, sin quejarme, había hablado en mis informes sobre las dificultades para alcanzar una temperatura confortable en las estancias. Sin embargo, la organización no había hecho nada para remediarlo. Habían empezado a no atender mis solicitudes. Las visitas de los representantes se espaciaban cada vez más. El jardinero casi dejó de hablarme. Sin una temporalidad fija, me dejaba ante la puerta las cajas de la organización. A veces ni siquiera avisaba y yo me las encontraba de improviso. Si coincidía con él, de nada servía que le preguntara si traía todo lo que había pedido, o

cuándo sería la siguiente entrega, o cómo avanzaban los guisantes de su huerto. Tal vez también estaba estipulado que sucediera así, y por eso no pregunté nada al respecto.

El tiempo seguía pasando. En una de sus visitas, mi hermano mayor se ofreció para reparar las grietas que se estaban abriendo en la pintura y la cal de las paredes. Yo ni siquiera me había fijado en ellas y apenas si le di importancia. Sin embargo, mi hermano insistió en que podía ser peligroso si las grietas continuaban creciendo y que era urgente arreglarlas. Atajé la discusión diciendo que lo único que tenía que hacer yo era confiar en la organización, que se ocuparían de todo, que les escribiría y vendrían de inmediato a arreglarlo. La discusión acabó allí.

Escribí mis informes sobre las grietas, las paredes desconchadas por la humedad y las puertas y ventanas que no ajustaban bien. No hubo reacción alguna por parte de la organización. Cada vez hacía más frío en el interior de la casa. Tardaban mucho en venir a recoger mis informes, que yo no podía enviar de ninguna otra manera, puesto que todas las máquinas estaban en la sala del legado, a la que yo todavía no había accedido. Tampoco traían cajas nuevas. El avituallamiento nunca fue un problema, siempre hubo comida suficiente, pero llegó un día en que los libros de las cajas que aparecían ante la puerta de entrada de la casa empezaron a repetirse. Un día, dentro de una bolsa de cartón encontré *La conciencia de Zeno*, *Ulises*, *La montaña mágica*, *La caída* y *La invención de Morel*. Semanas después, volvieron las cajas, pero con volúmenes publicados en lenguas que soy incapaz de leer. No entendía qué era lo que trataba de comunicarme la organización. No tenía instrucciones claras para seguir con mi cometido. Sólo me quedaba resistir.

Una de mis hermanas, cuando vio el estado que se estaba apoderando de la casa, me sugirió que marchara con ella de viaje a Lisboa. Lo habíamos soñado desde que éramos niñas. Me puse a temblar cuando dijo «Siempre te ha encantado Lisboa». No podía responderle que la persona a la que le encantaba Lisboa había desaparecido hacía mucho tiempo. Yo me debía a la organización porque era el único lugar en el que me había podido esconder después de haber cometido una atrocidad. No fuimos a Lisboa. «De acuerdo, pero, por favor, ten cuidado y averigua qué es lo que está pasando en esta casa. El otro día la niña salió de aquí plagada de pececillos de plata. No sé cómo se le pudo enganchar esa cantidad de bichos en la ropa y en el pelo. Lo pasé fatal para quitárselos, pensé que tendríamos que ir al hospital. Hoy no le quito el ojo de encima y no he dejado que se acerque a la puerta de la habitación cerrada».

La imagen de mi encantadora sobrinita cubierta de insectos me pareció aterradora. Me indigné y le dije que protestaría ante la organización por permitir este grado de dejadez. La mirada que me dirigió mi hermana

traslucía incredulidad y compasión a partes iguales. Yo hacía tiempo que veía proliferar esos insectos por cualquier rincón de la casa, pero no había reaccionado, como tampoco lo hacía cuando descubría los desconchones en la pintura de las paredes o cuando veía crecer mala hierba en el jardín. En aquella casa todo estaba dispuesto de una manera determinada. La organización me había dejado muy claro que yo debía asumir y respetar las cosas como eran. Para sobrevivir, tan sólo me debía limitar a hacer lo que me dijeran. Yo había renunciado a todo para conseguir la revelación que ellos me proporcionarían algún día. Era necesario seguir esperando a que volvieran las indicaciones, el jardinero con su sonrisa huidiza y sus lecturas.

No han venido a solucionar el problema de los pececillos de plata. El limonero está también plagado de insectos minúsculos y negros. No he visto nunca esos limones grandes y esponjosos que se ponen rojos si les da el sol. Las hojas más verdes y tiernas se retuercen bajo el efecto del pulgón.

El jardinero dejó de venir hace tiempo. Ignoro quién trajo las últimas provisiones. La casa está repleta de cajas a medio abrir, de pececillos de plata que abarrotan todos los rincones y de paredes de cal abombada y agrietada. Por las noches vuelvo a despertarme sollozando. Tampoco puedo sosegarme con la lectura de ningún libro. Los últimos que han llegado son indescifrables, por lo que ya ni siquiera intento emitir ningún informe sobre ellos. No recuerdo el último título que me dijo el jardinero que leía entre sus guisantes y tomates. Creo que también estaba en la bolsa que dejó en la puerta.

Mi hermano mayor me mira con los ojos muy abiertos y la cara desencajada. Ahora ya entiendo qué significa esa expresión que había leído en muchos libros. Ha traído una compleja caja de herramientas y viene acompañado de dos operarios. Va a cubrir las grietas para evitar que una de estas paredes caiga sobre mí y cualquier día me acabe sepultando. Tal vez ése es, precisamente, el final del trayecto que no me atrevía a completar durante mi huida.

Vuelvo a ver a mi hermano, inmóvil. Ahora sí que podría parecer una de las proyecciones de *La invención de Morel*, o una de las pinturas que cubren las paredes de esta casa. Está muy cerca de la puerta de la sala del legado. Una parte considerable de la pared ha cedido al primer contacto. La puerta se mantiene en pie. El muro se ha desmoronado como un castillo de arena en la playa. Mi hermano me mira como si quisiera hablarme, pero sé que no lo va a hacer. Yo intento pensar en lo que me podrá decir la organización cuando vea que no sólo hemos abierto la puerta, sino que además hemos derrumbado una de las paredes de la parte más noble de la casa.

Mi hermano deja de mirarme para dirigir la mirada a sus pies, muy cerca de los míos. Apenas se ven. Están cubiertos por miles, cientos de miles, millones de bichos que salen despavoridos del interior de la sala del legado. Podría

parecer que son ellos los que han tirado el muro. Son de esos bichos que algunas personas llaman *pececillos de plata*. Un olor metálico ha invadido la casa, o quizá ya estaba antes y yo no era consciente. Mi hermano ha lanzado con furia la herramienta que traía hacia el interior de la sala del legado. Con la mano liberada de nuevo, ha tomado la mía y me ha ayudado a superar la puerta desvencijada ante la cual el jardinero a veces dejaba alguna caja con libros y víveres. Luego también hemos superado los restos del cercado del jardín y hemos llegado hasta su coche. Atrás ha quedado todo un cúmulo de ruinas y de vacío. No veré los limones italianos que se ponen rojos cuando les da el sol.

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

ISBN: 978-84-18370-70-0
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
septiembre de 2021

